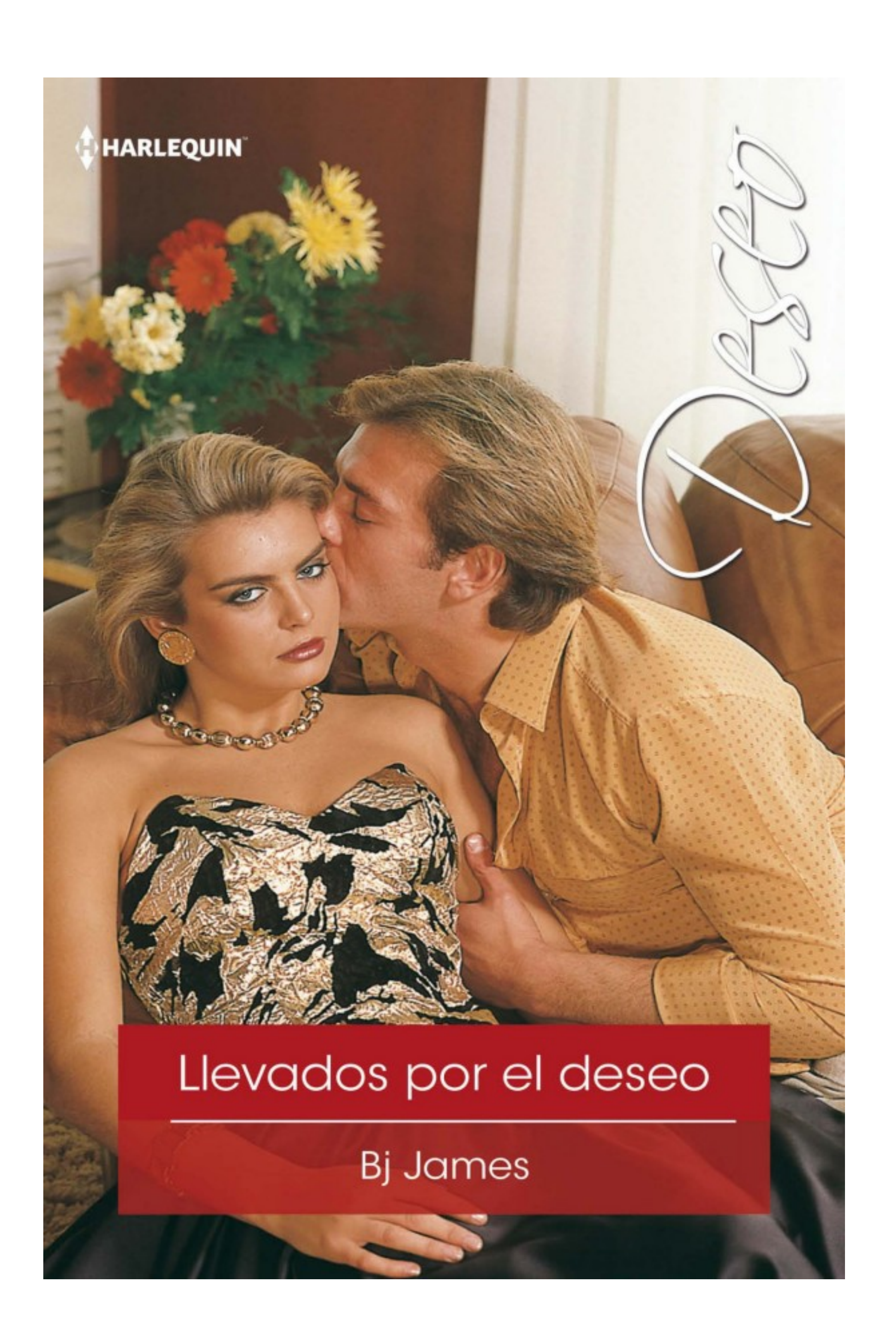

HARLEQUIN
Deseo
Llevados por el deseo
Bj James



Llevados por el deseo

Bj James



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Llevados por el deseo, n.º 1089 - junio 2018
Título original: A Lady for Lincoln Cade
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

I.S.B.N.:978-84-9188-226-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

–¡Lin! ¡Hey, Lincoln!

Después de que la voz se apagara, los cascos de un caballo todavía resonaban en la quietud de la llanura de Belle Reve. Lincoln Cade suspiró, por la calma perdida. Estaba cansado después de otro largo día que comenzaba con su trabajo de veterinario y acababa en la plantación de la familia. Levantó la vista de la valla que estaba arreglando y dirigió la mirada hacia la luz oblicua que caía sobre los exuberantes campos, tan habituales en Carolina del Sur.

Caballo y jinete eran solo una sombra que cabalgaba sobre la rica hierba.

Seguro de que no se trataba de una de las típicas explosiones de júbilo de Jesse Lee, se dirigió al caballo y lo sujetó por las bridas, pensando que algo malo había sucedido.

–¿Qué pasa Jesse? ¿Se trata de Gus?

–No, muchacho. Tu padre está perfecto –explicó el vaquero–. Nada que un buen brebaje no pueda animar.

Lincoln se rio.

–¿Cuántas veces te ha despedido hoy?

–Una docena –respondió lacónico, con una media sonrisa.

–¿Y cuántas veces le has amenazado tú con marcharte a Arizona?

La cara ajada de Jesse mostró, en ese momento, una amplia sonrisa.

–Psss, más o menos igual –reconoció.

–Si no se trata de Gus, ¿por qué tanta prisa?

Jesse se sacó un paquete del bolsillo y se lo ofreció a Lincoln.

–El cartero de Belle Terre lo mandó de manera especial porque el cartero de Oregón lo había enviado urgente. Pensé que podía

esperar hasta que llegaras, pero la señorita Corey dijo que no; y ya sabes que lo que la señorita dice va a misa.

La mirada del vaquero estaba fija en el paquete, pero Lincoln no se dio cuenta, solo le interesaba el remitente.

–¡Qué extraño! ¿Verdad?

El comentario de Jesse penetró los pensamientos del muchacho.

–¿Extraño? ¿Por qué?

–No sé –farfulló–, me parece raro. Espero que no sean malas noticias. Es muy desagradable que te den malas noticias por correo.

Lincoln apretó el paquete.

–¿Piensas que es algo malo?

La mirada sombría de Jesse se encontró con la de él.

–No sé a quién conoces en Oregón, pero tengo ese presentimiento.

«Oregón».

Lincoln no había pensado en Oregón desde hacía mucho tiempo; no se lo había permitido.

Intentó sonreír al recordar lo supersticioso que era el viejo vaquero.

–Yo no siento nada malo, Jesse –mintió–. Probablemente no sea nada.

–Solo hay una manera de averiguarlo –respondió, con una mezcla de preocupación y curiosidad–. ¿No vas a abrirlo?

–Cuando acabe aquí –respondió guardándose el paquete–. Lo leeré más tarde.

–Es decir, sean buenas o malas noticias, lo quieres averiguar tú solo.

–Eso es. Sean buenas, malas y de quien quiera que sean.

–¿Por qué no lo dijiste antes? –dijo, dando la vuelta al caballo–. No es asunto mío, además, no conozco a nadie en Oregón –añadió, arreando al caballo.

El caballo y su jinete estaban ya fuera de la vista cuando Lincoln dejó el martillo a un lado y tomó el paquete. Con la cabeza hacia abajo, el sombrero le oscurecía el rostro. Tomando aliento, rompió el envoltorio.

Se trataba de una carta oficial escrita a máquina con unas palabras añadidas a mano. Después, otros dos sobres pequeños con una banda roja cayeron en sus manos. Los dejó sobre la valla y leyó

la carta en voz alta.

Estimado Sr. Cade:

Como jefe de correos le pido disculpas por la demora en la entrega de esta correspondencia. Debido a la pobre salud del antiguo encargado, algunas cartas se traspapelaron y nunca fueron entregadas. Entre ellas, he encontrado estas que llevan su dirección. Sinceramente espero que el retraso no le haya causado molestias. Le aseguro que se están tomando las medidas necesarias para…

Lincoln miró fijamente los sobres que tenían el matasellos del mismo pueblo de Oregón, pero con una semana de diferencia entre ellos. Uno estaba escrito con la letra del hombre que había conocido toda su vida y el segundo, con la escritura menos familiar de una mujer. Una mujer a la que, a pesar de las mentiras que él se contara, no había podido olvidar durante seis largos años.

Sus manos temblaban al tomar la carta de la mujer, que había llegado primero. Con dolor de corazón, rasgó el sobre y extrajo el folio; lentamente, con un rictus amargo en los labios, lo leyó. Después, abrió el siguiente sobre. Finalmente, cuando acabó, su mirada se perdió en el horizonte.

El tiempo pasaba lentamente durante los días de verano. Sin embargo, a Lincoln le parecía que volaba. Demasiado rápido e inflexible. Igual que la vida, cuando se dejaban cosas por hacer; pronto era demasiado tarde.

Recogió sus herramientas, las envolvió y la puso detrás de la montura. La valla podía esperar. Tomó las riendas de su caballo que lo tenía atado a la sombra de un arbusto y lo montó. El caballo giró hacia la casa, hacia Belle Reve.

–Todavía no, Diablo –murmuró Lincoln–. Primero tenemos que hacer una visita.

Llevó el caballo hacia un sendero, probablemente lo reconocería. Lincoln dejó vagar su mente y rememoró el pasado… y los amigos perdidos.

Su destino no estaba muy lejos, pero cuando llegó al final de la senda, el sol se había empezado a ocultar tras los arboles, rociando las hojas y las ramas de oro viejo. Era la hacienda de los Stuart. La perdición de los Cade, siempre tan hambrientos de tierras.

De manera muy acertada, el primer Stuart había construido la casa al final de un claro, al lado de un riachuelo que servía de frontera entre las tierras de los Stuart y de los Cade.

Hubo un tiempo en el que Lincoln pasaba, al menos, una o dos horas diarias en aquel lugar prohibido. Pero ya habían pasado muchos años desde la última vez que lo visitó.

Más allá de las malas hierbas, de las voluntariosas flores y de los vegetales que aún crecían en aquella tierra rica, la granja no había cambiado mucho. Si la ausencia de vida y de risa no se consideraba como un cambio, pensó bajándose del caballo, junto a las escaleras.

Al subir los escalones, una tabla podrida se rompió bajo sus pies recordándole que ya habían pasado más de siete años desde que murió Frannie Stuart; más de siete años desde que llenara aquel lugar con amor y risas.

Cuántas veces había corrido a través de aquellos campos cuando era niño, escapando de una plantación fría y rígida al calor y el amor de esa pequeña granja. Cuántas veces había envidiado a su mejor amigo por lo maravillosa que era su madre. Frannie Stuart siempre tenía un abrazo preparado para cualquiera de los pequeños Cade, especialmente para Lincoln; sin embargo, a Lucky nunca le importó. Leland Stuart, apodado Lucky por los amigos, tenía un corazón tan grande como su madre.

Sus pisadas resonaban en el silencio mientras atravesaba el porche. Al ir a abrir la puerta, esta se abrió sola. En realidad, no le sorprendió porque no recordaba ni una sola vez que la hubiera encontrado cerrada.

Al entrar en la casa, se introdujo en los recuerdos de un niño; tan vívidos, que podía escuchar el grito de bienvenida de Frannie y oler sus galletas recién horneadas. Siempre las devoraban. Llegaban hambrientos después de haberse evadido de sus deberes para irse a pescar o a cazar o a jugar a Tarzán en el río.

Lincoln miró a su alrededor. Había telas de araña y polvo por todas partes. Pero todo seguía en el mismo lugar. Frannie y Lucky podían haberse marchado pretendiendo volver, pero nunca lo habían hecho.

Se paseó por la casa. En la habitación de Lucky todavía estaban todos sus trofeos de béisbol, también había uno suyo, y una foto tomada cuando Diablo y él eran aún jóvenes.

Lucky no tenía padre, ni tampoco recordaba haber tenido ninguno. Lincoln no tenía madre. Quizá eso fue lo que los unió por primera vez. Pero el cariño y los intereses comunes los convirtieron en amigos de sangre. Desde la escuela hasta la universidad, habían sido inseparables. Todavía había evidencias de su amistad en aquella casa.

Al igual que su propia familia, los Stuart eran una vieja familia prominente de las tierras bajas de Carolina del Sur. Y, al igual que les pasó a los Cade, habían perdido su fortuna hacía mucho tiempo.

Cuando Frannie volvió a Belle Terre tenía cuarenta años y llevaba un bebé en los brazos, Lucky.

No le importaron los comentarios por tener un hijo ilegítimo y se asentó en la granja. Vivió con humildad; en su cuarto se notaba la carencia de objetos que cualquier mujer abría apreciado. Pero el coraje y el gran sentido de la aventura nunca le faltaron.

Y esos valores los heredó Lucky. Al mirar la foto, con dos chicos de ojos abiertos sentados junto a un fuego, escuchando las historias que ella les contaba sobre los lugares que había visitado y las cosas que había hecho, se dio cuenta de que también a él se los había regalado.

Cuando acabó el recorrido por la casa, sus labios mostraban una sonrisa amarga por los viejos recuerdos y las viejas amistades que nunca volverían.

Al volver al porche, los últimos rayos del sol habían pintado el cielo de un rojo profundo. Parecía que el mundo se había incendiado.

Lincoln no quería quedarse, pero un sentimiento de familiaridad le hizo sentarse en las escaleras a contemplar el espectáculo. Tantas veces se había sentado con Lucky en aquel lugar… Era fácil recordar los sueños que habían compartido en días como ese. Días en los que estaban seguros de que vivirían para siempre, de que serían amigos para siempre y que compartirían grandes aventuras.

«Grandes aventuras planeadas en este mismo lugar», pensó Lincoln. Incluso la última aventura que destruyó su amistad tal y como la habían conocido.

Sintiéndose muy débil, se levantó y fue a por Diablo. Le habló dulcemente y lo montó.

Echó una última mirada a la casa abandonada que parecía estar

esperando.

–¿Qué esperas? –preguntó en voz alta. Pero él sabía la respuesta; Frannie ya se lo había dicho en alguna ocasión:

«Para convertirse en un hogar, una casa necesita amor y risas. Sin ellos, se transforma en una casucha».

Hacía ya siete años que había muerto. Lucky hacía tres meses. No podía cambiar el pasado, pero juró que, sin importar el tiempo que le llevara, pagaría la deuda que había adquirido hacía seis años.

Una deuda que le llegaba ese mismo día, en una carta desde la tumba.

–Vamos a casa, Diablo –murmuró Lincoln–, tengo trabajo que hacer, una dama a la que encontrar y promesas que cumplir.

Capítulo Dos

–Entrega especial.

Con una cesta en la mano, Haley Garrett apareció en la puerta de la oficina de Lincoln. Tenía la esperanza de que este abandonara el intenso escrutinio del cielo nocturno. Sus hombros se tensaron al oírla y, cuando se giró, una intensa palidez cubría su rostro moreno.

–¡Lincoln! –exclamó Haley asustada–. ¿Pasa algo malo? Parece que has visto un fantasma.

Lincoln negó con la cabeza mientras pestañeaba para aclarar su visión.

–No pasa nada malo. Mi mente estaba vagando, pensé…

–Que era ella. Sí, Lincoln, *ella*, Linsey Stuart, la mujer que llevas semanas buscando.

–¿Cómo sabes lo de Linsey?

Haley sonrió mientras dejaba la cesta en la mesa.

–Sería difícil no saberlo, teniendo en cuenta que has estado buscándola por teléfono y no se puede decir que nuestra oficina esté insonorizada. No te había dicho nada porque pensé que no era asunto mío; pero, como compañera veterinaria y amiga, lo hago ahora.

–¿Es que no estoy cumpliendo bien con mi trabajo? –preguntó él encaminándose hacia la mesa.

–Al contrario –respondió tomándolo de la mano–. Estás trabajando demasiado. Hoy has traído al mundo un potro que venía de nalgas a las tres y, a las seis, has ido a visitar una vaca enferma. Luego te has saltado el desayuno, la comida y, si no fuera por la cesta de la señorita Corey, seguro que también te saltabas la cena.

–¿Cómo afecta a nuestra sociedad que yo me salte las comidas, Haley?

–Sociedad –recalcó ella–. Esa es la palabra clave. Yo podía haberte ayudado con esas llamadas.

–Hoy ha sido demasiado para mí. ¿Para ti no?

–Sí. Pero yo no tengo un problema que me esté consumiendo –respondió, mientras tomaba una foto de la mesa–. ¿Es esta Linsey?

La mirada de Lincoln se dirigió hacia la foto que había sacado de la granja de los Stuart.

–Linsey, Lucky y yo. En Montana, durante nuestro último año de preparación para paracaidistas apaga-fuegos.

–¿Linsey saltaba en paracaídas sobre bosques en llamas?

La mujer de la fotografía era pequeña, con un halo de elegancia. Haley se podía imaginar a una deportista aventurera, pero nunca eso.

–Nadie pensó que pudiera hacerlo –contestó, mostrando una sonrisa melancólica–. Pero lo hizo. Todos lo hicimos. Ahí fue donde nuestros caminos se cruzaron, durante el primer año de entrenamiento. Lucky y yo habíamos sido amigos toda nuestra vida y, en cuanto la conocimos a ella, encajó. Había crecido en un orfanato y, pronto, nos convertimos en una familia.

–Esta foto es de hace años. ¿Cuándo fue vuestro último salto?

–Hace siete años, Lucky se tuvo que marchar a casa porque su madre estaba enferma. Unos meses más tarde, volvió y saltamos una última vez.

–¿Qué pasó para que no saltarais más?

Lincoln estaba mirando a Haley, pero su mente y, tal vez, su corazón, retrocedió en el tiempo.

–Estabamos en Oregón –dijo con voz distante–. El bosque llevaba dos semanas ardiendo, y los paracaidistas teníamos que luchar no solo contra el fuego sino también contra el viento. Nosotros siempre íbamos juntos, apoyándonos. De repente, el viento cambió y, entonces, el fuego nos separó del resto del equipo.

Él se quedó callado; ella esperó y su silencio fue recompensado.

–Lucky recordaba haber visto un río por lo que nos dirigimos hacia él, pero nos caímos por un desprendimiento de tierras. Un golpe en la cabeza me dejó confuso e inestable y no podía salir de allí.

–Pero Linsey y Lucky sí –se atrevió a comentar Haley.

–Solo salió Lucky –respondió, dirigiéndose a la ventana–. El

fuego volvió a girar. Lucky calculó que con la tierra quemada, el desprendimiento y el río, nos quedaba poco tiempo para que el fuego nos rodeara. Dejó a Linsey para que cuidara de mí, y se marchó solo a través de caminos quemados que podían volver a prender en cualquier momento. Arriesgó su vida por mí.

–Y por Linsey –murmuró Haley, estudiado su perfil, viendo el dolor de corazón que escondía al resto del mundo.

Él había sido su compañero durante la carrera de veterinaria y, como lo conocía bien, sabía que escondía algo más.

–La amabas.

–Los dos la amábamos.

–Por eso te apartaste de su camino. ¿Dónde está Lucky ahora?

–Murió –respondió mirando hacia otra parte–. Hace cuatro meses.

–Lo siento –respondió con lágrimas en los ojos–. Por eso buscas a su mujer, para ayudarla.

–Lo hago por Lucky. No estuve allí cuando me necesitó… Pero al morir él, Linsey se marchó sin dejar ni rastro. Nadie puede dar con ella.

Lincoln no dijo nada más.

No importaba cuales fueran sus motivos para querer encontrar a Linsey. Si eso era lo que querían, esperaba que encontraran amor y paz juntos.

–Es tarde Lincoln. Tú estás exhausto y yo hambrienta. ¿Damos por terminado el día y nos comemos lo que hay en la cesta?

Él aceptó el sándwich que le ofrecía con una sonrisa; pero el color plata de sus ojos no reflejó ninguna alegría.

Lincoln se quedó mirando el mechón de pelo marrón enganchado en la alambrada. Era la tercera vez en una semana que iba a comprobar el estado de la valla y la segunda vez que encontraba alguna evidencia de que algún animal la había atravesado o había pasado cerca. En lo primero que pensó fue en ciervos; pero al examinarlo más de cerca calculó que sería de un perro.

Pero no conocía ningún perro marrón. Lo que dejaba la amenaza de algún grupo de perros abandonados. Perros que podían perseguir

a un caballo hasta hacerlo morir; solo por el placer de perseguirlo.

Su hermano Jackson tenía en la pradera una manada de caballos árabes negros demasiado valiosos como para correr ningún riesgo. Decidió que tenía que avisar a su hermano y lo ayudaría a atrapar a los animales.

Cuando acabó su inspección, intentó contener el impulso de cabalgar por el sendero que conducía hasta la granja vecina; pero, finalmente, sucumbió a una necesidad contra la que llevaba varias semanas luchando.

No le haría daño echar un vistazo. El grupo de perros podía estar refugiado en la granja, además, tenía que reparar un escalón.

–Todavía nos quedan un par de horas de luz, Diablo –le dijo a su caballo, mientras observaba la posición del sol.

Diablo estaba deseando echar a correr. Lincoln disfrutó de la carrera que le llevaba por la vereda que hacía cien años habían utilizado los Stuart para ir al pueblo.

Cuando tuvo la casa en el horizonte, frenó el caballo hasta ponerlo al paso. Si los perros habían construido su guarida en la casa, tenía que ir con precaución.

–Despacio, muchacho, no hagas ruido. ¡Qué diablos!

Apoyado sobre la montura, a través de un claro entre los árboles, vio luz en la casa. ¿Era una alucinación? ¿Un reflejo del sol en el cristal de la ventana?

Quizá. Pero el chirriar de las bisagras oxidadas no era ninguna ilusión. Ni tampoco la mujer que apareció en el porche. Con su pelo radiante como el sol, era muy real y también le resultaba muy familiar.

–¿Linsey? –preguntó con un susurro que se confundió con el sonido del viento que mecía las hojas de los robles. Lincoln la miró con la ansiedad de un hombre que lleva demasiado tiempo en la oscuridad y que, de repente, ve un rayo de sol.

Con incredulidad, recordó a la Linsey de hacía seis años, primero vio las diferencias impuestas por el tiempo y la vida. Después, las cualidades que el paso del tiempo no había logrado borrar.

Todavía llevaba el pelo largo y rizado. Su barbilla se elevaba con determinación y su sonrisa se curvaba en un gesto que mostraba, al mismo tiempo, júbilo infantil y sensualidad.

Dejó el doloroso estudio de la boca y la cara. Esa persona de carne y hueso se correspondía con la mujer a la que él había renunciado… por Lucky.

El viento que levantaba hojas en espiral a su alrededor voló a través del claro hacia ella y le ajustó la camisa al cuerpo. Lincoln notó que sus pechos eran más redondos, más llenos. La inocencia había dado paso a la madurez y la voluptuosidad. Una metamorfosis que hacía que su cintura y sus caderas parecieran más esbeltas.

Hacía seis años, perdió a una chica. Ese día, encontró a una mujer, en todo su esplendor.

Para el resto del mundo, ella siempre había sido una chica bonita, llena de vida y valentía. Lincoln, desde el primer momento, la había considerado espectacular. Pero no tan guapa como en ese momento. Estaba tan hermosa que dudaba que fuera real.

Después de haberla buscado por todas partes, la encontraba allí. Exactamente en el lugar donde debía estar, en el hogar de Lucky Stuart. El último sitio en el que se le hubiera ocurrido mirar.

¿Cuánto tiempo llevaría allí? Le tranquilizó pensar que ya la había encontrado, pero a la vez sintió rabia. Rabia porque eso le importaba, rabia porque *ella* le importaba.

Durante años, había intentado olvidar el pasado. Desde un episodio apasionado y desesperado en un derrumbamiento en un bosque de Oregón, rodeados por el fuego, hasta el día que la acompañó hasta el altar para entregársela a Lucky.

Pensó que había logrado olvidarla.

Hasta que recibió las cartas. Entonces, se dio cuenta de que todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Sin embargo, su vida transcurría de forma serena y no quería que las viejas heridas vinieran a perturbarla. No se había parado a pensar en ese momento el día que comenzó a buscarla; no había pensado en otra cosa que en los deseos de un amigo moribundo. En ese instante, después de un mes y una pequeña fortuna, después de la angustia pasada durante cada minuto de aquella búsqueda, sintió la tentación de salir corriendo, como si nunca la hubiera visto y nunca la hubiera amado.

Pero nunca había roto una promesa, y no lo iba a hacer entonces. Se pasó una mano por el rostro deseando borrar la rabia de su corazón con la misma facilidad con la que podía borrarla de

su cara.

–Cade.

Lincoln se quedó helado, con los labios entreabiertos para proferir un saludo que nunca diría.

–¿Cade? ¿Dónde estás, tigre? Será mejor que entres en casa antes de que oscurezca.

Paralizado por la sorpresa de que hubiera podido verle entre las sombras, Lincoln no respondió. No podía responder a aquella voz llena de amor que borraba su rabia.

En ese momento, escuchó el ladrido de un perro, después la voz de un niño.

–Estoy aquí, mamá. En el granero con Brownie.

Antes de que pudiera encontrar una explicación, un niño pequeño apareció por la puerta del granero. Un niño llamado Cade, seguido de un perro marrón.

Por lo menos, su presencia resolvía el problema del pelo en la alambrada, pensó con tristeza.

Tenía la boca seca, le dolía la cabeza y el corazón le latía tan deprisa que parecía que iba a explotar. No quería quedarse, pero no podía apartar la vista del niño mientras este corría a través del jardín, esquivaba el escalón roto y saltaba a los brazos de su madre.

Era un niño pequeño, pero demasiado grande para que Linsey lo pudiera alzar. Pero lo alzó y lo apretó contra su cuerpo y le dio vueltas mientras lo llenaba de besos. Las risas del niño eran carcajadas y gritos, mientras, el perro saltaba alrededor de ellos intentando unirse a la fiesta.

Cuando se quedó sin aliento, Linsey dejó de dar vueltas. El crío seguía riendo de placer.

–Guapa.

Linsey también rio.

–Eso se lo dirás a todas.

–No –contestó, riéndose más fuerte cada vez que ella le hacía cosquillas–. Solo a ti.

–Te gusta este sitio, ¿verdad, Cade? –dijo dejando de reírse para abrazarlo más fuerte.

–Sí, pero me estaba preguntando…

–¿Qué?

–¿Me compras un caballo?

Linsey movió la cabeza pensativa.

–Sí, algún día. ¿Qué caballo quieres?

–Uno grande y negro. Como el del hombre alto.

En las sombras, Lincoln se puso rígido, esperando que Linsey lo descubriera.

–¿Un hombre alto con un caballo negro? No sé a quién te refieres, tigre. ¿Se trata de un personaje de la televisión?

El niño negó con la cabeza.

–No, uno de verdad, allí –dijo señalándolo con un dedo.

Lincoln no pudo ver el ceño fruncido de Linsey porque el porche estaba ya oscuro.

–¿Ah sí? –preguntó levantando la barbilla desafiante– ¿Todavía lo ves?

–No. Pero lo veía desde el desván.

El niño que tenía el pelo tan oscuro como su madre claro, volvió a señalar hacia el lugar donde él se encontraba.

–¿Has subido al desván? Ya habíamos hablado de eso. Sabes que tenemos que tener mucho cuidado porque la casa y el establo son muy viejos. ¿Recuerdas qué más cosas dijimos? –preguntó con mucho cariño.

–Sí. Que había tablas podridas que se podían caer, y arañas y serpientes. Me acordaba y he sido muy cuidadoso. Muy muy cuidadoso.

–¿Por qué subiste?

–No sé. A mirar. Es bonito, mamá. Se veía el río y los árboles. Casi se veía Oregón. Pero no volveré si tú no quieres.

–¿Me lo prometes?

Con solemnidad, el pequeño se dibujó una cruz sobre el pecho.

–Te lo prometo.

–Muy bien. ¿Quieres que prepare un chocolate caliente para cenar?

–Sí. ¿Y mi caballo?

–Ya veremos, ¿vale?

–Sí –respondió el niño con seriedad y después rompió a reír.

Antes de entrar en la casa, Linsey se volvió a mirar hacia donde él estaba. Pero era la primera vez que iba a la granja y no podía saber que allí acababa el sendero que ellos habían utilizado para escapar. No podía saber que esa senda, largamente olvidada, había

conducido a un viajero de vuelta a la granja.

Lincoln le transmitió su tensión a Diablo, que comenzó a moverse inquieto. Con un suave chasquido de la lengua y una caricia, el caballo se tranquilizó. Pero temía haber sido descubierto.

Linsey ni escuchó ni vio nada. Satisfecha de que no hubiera nadie en los alrededores, entró en la casa que había estado demasiado vacía y demasiado oscura durante demasiado tiempo.

Lincoln permaneció a la espera hasta que la casa se quedó en calma y solo había luz en el antiguo cuarto de Frannie. Dejó su caballo en la cuadra, pasó a despedirse de su padre y se marchó a su pequeño refugio.

La pequeña ciudad, de arraigadas costumbres sureñas, era el eje de las tierras bajas de Carolina del Sur. La casa de Lincoln estaba situada en un barrio residencial a las afueras de Belle Terre. En esa época, cuando dividía su tiempo entre Belle Terre y Belle Reve, la pequeña casa era todo lo que necesitaba. Si bien, desde que a su padre le dieron los ataques, pasaba cada vez más tiempo en la plantación.

Una hora más tarde, sentado en el jardín a la luz de la luna, se percató de lo que había echado de menos la soledad y la tranquilidad. Un lugar que fuera solo suyo.

Su mente estaba llena, sus pensamientos eran caóticos…

«El niño», pensó mientras le daba un trago a la bebida que se había llevado al jardín.

«Linsey, el niño y Brownie».

El niño se llamaba Cade. No sabía los motivos para que Linsey hubiera puesto a su hijo su nombre.

Se sirvió otra bebida de la botella que se había llevado. Si con la primera no se había emborrachado, esperaba que con una segunda lo consiguiera. Elevó su bebida y observó los efectos que el líquido ámbar producía sobre el cristal. Parecía fuego. El fuego que había cambiado sus vidas. El fuego de Oregón. De repente, Lincoln tiró el vaso con fiereza, pero este no se rompió.

«¿Quién es él, Linsey? ¿Por qué es moreno si el pelo de Lucky era aún más claro que el tuyo? ¿Quién le ha puesto mi nombre?».

Se sentó con la cabeza entre los brazos durante mucho tiempo.

No quería pensar más. El tiempo no importaba esa noche, estaba demasiado confundido para que le importara. Le dolía tanto el pecho que era como si tuviera un peso de hierro. Fuera lo que fuera lo que hiciera, o lo que no hiciera, las emociones que no entendía le estaban rasgando por dentro.

–Demonios –murmuró.

Recogió el vaso y se sirvió otra bebida.

«Yo soy el Cade serio y pragmático; el Cade lógico que siempre tiene respuestas para todo. O, al menos, eso es lo que dicen».

«Si, claro que soy así; pero ¿por qué no puedo pensar con frialdad ahora?».

Era el segundo de los cuatro hijos de Caesar Augustus Cade. Su madre era escocesa y seguro que le había transmitido la frialdad gaélica en los genes, aunque hubiera muerto demasiado joven para enseñársela personalmente.

«El niño»

Lincoln se levantó y observó el rincón que se había creado. Al igual que la granja de los Stuart cuando era pequeño, ese era el lugar al que escapaba cuando la vida con su padre se volvía demasiado agobiante. O cuando el mundo pesaba demasiado.

–¿Adónde voy ahora? –se preguntó, mientras recuerdos que no podía exorcizar y preguntas que no podía responder le llenaban la mente y el corazón.

–¿Qué hago con el niño? –susurró, y las palabras resonaron en el pequeño espacio. Rodeándolo, engulléndolo, retumbando una y otra vez: «¿Qué hago con el niño?… con el niño».

Una carcajada llegó de la calle y rompió el hechizo.

Volvió a la casa, abandonando el jardín y su búsqueda de paz; sabía que pasaría mucho tiempo hasta que pudiera hallarla.

Pero ya sabía lo que debía hacer. Sabía lo que iba a hacer.

Por Lucky, por Linsey y por él mismo.

Por el niño.

Capítulo Tres

–Mira, mamá. Mira.

Sonriendo, mientras apuntaba en una libreta otra tarea por hacer, se preguntó qué nueva maravilla habría descubierto Cade. Había pasado la mañana haciendo un inventario de las reparaciones necesarias en la casa y en el granero. Tendría que ver cuáles eran prioritarias para acomodarlas a un limitado presupuesto. Mientras tanto, su hijo seguía con las exploraciones. Llevaban tres días en la granja y, cada noche, le aseguraba que era el mejor lugar del mundo. Fue a ver que nueva maravilla iba a añadir a su lista de «mejores cosas del mundo».

–¿De qué se trata, cariño? –deslumbrada por el sol salió del granero–. ¿Qué has descubierto?

Unos dedos sucios señalaban hacia el arroyo.

–Visita.

Intentó darse sombra con una mano para ver quién podía ser. ¿Quién vendría tan pronto?, se preguntó. Solo las compañías de gas y electricidad sabían que la viuda de Lucky Stuart había vuelto a la granja. Incluso si los trabajadores eran muy chismosos, era poco probable que la voz hubiera corrido tan rápido. Ni siquiera había parado en Belle Terre a hacer la compra.

Cade dio un paso hacia la casa, deseoso de conocer a alguien nuevo.

–¡No, Espera!

–¿Quién es?

Era un niño abierto y sin miedo. Tuvo que sujetarlo para impedir que fuera corriendo a saludar al visitante

–No lo sé y no se me ocurre quién puede venir a vernos tan pronto –contestó–. A menos… –la duda murió en sus labios al

recordar el caballo que había visto su hijo y que ella había creído una fantasía. Cuando la camioneta estuvo lo suficientemente cerca, con un sentimiento de ahogo en el estómago, reconoció al hombre que había deseado evitar.

Al menos por un tiempo. Hasta que estuviera preparada.

–¿A menos qué, mamá? –preguntó el pequeño, mirándola con curiosidad.

Linsey no tenía respuesta. Pero se ahorró el esfuerzo, porque la camioneta paró junto al porche y un hombre alto y moreno descendió de ella.

Con el corazón en un puño, esperó, estaba paralizada por el magnetismo de aquel hombre. Por los recuerdos.

Era alto. Más alto que la mayoría de los hombres y delgado; pero con una asombrosa anchura de hombros que quedó patente cuando se volvió a recoger unos guantes. Las piernas eran largas y unos vaqueros las moldeaban de manera provocativa. También llevaba botas, añadiéndole unos innecesarios centímetros a su ya considerable altura. Su pelo, a penas visible bajo el sombrero de vaquero, era oscuro y corto.

Cuando giró hacia ellos, su mirada solemne se encontró con la ella.

Linsey tuvo que hacer un esfuerzo para no temblar bajo su mirada glacial. A pesar de las miles de preguntas que corrían por su mente, pudo darse cuenta de que estaba tan guapo como siempre. Igual de carismático y de fascinante.

«No», quiso gritar a su hijo. «No te acerques a él. No le admires demasiado. No lo quieras o te romperá el corazón a ti también». Pero sabía que ya era demasiado tarde. Desde el momento que ese caballero vigoroso emergió de su brillante y metálico corcel, supo que lo había reconocido. Al niño le habían enseñado a adorar y a querer a ese hombre durante toda su corta existencia. Ahora, caminaba hacia ellos, con guantes, botas y un sombrero que parecía tocar el cielo. Linsey sabía que su hijo iba a admirar al Lincoln Cade de carne y hueso mucho más que a la imagen que de él había creado Lucky Stuart.

–Linsey –pronunció su nombre con una voz suave.

Eso y un toque en el sombrero fue todo su saludo. Tenía la mirada desapasionada y tan gris como un cielo plomizo.

No alteró su expresión en lo mas mínimo al mirarla de arriba abajo. Se quedó un rato observando el pelo del color de la luz del sol. Después, se fijó en la camisa vieja y en los vaqueros, tan gastados que más que azules eran blancos. Finalmente, las botas, que habían conocido tiempos mejores.

Cuando su silencioso estudio acabó, su atención se centró en el niño. Con la misma falta de pasión, catalogó su cara morena de inteligente. Tenía el pelo tan oscuro como él mismo. Luego, sus miradas grises se encontraron. La de Lincoln era hermética, la otra estaba llena de joven curiosidad.

Un asentimiento con la cabeza y un toque en el sombrero acompañó a un austero saludo:

–Chico.

–Señor –respondió él, sonriendo.

–¿Sabes quién soy? –preguntó Lincoln al ver que parecía reconocerlo.

–Sí, señor –respondió, afirmando con la cabeza–. Usted es el señor Cade. Hace mucho tiempo, cuando los arboles se quemaban, usted y Lucky saltaban de los aviones con mi mamá.

Lincoln se sintió visiblemente aliviado, pero no desvió su atención del muchacho.

–Sí, así es. Hace mucho tiempo.

–Me han puesto su nombre –dijo Cade, orgulloso–. Cuando vivíamos en Oregón, algunos niños decían que era gracioso. Pero Lucky me dijo que dos apellidos eran mucho mejor que un solo nombre cualquier día de la semana.

–¿Lucky te dijo eso? –preguntó sin aliento. Su mirada se dirigió a la melena negra –. ¿Llamas a tu padre Lucky?

Todo ese tiempo, Linsey había permanecido sin decir palabra, como una piedra. Nada revelaba su tensión. Pero, en ese instante, un ahogado grito escapó de sus labios.

Pero ellos no se dieron cuenta. Ambos estaban absortos y no existía nada más allá de sus miradas.

Cade asintió.

–¿Sabes por qué, chico?

Por razones que ni el mismo entendía, no podía llamarlo por el nombre que le habían puesto, su propio nombre. Al menos, no por el momento.

–Sí, señor –por primera vez, una expresión de preocupación empañó las delicadas facciones infantiles. Cerró las largas pestañas negras y emitió un profundo suspiro–. Pero es un secreto. Es algo que Lucky me dijo. Solo a mí, a nadie más. De hombre a hombre.

–Si lo dijeras… ¿romperías una promesa? –sugirió, admirándolo mucho más.

–No, señor –respondió, volviendo a levantar la barbilla–; pero no puedo decirlo a la persona equivocada en el momento equivocado.

Linsey reconoció la pena en la voz de su hijo.

–Saber quién es la persona acertada y el momento adecuado es una gran responsabilidad. Incluso para un chico tan valiente como tú.

–Eso es lo que Lucky me dijo al principio. Después, me contó el secreto de cómo lo sabría.

–¿También ese secreto es parte de la promesa? –preguntó Lincoln dando un paso más hacia él, atraído por su coraje–. ¿Eso te enseñó Lucky?

–Sí, señor –respondió con los labios temblándole y el rostro lleno de nostalgia–. Me enseñó un montón de cosas.

Lincoln había luchado por mantenerse alejado de ese encantador niño que llevaba su nombre. Pero, al ver la pena reflejada en sus ojos, se inclinó hacia él.

–Lucky era una persona muy especial. Él me enseñó lo que era el valor. De hecho, él y su madre me enseñaron muchas cosas.

–¿De verdad? –preguntó Cade, con el rostro resplandeciente–. ¿Lucky le enseñó a usted?

–Claro –respondió, poniéndole una mano sobre el hombro–. Lo que me enseñó me ayudó a ser tan valiente como él creía que era. También te pasará a ti.

–¿De verdad?

–Ya lo verás.

Lincoln se puso derecho pero aún mantenía el contacto con el niño.

–¿Crees que podías ayudarme? He traído madera para reparar los escalones de la entrada.

Una sonrisa acabó de ahuyentar la pena de la cara de Cade.

–Lincoln, no –intervino Linsey que se había mantenido al margen hasta entonces–. No me parece una buena idea –dijo,

acercándose.

Entonces, él se volvió hacia ella, con la mirada gris más fría de lo que ella jamás hubiera podido imaginar.

–Son solo los escalones, Linsey. Por el aspecto de este lugar parece que tienes muchas otras cosas en las que ocuparte. El chico y yo podemos hacerlo rápidamente ¿Estás listo? –le preguntó al niño.

–Sí, señor –dijo asintiendo con la cabeza y un mechón de pelo le cayó sobre la frente. Lincoln se lo apartó y le pusó su sombrero.

No le dejó a Linsey otra alternativa que permanecer en silencio.

Los dos se alejaron hacia la camioneta, Lincoln alterando su paso para ir al de Cade, Cade imitando el suyo.

Al observar la escena, un halo de temor cruzó el corazón de la mujer, sabía que Lincoln había hecho algo más que calmar la pena del niño, más que aumentar su confianza al pedirle ayuda; había dado el primer paso para convertirse en el héroe que Lucky había creado para él.

«Ya lo sabías, Linsey», se dijo a sí misma, con amargura, al verlos descargar juntos tablones, herramientas e, incluso, un tractor pequeño para el jardín. Al llevar a su hijo a la granja de los Stuart, sabía que un día sus caminos se cruzarían y que Lincoln reconocería al niño como lo que era.

Pero, antes, esperaba haber podido… «¿Haber podido qué?», se preguntó «¿dar una explicación?».

Con una mano nerviosa, se apartó el pelo de la cara. «¿Cómo podría explicarlo?», se cuestionó.

Entró en el granero para seguir con el inventario, pero tenía la mente llena de preocupaciones.

«Dios mío, ayúdame».

La risa de Cade le devolvió los pies sobre la tierra y salió al jardín. También escuchó la risa de Lincoln acompañada del sonido de golpes de martillo inexpertos. En otras circunstancias, habría sido una escena encantadora.

Al mirarlos, Linsey supo que su vida nunca volvería a ser como antes. Y le dio miedo. Mucho miedo.

Conteniendo las lágrimas, los observó. Trabajaban juntos y más que reparando un escalón, estaban creando unos fuertes lazos de

unión entre ellos.

¿Se estaría dando cuenta Lincoln? ¿Podría escuchar el tono de admiración en la voz de Cade, ver el brillo de sus ojos?

¿Le importaría?

«Por supuesto que sí». Era evidente en la paciencia y la amabilidad que mostraba.

No había cambiado en seis años y tampoco le cambiaría conocer la verdad.

Nada cambiaría al hombre que había sido su amigo, su familia y, una vez, su amante.

–Mira, mamá.

Cade saltó sobre cada escalón comprobando su firmeza.

–¿Has visto mamá?, ¿Has visto? –gritó el niño.

–Seguro que lo ha visto –dijo Lincoln, colocándole el sombrero–. La mitad del país debe haberte oído. Probablemente venga Gus saltando por el sendero en su silla de ruedas, gritándote que estás asustando a sus caballos.

Linsey se acercó a ellos y vio que su hijo se ponía serio. Por su expresión, sabía que algo había atraído su curiosidad. El hombre no podía sospechar que iba a ser bombardeado con preguntas por un niño que nada daba por sentado; otra característica que había heredado de su padre.

–¿El señor Gus tiene caballos, pero va montado en una silla?

Pregunta número uno. Linsey se paró junto al porche, cruzó los brazos y se apoyó contra la pared.

–En realidad, los caballos que están pastando en Belle Reve son de mi hermano Jackson. Pero hubo un tiempo en el que Gus tenía sus propios caballos y los montaba. Pero una enfermedad dejó sus miembros demasiado débiles para caminar o montar. Por eso va en una silla de ruedas.

–¿Dónde está el sendero?

Lincoln señaló con un dedo hacia los robles.

–Justo ahí. Lucky y yo lo utilizábamos para ir de una casa a otra.

–De la granja a Belle Reve –añadió Cade, mostrando el conocimiento que había adquirido durante las horas que había escuchado a Lucky. Siempre le había contado cosas del campo, de las casas y de sus amigos, especialmente de Lincoln.

–Lucky nunca me dijo que el señor Gus montara en una silla.

–No se lo pude contar porque perdimos el contacto. Sabía que él y tu madre estaban en Oregón, pero no sabía exactamente dónde.

–Podías haberlos buscado –dijo mientras rascaba un punto imaginario en un escalón.

Linsey esperó su respuesta.

–Sí –contestó con el rostro serio–. Pero pensé que él no quería que lo encontrara.

–Creo que no –confirmó el niño–. No quería que nadie supiera que estaba enfermo.

–¿Lucky estaba enfermo? –preguntó agarrándole la mano.

Cade levantó la vista hacia él.

–Durante mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo.

–La carta decía que se cayó –dijo mirando directamente a Linsey.

Ella buscó la manera más sencilla de describir una horrible enfermedad, dudó un momento y Cade respondió en su lugar.

–La enfermedad hizo que se cayera.

Su madre alargó una mano y le acarició la cabeza.

Si la expresión de Lincoln estaba seria, con ese descubrimiento, empeoró diez veces más.

–¿Cuánto tiempo es mucho, mucho tiempo, Linsey?

Con los brazos alrededor del cuerpo, ella recordó con dolor.

–La peor parte duró dos años; pero todo empezó mucho tiempo atrás. Antes de que me preguntes por qué no te lo dijimos, recuerda cómo era Lucky. Tú eras tan fuerte… Él quería ser como tú, pero no podía. Así que reemplazaba la diferencia con puro coraje. No quería tu ayuda. Ni la mía, hasta que no tuvo más remedio. Incluso entonces, había días…

Hizo una pausa para recobrar la compostura. Entonces, Lincoln vio más allá de la superficie y descubrió en su rostro el desgaste de años de fatiga.

Sin embargo, aún podía reír y bailar con su hijo.

Con el sol reflejándose en su melena dorada, a Lincoln le recordó a una leona. Una leona orgullosa que luchaba por su pareja y su cachorro.

Un dolor profundo le inundó el pecho al preguntarse si habría luchado por él con tanta fiereza.

Ella levantó la cabeza, después de tomar fuerza.

–Recuerda a Lucky como era, su coraje. Y piensa que murió con tanta valentía como con la que había vivido.

A Lincoln la respuesta le pareció demasiado vaga, demasiado breve. Tenía muchas preguntas que hacerle; pero ese no era el momento; no, delante del niño.

–Me parece que ya hemos acabado con las escaleras –dijo dirigiendose a Cade–. Ya nadie se va a caer o a clavarse una astilla. Ahora tenemos que hacer algo con el jardín ¿no crees?

–Podríamos cortar el césped –sugirió, sujetándose el sombrero con una mano.

–Cortar el césped, ¿eh? ¿Con el tractor?

–Sí.

–Parece un trabajo duro. ¿Crees que podrías conducirlo? Uno nunca sabe cuándo va a necesitar ayuda.

–¿Puedo? –preguntó Cade con los ojos muy abiertos, brillando como la plata.

–Si me prometes quedarte muy quieto y agarrarte fuerte.

Lincoln lo vio asentir con la cabeza. El sombrero se le cayó y lo recogió del suelo.

–De acuerdo, socio. Si tu madre nos deja un par de hojas de esa libreta, arreglaré tu sombrero para que no se mueva. Entonces, podremos empezar con nuestro trabajo.

Lincoln dobló las hojas y las colocó en el sombrero que se ajustó perfectamente a la cabeza del niño. Con una mano experta se lo colocó en el ángulo apropiado.

–¿Mi sombrero? –susurró Cade con intriga. ¿De verdad es mío?

–Claro. ¿No pensarás que te estoy engañando, verdad? –afirmó apoyando una mano sobre su hombro.

–Dile adiós a tu madre porque también vamos a arreglar la senda y nos llevará algún tiempo. Mientras estemos trabajando en el otro extremo, quizá paremos a comer en Belle Reve. Allí podemos ir a ver los caballos. ¿Te gustaría?

–¡Caballos! ¿Mamá puedo? –pidió bailando de la emoción. Por favor, ¿puedo?

Cade pedía permiso, pero Lincoln no. Sabía que si decía que no, su decisión sería respetada, pero le rompería el corazón a su hijo.

–Vale, vale. Pero antes, ve a lavarte las manos.

–Tiene las manos bien, Linsey. Luego se las volverá a ensuciar.

–Quiero que se vaya a lavar ahora, Lincoln –se había mantenido callada y había contenido su temperamento todo el día. Entonces, su voz fue dura y su mirada, desafiante.

–Haz lo que dice tu madre, campeón –dijo sin apartar la mirada de Linsey –. Y date prisa, tenemos mucha hierba que cortar.

Con un grito y un abrazo a su madre, Cade corrió escaleras arriba y entró en la casa dando un portazo.

–¿Qué crees que estás haciendo, Lincoln Cade? Vienes aquí como si fueras el dueño del lugar, conquistando a Cade con los caballos como…

–Como un amigo que prometió a su padre que cuidaría de ti. Lo que, en mi opinión, incluye al chico.

Lincoln se acercó mirando el brillo de su pelo dorado. En muchos aspectos, Linsey se parecía a Frannie, sobre todo en su fuerza.

–No le voy a hacer daño –dijo con una voz que parecía un susurró–. Pase lo que pase aquí, no le haré daño.

–¿Pase lo que pase?

Estaban tan cerca que, si tomaba aliento, su pecho tocaría el de él. Si él se inclinaba solo un poco, ella podría meter los dedos en su pelo y, quizá, acercar sus labios a los de él. Pero ella no tomó aliento y la rígida postura de él no cambió.

Lincoln podía ser un amigo, también podía ser su benevolente enemigo. En cualquier caso, ella debía mantenerse en su lugar y olvidarse del encanto que ya había atrapado a su hijo.

–¿Por qué estás aquí? ¿Qué es lo que realmente quieres?

–No lo sé. Pero volveré mañana y al día siguiente y al siguiente… y así, hasta que lo averigüe.

–No.

–Sí.

Con una mano, sujetó la que Linsey había levantado, no para golpearlo, sino para advertirle. Ella no luchó por soltarse.

–Amo este sitio. Para mí este es mi hogar, más que Belle Reve. Lucky era como mi hermano y Frannie fue la madre que nunca tuve. Por ellos, por el niño, voy a poner el lugar en orden. Convertirlo en un hogar del que pueda sentirse orgulloso.

–Tu trabajo…

Todavía la tenía agarrada por la muñeca y podía sentir su pulso

acelerado.

–Eso no funcionará, cariño. Mi compañera lleva meses intentando convencerme de que me tome unas vacaciones. Ahora lo voy a hacer. Vendré aquí cada día, todo el tiempo que haga falta.

–No te necesito –gritó Linsey con desesperación, sin saber exactamente que era lo que más le asustaba del plan de Lincoln–. Yo puedo hacerlo todo.

–¿De verdad? –dijo, mientras la soltaba–. ¿Cómo? No tienes dinero.

–¿Y qué? Hasta que encuentre trabajo podremos prescindir de lo que no podamos pagar. No voy a aceptar tu caridad, Lincoln Cade.

–No es caridad.

–Entonces, ¿cómo lo quieres llamar?

–Llámalo un regalo para los Stuart… para darles las gracias por mi vida.

En ese momento, se escuchó la puerta que rompió la tensión pero no acabó con ella.

–Ya estoy listo. También me he lavado la cara, mami.

Linsey se volvió a Cade.

–Muy bien, tigre.

Lincoln dio un paso al frente y esperó con los brazos abiertos. Cade saltó desde el último escalón.

Sin decir ni una palabra, le ofreció la mejilla del niño a su madre para que le diera un beso. Juntos se marcharon hacia el tractor.

Al verlos alejarse, con el brazo de Cade alrededor del cuello de Lincoln, Linsey supo que ese día cambiaría toda su existencia.

Capítulo Cuatro

La risa de Cade arrastró a Linsey a la ventana. Escucharlo reír era algo habitual desde que Lincoln había entrado en sus vidas hacía unas semanas.

Linsey sonrió a pesar de las preocupaciones. Se puso de puntillas y se apoyó en el fregadero para obtener una mejor visión de lo que estaba sucediendo.

La parte de atrás de la casa estaba llena de personas: los hermanos Cade. Eran hombres a los que conocía de oídas. Ahora, los cuatro estaban allí. Llevaban varios días yendo a la granja. Cada uno contribuyendo con su experiencia.

Adams, el mayor de los cuatro, en respuesta a la petición de ayuda de Lincoln, había traído a su cuadrilla de trabajadores para restaurar una casa víctima del tiempo y las circunstancias. Bajo su mando, trabajaba un buen número de expertos artesanos: carpinteros, fontaneros, electricistas y pintores.

Primero, arreglaron la casa. Cualquier cosa rota, podrida, floja o que, simplemente, chirriara la restauraron, cambiaron o ajustaron. El exterior brillaba con una nueva capa de pintura y el tejado estaba completamente reparado. Cambiaron todas las ventanas por nuevos ventanales que respetaban el estilo anterior. Construyeron caminos y vallas para mantener a los ciervos alejados de las flores y de las hortalizas del huerto.

Pero lo que más sorprendía a Linsey era el interior. No era ninguna experta, pero podía reconocer la calidad de los muebles que habían sobrevivido al paso del tiempo.

La casa había estado abandonada pero, al mismo tiempo, protegida. Se imaginaba que había sido respetada debido a su cercanía con Belle Reve y al miedo a la ira de los Cade. Todos ellos

parecían reverenciar la granja gracias a la mujer que había vivido allí.

Cuando restauraron los insospechados tesoros de Frannie, se dio cuenta que eran un reflejo del buen gusto de la mujer. Muchos eran antigüedades de primera calidad. Un legado para el niño que Lucky había amado y había hecho suyo.

También pintaron las paredes y repararon los suelos, a tal velocidad que Linsey se quedaba sin aliento al recordarlo. Todavía quedaban cosas por hacer, pero Adams le sugirió que fuera poniendo su toque personal y a ella le pareció una idea fantástica.

Jackson, el criador de caballos, era el tercero de los hermanos. Se encargó de la tierra y trabajó para construir un cercado que protegiera los cien acres de pastos y bosques. Aunque Linsey no sabía que iba a hacer con tanto terreno, él mismo le pidió los derechos para llevar allí sus caballos a pastar. Ella estuvo encantada porque eso significaba una inesperada fuente de ingresos.

Jefferson, el menor, cuyos amables modales y dulce sonrisa la habían tranquilizado, se había encargado del huerto. Plantó perales, manzanos y melocotoneros. Arreglo la parra que dejó de parecer una jungla e hizo sugerencias sobre las flores del jardín.

La señorita Corey había sido la contribuyente ausente. La encargada de la casa de Belle Reve, una mujer a la que solo conocía por su fantástica reputación, le envió sus empleados de la cocina para que les prepararan tres comidas calientes cada día. La comida se sirvió en tablones que hacían las veces de mesas, bajo los robles milenarios.

Cade no cabía en sí de gozo. Después de la reclusión impuesta por la enfermedad de Lucky, estaba encantado con toda la algarabía. Disfrutaba, como lo haría cualquier otro niño de cinco años, ante tal profusión de atenciones.

Durante las semanas que duraron los arreglos, Lincoln trabajó más duro que nadie. Sin embargo, siempre, se mantuvo a distancia. Al principio, se sintió aliviada. Pero, pronto, se dio cuenta de que, sin importar lo lejos que se fuera, era plenamente consciente de él. Solo saber que se encontraba cerca la ponía tensa y la dejaba sin habla.

Debido a las fuertes emociones no se podía relajar y, aunque se las arreglaba para ser amable, no podía disfrutar de lo que estaban

haciendo en la casa. Sabía que era mucho mejor acostumbrarse, especialmente, cuando la cuadrilla de Adams se marchó y solo quedaban los hermanos.

Sin embargo, después de semanas de fervorosa actividad y después de presenciar la alegría de los Cade, aún no podía confiar en las razones de Lincoln para ser tan generoso y no podía participar de la camaradería.

Linsey admitía que la culpa era suya. Nunca había tenido nada parecido a una familia. Al menos, no antes de conocer a Lucky y a Lincoln.

«Ellos eran mi familia», recordó e, inmediatamente, intentó pensar en otra cosa. No quería soñar con lo que podía haber sido. Sus intereses estaban allí en aquel momento. Primero Cade. Luego Lincoln.

El niño rio de nuevo. La atención de Linsey se volvió a centrar en el jardín. Vio como Jackson lo levantaba por la cintura de los vaqueros, pero paró a mitad de camino para rescatar una bota enorme que se caía del pequeño pie. Eran las botas de Lincoln, confiscadas por Cade cuando su héroe volvía del campo y se ponía un calzado más adecuado para caminar por el tejado.

Con una bota bajo un brazo y Cade colgando del otro, se dirigió al granero y le pasó el bulto a Adams. El mayor de los hermanos desapareció con su preciosa carga y ella se retiró de la ventana.

Se preparó una taza de té y, con la mente en otras cosas, acarició la delicada porcelana.

Cade quería a todos los hermanos, pero siempre volvía a Lincoln. Era a él al que adoraba y al que imitaba.

Él no decía nada; pero lo sabía. Todos lo sabían, estaba en sus ojos cuando miraban a Cade. Pero ninguno decía nada y ninguno preguntaba nada. Esperaban, como Linsey… a que Lincoln hablara.

–¡Linsey!

Al volverse sorprendida, la taza se le cayó de la mano y estalló en mil pedazos.

–¡Oh, no! –exclamó, intentando recoger los pedazos–. ¡Oh no! –gimió de nuevo–, era tan bonita…

Los dedos de Lincoln se cerraron sobre los suyos, tomando los trozos de porcelana.

–Solo es una taza.

Ella negó con la cabeza. Sin darse cuenta de que Lincoln soltaba los pedazos y volvía a tomar sus manos.

–No entiendes –le dijo con los ojos llenos de lágrimas–. Era de *ella*, la madre de Stuart.

–Frannie ya no está, Linsey. La taza es tuya.

Ella volvió a negar con la cabeza, mientras él la acompañaba a una silla.

–Espera aquí dijo con un tono especial–. Voy a por algo para el curarte la herida.

En el baño hay un botiquín.

Linsey lo vio alejarse. Un hombre viril de anchos hombros que se movía con familiaridad por la casa. Se preguntó cómo habría sido formar parte de su vida como Lucky y Frannie lo habían hecho. Su corazón se encogió por la perdida del hombre en el que aquel chico se había convertido.

Un chico como Cade.

Se mordió el labio para evitar que le temblara. Al agachar la cabeza, su mirada se encontró con sus manos y se dio cuenta de que estaba sangrando en abundancia. Eso explicaba la mirada grave de Lincoln y el sonido de su voz. Era solo preocupación.

Linsey volvió a escuchar la risa de su hijo. Su hijo era feliz en aquel lugar. Más feliz de lo que hubiera sido nunca. Pero, ¿cuánto iba a durar? ¿Podría continuar cuando le contara a Lincoln lo que debía contarle? ¿Cuando la odiase por lo que había hecho?

Levantó la mano sana para protegerse los ojos. Ojalá pudiera proteger a su hijo con la misma facilidad. Con el dedo pulgar se dio un masaje en la sien. Intentando relajar la tensión que sentía.

Un aroma de aire fresco, madera y jabón la envolvió cuando Lincoln se arrodilló ante ella con una palangana de agua, gasas y un tubo de pomada.

–¿Estás bien? –preguntó con una pequeña sonrisa–. No le tendrás miedo a la sangre, ¿verdad?

–No –comenzó a decir, pero descubrió que su voz temblaba cuando él tomó sus dos manos y se las acarició–. Claro que no.

–¿Entonces…?

Linsey evitó sus ojos y se centró en sus manos unidas. Las manos de él eran fuertes debido a su ocupación de veterinario y al trabajo en Belle Reve, pero, al mismo tiempo, suaves. Las de ella eran

mucho más pequeñas y se podría decir que, delicadas. No había ni una señal del trabajo de limpiar y rascar, ni una uña rota. Pero Lincoln parecía no darse cuenta, si siquiera le importaba.

–¿Linsey? –dijo al ver que ella no respondía –Ya no estás preocupada por la taza, ¿verdad?

–No debería haber sido tan descuidada. Alguien la cuidó con esmero en el pasado y llego yo y, en menos de un mes, causo estragos.

–Me parece que *estragos* es un poco exagerado –mientras hablaba le abrió la palma de la mano. Con agua jabonosa le limpió el corte, después le aplicó la pomada y lo vendó con una gasa–. Ya está. Creo que eso bastará.

Deseó que Lincoln la soltara para alejarse, pero él se quedó arrodillado a sus pies, con sus manos entrelazadas a las suyas. Ella levantó la vista y se encontró con su mirada, sin embargo, ninguno habló. El gris de sus pupilas estaba ribeteado por largas pestañas negras y brillaba con reflejos plateados. Estaba aturdida por la belleza de aquellos ojos; tan enigmáticos, que no traicionaban nada de lo que sentía o pensaba.

A pesar de que temía el inevitable momento de la verdad, podía sentir la fuerza de su magnetismo, la sutileza de su sensualidad; algo innato en él. Había sido su amigo, su defensor y su primer amante. Pero, fuera lo que fuera lo que había sentido aquel día, mientras se amaban rodeados por el fuego, se perdería por la rabia y la enemistad.

Sin embargo, al esperar bajo su mirada solemne, sintió el brillo de necesidad ferviente que ya había visto en aquella inolvidable ocasión. Una necesidad impensable que arrastró su mirada hacia los labios de él y despertó recuerdos de besos y caricias.

Una necesidad que solo podía llevar a un nuevo desengaño.

Un temor frío se apoderó de ella. Lincoln nunca la había querido. Se había alejado de ella como si haber hecho el amor hubiese sido algo aberrante; lujuria sin sentido nacida en un momento de desesperación. Sin embargo, todavía lograba hacer que lo deseara, solo con un toque impersonal. Ahí residía la destrucción, para ella. Quizá también para Cade.

No debía caer bajo su embrujo otra vez.

Contuvo el aliento y buscó fuerzas para jurarse que no volvería a

suceder.

Apartó sus manos de las de él y fingió que el roce de los dedos de él en su pierna no le afectaba.

–Me las podía haber arreglado. Gracias de todas formas.

–Sí –respondió él, retirándose de forma brusca–. Te las puedes arreglar, ¿verdad? Siempre lo has hecho.

Algo que no pudo deducir, quizá ira, quizá melancolía, brilló en sus ojos durante un segundo y después se desvaneció.

Levantó la barbilla con aquella decisión que le había ayudado a sobrevivir todos aquellos años.

–Lo intento, Lincoln.

Pensó que iba a decir algo, pero, en lugar de eso, se dirigió hacia la puerta. Se paró allí, dándole la espalda, como si le costara marcharse. Como si hubiera algo más que decir. Pero, de nuevo, no dijo nada, abrió la puerta y salió.

El sonido de risas en el exterior penetró en la casa, tomándole el pelo, burlándose de ella y de la soledad que había elegido como coraza. No se permitió sentir por los hermanos Cade nada que fuera más allá de una cordialidad entre vecinos. No se atrevió a interesarse por ellos.

–Mis hermanos están esperando –dijo Lincoln desde la puerta–. Su trabajo aquí ha finalizado y quieren despedirse.

Linsey miró hacia otro lado, con las manos apretadas contra el regazo.

–No te van a morder –dijo bromeando para calmar su evidente ansiedad–. Tampoco es necesario que les muestres gratitud. Han venido porque eres la mujer de Lucky y se han quedado porque les has gustado. Y por el niño.

«El niño». Seguía sin llamarlo por su nombre. El esfuerzo por recordar le trajo dolor de cabeza… y de corazón.

Ese era el último día que los Cade inundaban su casa y su jardín. Y también el corazón de su hijo.

–¿Cuándo se marchan?

–Pronto. En cuanto acaben lo que están haciendo.

Linsey se levantó para enfrentarse a él.

–No quiero decirles adiós vestida así –dijo mientras intentaba limpiar una mancha de sangre que acababa de descubrir–Voy a cambiarme y enseguida vuelvo.

–Esperaré –aseguró él, volviendo a entrar en el salón.

–No –estalló ella–. No hace falta –aseguró, dando un paso hacia atrás, aunque él no estaba cerca.

–He dicho que voy a esperar, Linsey, y eso es lo que voy a hacer –repitió acercándose a la silla donde ella había estado sentada.

–Lincoln… –empezó a decir, pero enseguida se dio cuenta de que no tenía argumentos–. Nada, me voy a cambiar.

Al cerrar la puerta, Lincoln seguía de pie. No se movió hasta que reconoció el sonido de la ducha. En lugar de sentarse, fue a la antigua habitación de Lucky que ahora era de Cade.

Más allá de la nueva pintura de las paredes y la nueva ropa de colores de la cama, poco había cambiado. Todavía estaban los trofeos de béisbol de Lucky. Con algunos de los suyos entre ellos. Cade todavía era muy pequeño para jugar al béisbol.

La fotografía de Lincoln junto a un Diablo joven estaba sobre la mesilla de noche. Un lugar de honor. ¿Sería el honor por él o por el caballo?, se preguntó. Después se rio por la arrogancia al recordar la fascinación del niño por los caballos.

Entre las fotografías amarillentas había una más pequeña de Cade y Lucky. Lincoln tuvo mucho cuidado para no descolocar nada. En la foto, Cade estaba de pie junto a la silla de Lucky, con la cara llena de orgullo por el minúsculo pez que colgaba de la caña. Estudio la cara del niño moreno de ojos grises con aquella contagiosa sonrisa mellada. Tenía una mirada inteligente y Lincoln sabía que podía bombardearlo con una docena de preguntas en cuestión de segundos.

«¿Por qué los caballos tienen melena?», «¿qué ve la tortuga dentro de su caparazón?». Lincoln recordó las joyas más recientes. «¿A qué altura está la parte de arriba del cielo?» o «¿se puede caer un águila si pierde muchas plumas?».

–¿Cómo respondías a esas preguntas imposibles, Lucky? –preguntó a la imagen del hombre que había sido su amigo durante tanto tiempo. Un hombre que a duras penas reconocía con aquella tez cenicienta y su pelo, una vez rubio y espeso, lleno de canas y escaso.

A simple vista, su sonrisa parecía alegre. Pero, alguien que lo hubiera conocido bien, se habría dado cuenta de que era forzada. Como si los músculos de la cara no tuvieran la fuerza suficiente

para producir una verdadera sonrisa.

–¿Qué sucedió? –le preguntó Lincoln en voz alta–. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacía un hombre en tus condiciones en una ladera a punto de derrumbarse?

–Fue a salvar a dos niños.

Linsey estaba en la puerta. Tenía el pelo mojado y olía a champú y a jabón.

–¿Cómo sabías que había un aviso de derrumbamiento? –preguntó Linsey, entrando para ponerse a su lado.

–Cade se lo dijo a Jackson.

–Y Jackson te lo contó a ti –acabó, con media sonrisa.

–¿Qué pinta una amenaza de derrumbamiento en el accidente? Se me hizo creer que Lucky murió como resultado de las heridas ocasionadas en una caída. Me imaginé que cumpliendo sus obligaciones en el parque.

–Había un aviso de probabilidad de derrumbamiento en nuestra zona. No era nada extraño en aquella área, sobre todo, después de las fuertes lluvias que habían caído –explicó Linsey.

A Lincoln no le extrañó su conocimiento, porque sabía, gracias a los informes obtenidos durante sus investigaciones, que había pasado algún tiempo trabajando de guardabosques en un Parque Nacional.

Linsey sintió el peso de su mirada recorriendo su cuerpo. Lincoln todavía tenía el poder de perturbarla. Hizo un esfuerzo por no tartamudear y siguió con el relato de Lucky.

Dos niños habían hecho novillos y, al esconderse de sus padres, se acercaron demasiado al área de peligro. Yo había ido al parque. Lucky estaba observando la zona con prismáticos y los vio.

–Él era así. ¿Fue a por ellos en lugar de pedir ayuda?

–Llamó –explicó, con la voz apagada por la pena–. Pero pensó que no había tiempo que perder. Se arrastró, Lincoln. Nadie sabe cómo lo hizo. Incluso consiguió persuadirles para que subieran a un lugar más estable. El pequeño necesitaba más ayuda de la que él tenía energía para dar. De alguna manera, sacó sus últimas reservas para hacer lo que debía. Estaban a salvo cuando sus fuerzas decayeron.

–¿Fue entonces cuando se cayó?

Al mirarla a la cara se dio cuenta que se había puesto pálida con

el relato de la tragedia. Tenía más preguntas. Después, podían olvidarlo todo.

–Él ya no formaba parte del servicio de guardabosques. Me imagino que desde hacía algún tiempo –dijo Lincoln mirando la fotografía de la caricatura de lo que había sido su amigo.

–Tenía esclerosis múltiple progresiva. Se pensaba que solo el quince por ciento de los que padecían la enfermedad desarrollaban una forma tan severa. Lucky era uno de ellos.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Seis años, tal vez más tiempo.

Lincoln recordó un día en el hospital de Oregón. Lucky parecía abstraído, como si tuviera algo más que las quemaduras propias de su trabajo y lo atribuyó a las importantes decisiones que su amigo había tomado. Decisiones que cambiaron la vida de todos ellos.

–Eso significa…

–Que lo descubrió el día que estuvimos en el hospital tras el fuego –acabó la frase por él, mientras, se daba un masaje en las sienes con los dedos.

–¿Así de sencillo?

–Los labios de Linsey se curvaron en la parodia de una sonrisa.

–Nada es sencillo con la esclerosis múltiple. Después vinieron las pruebas, las punciones lumbares, y cualquier cosa que los doctores se pudieran imaginar.

Su cara estaba tan pálida que el brillo de sus ojos era hipnotizador. ¿Eran verdes o azules? Cuántas veces se había preguntado de qué humor estaría aquel día y de qué color tendría los ojos. Cuántas veces le había tomado el pelo Lucky, diciéndole que sus ojos eran el barómetro de su temperamento.

«Lucky».

La habitación parecía demasiado pequeña. Demasiado llena de recuerdos. El murmullo de la conversación de sus hermanos lo devolvió a la realidad. Después de acabar la última de sus tareas, se habían reunido en el porche, para esperar por Linsey.

Volvió a colocar la fotografía en su lugar y tomó a la mujer del brazo.

–Mis hermanos están esperando. ¿Nos unimos a ellos?

El vestido de algodón que había elegido para la ocasión se meció como la seda alrededor de sus rodillas cuando giró para caminar a

su lado. Los dedos de él la agarraban firmemente del brazo. En el pasillo estrecho, Lincoln la acercó más a él e, inadvertidamente, le rozó con los nudillos el lateral del pecho. Un toque que despertó deseos escondidos, necesidades dormidas durante mucho tiempo.

La cabeza de Linsey le daba vueltas mientras el corazón se le aceleraba. Quería soltarse y rechazarlo. Quería mentirse a sí misma y con la mentira conseguir dejar de amarlo, de desearlo

Pero no podía. Durante varios días, incluso después de esquivarlo, tal y como él había hecho con ella, había sentido como si se estuvieran arrojando por un precipicio. Algo en la forma en la que la miraba y la tocaba le decía que a partir de aquel día nada sería igual.

–Linsey.

La suave presión de sus dedos deslizándose sobre su brazo la hizo pararse. Su familia esperaba al otro lado de la puerta, y ella no quería que se le notara la tensión en la mirada que elevó hacia él. Él sonrió y con un dedo trazó la curva de su cuello y elevó su cara un poco más. Agachándose hacia ella, le rozó suavemente los labios con los suyos. Una vez, dos veces, como el susurro de un beso. Un beso que prometía más.

Ella todavía lo estaba mirando, la confusión la envolvía como un torbellino.

–Son solo mortales, no son una amenaza para ti. Ninguno te haría daño ni intentaría juzgarte.

Los labios de Lincoln se curvaron en una sonrisa.

–Ni yo tampoco, cariño –le hizo aquella promesa despacio y, en un instante incomprensible, la llevó al porche a enfrentarse con su familia.

Capítulo Cinco

Cuando Linsey salió al porche del brazo de Lincoln, los hermanos Cade la recibieron con un aplauso. Sorprendida, con la mano apretando el brazo de él y la mirada clavada en el suelo, se paró en seco. Lo que pudo ser un breve instante, a ella le pareció una eternidad. Finalmente, logró recobrar su valentía.

Lincoln esperó pacientemente, ofreciéndole su apoyo.

Cuando la ovación decayó, Linsey emitió un suspiro y elevó la vista hacia los allí reunidos. Entre el orden y la renovación surgidos del caos, descubrió que, lo que debía ser la última comida, se había convertido en una celebración. Preparada con el estilo y la minuciosidad tan característicos de esa extraordinaria familia.

Uno a uno los fue mirando a todos. A hombres que habían sido más amables de lo que ella pensó que era posible, por razones que aún no acababa de comprender.

Habían encontrado el momento para asearse y ponerse camisas limpias, recién planchadas y para cambiarse los vaqueros. Incluso se habían cepillado las botas.

Entonces, se dio cuenta de que Lincoln había hecho lo mismo. Cuando se acercó a ella en la casa, lo había mirado, pero en el estado en el que se encontraba por haber roto la taza, ni siquiera lo había visto.

Había sido muy consciente de su presencia. Quizá demasiado consciente del aroma masculino para darse cuenta del pelo negro perfectamente peinado. O que su camisa, pantalón y botas estaban impecables.

Los hermanos Cade habían trabajado durante semanas para la viuda de Lucky. En ese momento, el homenaje era para ella, para Linsey. Como si le quisieran mostrar que ella también era

importante.

–Gracias –le dijo a Lincoln, sabiendo que eso era suficiente para él. Que sería suficiente para todos; de eso, estaba segura. Sin embargo, quiso dirigirse a ellos de uno en uno.

–Adams.

Delgado y quemado por el sol, con el pelo castaño un poco canoso, el primero de los hijos de Gus, estaba de pie a la sombra de un roble. A su lado había una mujer sorprendente, tenía el pelo castaño claro y una sonrisa encantadora. Linsey recordó que se trataba de Eden, su esposa. De sus esporádicas conversaciones con él, sabía que esa maravillosa mujer era la única que había conseguido cautivar a uno de los elusivos Cade.

–Esta casa representa todo lo que he tenido en mi vida, una familia, raíces, una historia. Gracias por devolverle vida, por convertirla en el hogar que se merece –le dijo a Adams–. Una casa para Cade y para mí. Espero que nunca te arrepientas de lo que has hecho por nosotros.

–Lo poco que he hecho ha sido un placer, Linsey. No me arrepentiré –respondió él, ofreciendole un galante gesto con el sombreo. Después, miró a la mujer con mucho amor.

Linsey rememoró un tiempo en el que pensó que Lincoln la podía mirar así. Pero, en realidad, esa mirada le recordaba lo que nunca había sido.

Adams Cade era feliz y sabía que ella no lo era, pero se lo deseaba de corazón. En sus brazos tenía la prueba de su amor compartido. Una niña, replica exacta de su padre, le tiraba del pelo cuando se acercaba a su carita para cubrirla de besos.

Noelle, había sido un milagro. La ciencia moderna había dicho que no era posible, pero la virilidad de los Cade había demostrado lo contrario. Aparte del milagro de su nacimiento, esa preciosidad era la prueba del poder del amor.

Le dolía ver lo que había perdido por lo que miró hacia otro lado, pero enseguida pensó: «Pero, ¿cómo podría haber perdido lo que nunca fue mío?»

Lincoln se acercó a su oído y sus labios le rozaron el pelo.

–¿Pasa algo, cariño? –susurró.

Linsey estaba demasiado disgustada para oírlo. Se dio cuenta de que había hablado y negó con la cabeza, dejando que él interpretara

el significado de su gesto.

A un paso de la familia de Adams, estaba Jackson. Los rayos de sol incendiaban su pelo rojizo. En los relatos de Lucky, lo había descrito como rápido para la ira, pero más rápido para la risa, para las bromas y para el amor. Un hombre cuya fuerza bruta disimulaba un increíble conocimiento y el corazón más tierno.

Linsey había descubierto su ternura al verlo con Cade, y ahora la notaba en su mirada azul. Sus ojos fueron de Lincoln a Linsey y, con un guiño, recibió su agradecimiento y rápidamente le dedicó una sonrisa.

Estaba segura de que Jackson se había dado cuenta de lo que sentía y comenzó a notar que se le formaba un nudo en la garganta.

–Jackson –dijo apresuradamente para que nadie se diera cuenta–. No te puedo agradecer lo suficiente que hayas restaurado el cercado y preparado los pastos, y el granero… Especialmente por convertir la granja Stuart en una verdadera granja.

–Bueno, preciosidad –dijo, sonriendo de medio lado–, sería un mentiroso si no reconociera que Lincoln ha trabajado más duro que nadie –añadió mirando a su hermano–. Si no supiera lo buen tipo que es, diría que trabajaba como si el mismo diablo lo estuviera persiguiendo. No me debes nada por ser un buen vecino, Linsey. Especialmente, teniendo en cuenta que le voy a sacar un buen partido a tus pastos.

Después se dirigió al más joven de los Cade, Jefferson. Era el más delgado de todos, pero no era tan alto como Lincoln. Llevaba el pelo más largo que sus hermanos y, por seguir con el contraste, lo tenía rubio.

Era el más callado de todos. Uno de esos caballeros de los que quedan pocos. Linsey se preguntaba qué gran dolor o qué crueldad en su joven vida le había hecho tan consciente del dolor de los otros.

–No tengas en cuenta a Jackson –le dijo–. Le encanta molestar a los demás.

Jefferson tenía un pie sobre la valla del jardín. Su mano izquierda, apoyada en la rodilla, mientras, con la derecha apretaba el hombro de Cade.

Al ver a su hijo, recordó que todo era por él. Volvió a mirar a Jefferson y su compresiva mirada y su sonrisa sensible la

tranquilizaron.

Se dio cuenta de que era realmente guapo. Con ese físico y esa tristeza en su mirada, seguro que era letal para la población femenina de Belle Terre y los alrededores. ¿Qué mujer con ojos y corazón no desearía abrazarlo y besarle la herida para que se sintiera mejor?

Pero Linsey recordó que hacía algún tiempo, Lincoln lo había llamado «el solitario». En las historias de Lucky, lo describía como un hombre de acción que prefería pescar, cazar y explorar el bosque, en busca de criaturas que luego pintaba. Podía ser muy dinámico si la ocasión lo requería, pero eran las actividades solitarias las que de verdad le gustaban.

Jefferson era un atractivo y fascinante enigma.

–Una casa es el reflejo de sus alrededores –dijo dirigiéndose a él–. Lo que has plantado y diseñado convertirá a la granja en un lugar mejor para Cade. Un lugar del que sentirse tan orgulloso como se sintió Lucky. Por eso nunca te lo podré agradecer lo suficiente.

Había hablado con el corazón, y se había dirigido a cada uno de ellos con honestidad, pero de manera diferente. Porque, a pesar de sus lazos como hermanos, más allá del honor y la integridad que compartían, ninguno se parecía al otro.

Que cada uno de ellos podía conquistar con una mirada o con una palabra, estaba claro. Que juntos podían pelearse y, por separado, amar, era incuestionable. Que eran demasiado impresionantes, demasiado guapos, demasiado de todo, de eso era testigo.

Pero, cuando se había olvidado de que solo eran hombres, Lincoln, se lo había recordado.

Mis hermanos…

Solo mortales…

Ninguno te haría daño ni intentaría juzgarte.

El ritmo roto de las palabras de Lincoln resonaba en su cabeza. De ellas sacó Linsey el coraje. Levantó la cabeza, apretó el brazo de Lincoln más fuerte. Ya estaba preparada para descender las escaleras. Lista para moverse entre esos hombres a los que debía tanto. Entre los que criaría a su hijo.

–¿Vamos? –preguntó Lincoln al darse cuenta de su cambio.

Con su mano libre apretó la mano que le sujetaba el brazo y la

acarició. Un sonido gutural se le escapó de la garganta al volver a dejar caer su brazo.

Linsey lo miró intentando comprender ese cambio de humor. Pero su cara estaba demasiado bien enseñada para no revelar sus sentimientos. Por imposible que pareciera, después de un poco de contacto personal, comprendió que conocía a Adams, Jackson y Jefferson mejor que al hombre que había sido su amigo.

–Lincoln, ¿pasa algo? –preguntó, siguiendo un impulso. Su nombre y la congoja de su voz lo sacó de sus pensamientos.

Mirando a los cambios producidos en la cara que recordaba tan bien murmuró:

–No pasa nada, Linsey. Solo que has trabajado demasiado duro durante demasiado tiempo. Solo… –tensó la mandíbula buscando las palabras adecuadas.

Linsey esperó, sin atreverse a respirar. Sus hermanos, Eden y Cade también esperaban.

No importaba. Nada importaba, solo Lincoln y lo que tuviera que decir.

El momento se paralizó entre ellos. Una tabla crujió en protesta por el sutil cambio acaecido en la casa. Un pájaro cantó. Noelle se rio y el dulce sonido de su voz rompió el talante oscuro.

Con una inclinación de cabeza, como si ese extraño interludio no hubiera existido, Lincoln le sonrió a ella.

–No es importante, al menos, no por el momento.

Acercando aún más su brazo, le dejó sentir los latidos de su corazón, el calor de su cuerpo, el vaivén de su respiración y, quizás, la necesidad que llevaba semanas ocultando.

Ese día marcaba el inicio de un plan que esperaba que culminara con lo mejor para todos. Para Linsey, para él mismo y para Cade.

–En el día de hoy, vamos a celebrar el fin y el principio. Vamos a disfrutarlo –dijo con una sonrisa en los ojos–. ¿Nos unimos also otros, Linsey?

Estaba hablando con acertijos, pero de manera tan amable que cualquier oscuro propósito que pudiera tener, ya no era importante para ella. Porque cuando sonreía así, como lo estaba haciendo en ese momento, lo seguiría al fin del mundo. Al cielo, al infierno, a cualquier sitio.

–Sí –respondió mientras apretaba su brazo–. Vamos.

Lincoln la llevó hacia donde estaban los demás.

Pasaron al lado de Cade que tenía la cara radiante de felicidad. Extendió la mano hacia Lincoln y Lincoln la agarró.

–Esta dama es mía y de Cade.

El nombre de su hijo en los labios de su padre sonaba a gloria, pensó Linsey. Después sintió pena. El primero vivió poco y el segundo ¿cuánto duraría?

Durante los días que duraron las reparaciones, su mente había vagado por el pasado tanto como por el presente. No tenía ninguna duda sobre quién debía acabar con el juego de la espera. Sabía que era ella la que tenía que hablar. Sin embargo, todavía no había llegado el momento apropiado. Nunca se le había presentado una ocasión lo suficientemente privada como para decírselo. Ahora quedaba poco tiempo.

Pronto se marcharían sus hermanos. Después solo quedarían Cade, Lincoln y ella misma. Al menos, hasta que sus vacaciones terminaran. Entonces, se lo diría. Antes del último día. Cuando Cade hubiera salido a jugar con Brownie.

Era extraño tener que decirle lo que probablemente ya sabía. Pero tenía que hacerlo. Con la decisión tomada, por fin, Linsey se sintió como si se hubiese quitado un peso de encima. El temor nunca había sido tan grande como el sentimiento de culpabilidad.

Cade soltó la mano de Lincoln y corrió delante de ellos dirigiendo sus pasos. Ella apenas produjo una sonrisa, aunque hubo un tiempo en el que podía reír a carcajadas.

–Mira, mamá, una sorpresa para ti. ¿A que es chulo?

«Chulo» era la definición de Cade para describir algo maravilloso. El rincón al que la habían llevado él y Lincoln era realmente sorprendente.

–Pues sí que es chulo, tigre.

Se alejó de Lincoln y se puso al lado de su hijo. El lugar que había sido una cabaña de trabajadores había sido transformada en un lugar de celebraciones. Habían colocado una mesa enorme con mantel y había platos y copas de cristal para todos. En una mesa pequeña colocada al lado, había todo tipo de exquisiteces.

Linsey no estaba muy segura si era por la vista o por el olor, o porque no había comido nada en todo el día, pero empezaba a sentirse hambrienta. Eso sorprendería a los hermanos Cade. Alguna

vez, alguno de ellos la había regañado porque se saltaba una de las deliciosas comidas de la señorita Corey. Ninguno sabía que cuando estaba tensa o cansada o preocupada, lo primero que se resentía era su apetito.

–Señora, ¿la ayudo a sentarse? –bromeó Lincoln.

Linsey miró para arriba, y después, más arriba todavía. Detrás de Lincoln había un gigante vestido con una impecable chaqueta. Se movía como el viento y tenía el aspecto de un isleño del pacífico, pero hablaba un inglés perfecto, sin apenas acento.

–¡Cullen! –exclamó, ofreciéndole la mano al Sansón de pelo oscuro y piel dorada–. Debería haberme imaginado que no estarías muy lejos con Eden y Noelle por aquí.

Cullen le sonrió.

Lincoln se volvió a Linsey. Tomando su mano, le dirigió una sonrisa que ella nunca había visto antes.

–Amor mío, este es Cullen, el amigo de Eden, su confidente, su mayordomo y niñero.

Linsey hizo como que entendía. Pero Lincoln la había llamado «amor mío» como si fuera la cosa más natural del mundo. Era todavía más sorprendente que cuando la llamaba «cariño». No entendía ni una palabra. Intentando recomponer sus pensamientos, recordó que el nombre del gigante era Cullen porque lo había oído decir antes de que Lincoln se dirigiera hacia ella y la mirara como si ella fuera el centro del universo.

–Creo que «niñero» debería encabezar la lista –dijo Jackson, poniéndose detrás de ellos–. ¡Y bien bueno que es!

–Al menos, tan bueno como tú –intervino Jefferson, con la cara solemne, pero con los ojos llenos de vida y de alegría.

–Pero no pienses que Lincoln está menos hechizado que el resto de nosotros, Linsey, cariño –contestó Jackson.

Lincoln se rio sin intentar negar que estaba loco por Noelle. En lugar de eso, miró hacia Cade, lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia sí.

–Ahora tenemos otro pequeño. Un poco mayor, no tan delicado, pero igual de encantador. Os he escuchado a todos discutir porque queríais tenerlo de ayudante.

Lincoln le puso bien su antiguo sombrero.

–¿A que sí, tigre?

–Sí, señor –respondió, echándose el sombrero para atrás con el pulgar. Un gesto que Linsey se lo había visto hacer a Lincoln innumerables veces a lo largo de las últimas semanas. Un niño que emulaba al hombre al que solo podía ver a través de unos ojos llenos de amor y admiración.

Linsey luchó por controlar la emoción. Consiguió sonreír cuando Cade cruzó los brazos sobre el pecho, abrió las piernas todo lo que las enormes botas se lo permitían y anunció a la multitud:

–Adams dice que le gusta estar conmigo porque hago buenas preguntas.

–Bueno, yo creo que todos estamos de acuerdo.

Jefferson sorprendió a Cade al levantarlo por atrás y sentárselo sobre los hombros.

–Nos vamos al río a intentar limpiar la mugre que llevas en las manos, mientras los otros van sirviendo los platos.

–¿Qué es mugre? ¿Me puedo comer todo el pastel que parece crema de afeitar?

Cade estaba sonriendo, como si los hombros de Jefferson fueran un trono y él príncipe.

Linsey no pudo oír la respuesta de Jefferson porque Eden aprovechó la oportunidad para dirigirse a ella.

–Es verdad. Están encantados con el niño. Adams nos cuenta historias de Cade cada día.

Linsey se volvió hacia la mujer que solo había visto en una ocasión. Uno de los primeros días en la granja, Eden los había visitado para presentarse y ofrecerle su ayuda.

Linsey nunca la había llamado, por supuesto. No había necesitado a Eden hasta ese mismo día. Para que le diera apoyo moral, por el confort de tener al lado a una mujer que conocía bien a los Cade.

–Me alegro de que hayas venido hoy, Eden. Esto es un poco…

Como Linsey dudó, Eden la tranquilizó.

–Entiendo cómo te sientes. Me imagino que la palabra es *abrumador*. Los Cade siempre lo hacen, aunque no lo pretendan.

–¿Siempre hacen qué? Intervino Lincoln que había estado hablando con sus hermanos.

–Abrumar, Lincoln –respondió Eden dándole un cachete cariñoso–. Los Cade tenéis la costumbre de abrumar al resto del

mundo.

–¡Ja! –dijo, echando una mano alrededor de Linsey, atrayéndola hacia él. Después la rodeó por la cintura con los dos brazos–. Dile eso a Linsey. Me imagino que se siente abrumada por nosotros. ¿Verdad, cariño?

Esta vez, el tono dulce de su voz fue acompañado de un también dulce beso en su pelo. Aunque su corazón se disparó. Intentó convencerse a sí misma de que no significaba nada, que era parte de aquel juego para divertir a sus hermanos. Quizá a Cade. Que fuera tan convincente era otra prueba del carisma de los Cade, de todos ellos. Jackson también la había llamado «cariño» y la miraba como si realmente le importase.

Ese magnetismo compartido podría resultar extraño, porque cada uno de los Cade tenía una madre diferente y poco habían heredado de su padre. Pero, en poco tiempo, era fácil comprobar que sus corazones eran iguales. Lucky ya le había hablado de ese fenómeno.

Linsey lo descubrió durante las semanas que esos hombres generosos habían trabajado en la restauración de la casa para la viuda de Lucky Stuart. Aunque ella siempre los evitó en sus rutinas diarias, la generosidad siempre estaba presente.

También lo había notado en las tiernas palabras de Lincoln y en su voz.

Un juego, tenía que ser un juego.

–¿Abrumada? –con un dedo acarició la mano de Lincoln, mientras se decían que este juego lo podían jugar dos–. ¿Por un Cade?, nunca.

Eden se rio.

–Diría que te has encontrado con la horma de tu zapato, Lincoln Cade.

–Eso espero, porque pienso pedirle a esta señora…

–¡Lincoln! –la voz de Jefferson interrumpió lo que iba a decir. Era firme, pero algo en ella hizo que Linsey sintiera pánico. Antes de darse la vuelta sabía que se trataba de Cade. Pero nada la preparó para lo que iba a ver.

Sangre. El mundo y Jefferson estaban rojos.

Rojos.

Con la sangre de Cade.

Capítulo Seis

El olor la invadía. Arrastrándose como la niebla, penetraba por todos los lugares, en cada aliento. Le llenaba los pulmones, y el recuerdo se agarraba a ella de tal manera que necesitaba de toda su fortaleza para no gritar.

Linsey se miraba las manos. Para no perder el control, las apretaba con tal fuerza que se le estaban durmiendo los dedos. En su palma seguía la herida, vendada con una gasa; tan blanca bajo las potentes luces que le hacía daño a los ojos.

Pero no podía apartar la mirada. No podía mirar hacia arriba, no quería ver. No quería recordar.

Durante la enfermedad de Lucky, había aprendido a temer a los pasillos de hospital. Esas instituciones austeras, de esperanza y curación, con esos olores a medicinas y a limpieza mancillados por la peste de la enfermedad y las heridas. De la muerte.

No quería recordar, pero no podía olvidar el cuerpo roto de Lucky y el olor a sangre que fluía por las puertas que lo separaban de él. Dejándola sola, más sola de lo que nunca había estado. Con aquel miedo a la muerte que ninguna medicina podía curar.

No podía olvidar, pero, con el paso del tiempo, había aprendido a ocultarlo en un lugar recóndito del cerebro. Mientras, el dolor por su muerte y la tristeza comenzaban a disminuir.

Estaba paralizada por el miedo, enredada en los recuerdos, y rezando para que la historia no se volviera a repetir. Escuchaba sin oír, esperando que alguien viniera a hablar con ella. Alguien que le trajera noticias de su hijo.

Oía pasos que se acercaban y se alejaban. Cada uno distinto, pero ninguno se paraba a la puerta de aquella sala de espera que era su prisión. No importaba que su corazón se acelerara con la

esperanza, con el temor, ninguno se paraba.

Debido a la larga experiencia adquirida con la enfermedad de Lucky, Linsey sabía que «la falta de noticias es una buena noticia». No era solo un dicho, era una crueldad. Involuntario e inevitable, pero cruel.

Así que seguía escuchando, mientras, esperaba y rezaba.

Finalmente, incapaz de soportar el silencio, levantó la cabeza para observar el largo pasillo. Las puertas sobre las que se quería abalanzar, suplicar, ordenar que la dejaran pasar, estaban cerradas con tal solidez que temía que nunca se fueran a abrir. Sin embargo, las miraba fijamente, deseando que se abrieran y que le devolvieran a su adorado hijo, sano y salvo.

Las observó durante tanto tiempo que comenzaron a dolerle los ojos, pero no se atrevía a pestañear. Porque en un simple golpe de pestaña, Cade podía aparecer. Pero no como ella quería que apareciera.

Como el negativo de una fotografía en blanco y negro, tenía marcada la impronta de su hijo en los brazos de Jefferson. En tonos gastados de negro y gris, y de sangre roja. La sangre de Cade que cubría a Jefferson, brillaba en su mente como un rayo escarlata.

«¡Dios mío!». No podía cerrar los ojos. No podía ver nada. No podía pensar.

–Linsey.

El agradable aroma a madera, viento fresco y jabón la envolvió.

–Linsey, cariño, está en buenas manos.

El sofá de cuero se hundió bajo el peso de Lincoln que acababa de sentarse a su lado. Su mano cubrió la de ella. El calor del contacto debería haberla reconfortado; pero no se podía consolar, estaba aterrorizada.

–¡Bébete esto! –le dijo ofreciéndole una taza de té fuerte.

Por caóticos que fueran sus pensamientos, siempre había sido consciente de la presencia de Lincoln. Fue él el que tomó al niño inconsciente y lo llevó al hospital; no dejó su preciosa carga hasta que encontró las mejores manos. Después la atendió a ella con dedicación. Durante todo el proceso solo la había dejado unos segundos para llevarle aquel té.

–No soy un mago. Lo envió Eden –afirmó Lincoln, al ver su mirada sorprendida–. Pensó que te gustaría tomar algo caliente que

no fueran los brebajes de esa máquina de la sala de espera.

Como ella no respondió, le abrió las manos y le puso la taza entre ellas. Después, rodeando sus manos con las de él, le suplicó:

–Por favor, dale un trago. Solo uno. Después, si ves que no puedes bebértelo, lo dejas ahí, entre tus manos. Para que te de un poco de calor.

Obedientemente, dio un sorbo. Más que calentarla, el té le sirvió de recordatorio. Había estado tan encerrada en sus propios temores que había olvidado que esa vez no estaba sola. Esa vez había otras personas que cuidaban de ella. Otras personas que compartía su desvelo.

«Desvelo».

Para Linsey era una palabra sin esperanza. Cuando volvió a levantar los ojos hacia Lincoln, su mirada estaba ausente y sus labios, pálidos.

Él tomó la taza de entre sus manos y la puso a un lado. Levantó una de ellas y la besó, después sonrió. Una sonrisa preocupada, pero no asustada. Era descorazonador verla en aquel estado: desolada, abatida, asustada.

Le dolía saber que ya había sufrido la agonía de la espera antes. Aún más, conocer que lo había pasado sola, sin nadie en quien apoyarse. Nadie que se preocupara por ella.

Pero esa vez no era así, ni tampoco volvería a suceder, prometió Lincoln, comenzando a comprender más a esa mujer. Sus elecciones y sus motivos. Su vida valiente y la vida que había dado a su hijo. El hijo de él.

«Mi hijo».

Las palabras penetraron en su mente como un cuchillo en el corazón. Sí, Cade era su hijo. Lo sabía desde el mismo instante en que lo vio correr hacia los brazos de su madre. Lo habría sabido en cualquier sitio y en cualquier circunstancia. Solo un ciego no lo hubiese visto.

Sus hermanos también lo sabían. El conocimiento estaba es sus ojos cuando miraban a Cade. Pero ninguno hablaba de ello. Y, tal y como le había prometido a Linsey, ninguno de ellos juzgaba lo que no entendía. Incluso Jackson se había mordido la lengua, esperando como Adams y Jefferson, a que él dijera algo.

Pero ya no iban a tener que esperar más.

Sin importar el pasado. Fueran las que fueran las razones de Linsey, su única preocupación era Cade. Y la mujer que tenía a su lado.

–No estás volviendo a pasar lo que pasaste con Lucky, Linsey –dijo con temor de empeorar las cosas en lugar de arreglarlas–. Se trata de Cade. Su herida es seria, pero su vida no corre peligro. Además, es fuerte y joven, y te tiene a ti. Todo está a su favor. Sobre todo, el hecho de tenerte a ti.

Los ojos de Linsey se clavaron en los de Lincoln.

–¿Lo dices en serio?

–De verdad.

–Pero…

–Pero nada, Linsey. Solo tenemos que pensar en la recuperación de Cade. Acabo de hablar con una enfermera que me ha conseguido un informe sobre su evolución –dijo, recostándose en el asiento, con la mano sana de ella entre las suyas.

Aunque pareciera imposible, Linsey palideció aún más. Sus ojos eran como dos rayos que lo radiografiaban en busca de esperanza.

–Solo pudo decirme que la operación fue bien y que nos darán un informe definitivo dentro de media hora. Para entonces, Adams y Eden estarán de vuelta de la cafetería. Jackson habrá terminado con los caballos y le traerá a Jefferson ropa para que se cambie.

Con la palma de la mano le acarició la mejilla, deseando poderle devolver el color que había perdido.

–¿Jefferson? ¿Todavía está aquí? ¿Ha estado aquí todo el tiempo y no lo he visto?

Lincoln se preguntó qué significaría esa repentina intensidad en sus palabras.

–¿Dónde iba a estar, Linsey? Como todos los demás. Jackson también se habría quedado si no hubiera tenido que marcharse a los establos.

–¿Dónde está Jefferson? –preguntó, soltando la mano.

Por primera vez en una hora, Linsey se puso de pie; quería pasear. Miró alrededor y comprendió que no había ningún sitio a donde ir. A menos, que fuera a pasear por el pasillo que conducía a las puertas que la alejaban de su hijo.

Cade. Estaba allí, en la unidad de trauma del hospital de Belle Terre, gracias a Jefferson.

Comenzó a preocuparse por él. Puso una mano en el pecho de Lincoln y sintió su corazón. Fuerte y seguro, como él mismo. Necesitaba liberarse de la pesada carga que llevaba. Pero pensó que sería mejor esperar.

Se separó y él no hizo ningún esfuerzo para tocarla o volverla a atraer hacia sí.

–Me gustaría ver a Jefferson.

Lincoln estaba sorprendido pero, a la vez, animado por el cambio que se había producido en ella.

–Un compañero suyo del instituto trabaja en este lugar. Se ha escondido hasta que Jackson le traiga ropa nueva –dudando añadió–: y hasta que sepamos algo de Cade.

–¿Por qué? ¿Piensa que su imagen me hará daño?

En ese momento, comenzó a darse cuenta de que el accidente había afectado profundamente a todos y que ella había estado muy distante con todos ellos.

–Por favor llámalo y dile que quiero verlo.

Lincoln no estaba seguro.

–No sé si es una buena idea.

–Por favor. Ve a buscarlo.

–Si estás segura… voy a buscarlo.

–Gracias –dijo con una sonrisa débil, pero real.

Al cabo de un rato, el ascensor se abrió y Lincoln apareció acompañado de Jefferson. Llevaba unos vaqueros y una camisa limpios, aunque demasiado grandes para él. Se había cepillado las botas y no había ni rastro de la sangre de Cade.

Tenía el rostro serio y los profundos ojos azules llenos de tristeza.

No sabía que profunda decepción llevaba en su corazón, pero se iba a asegurar de que el accidente de Cade no se sumaría a aquella pena.

Se acercó hacia él y tomo sus recias manos en las de ella.

–Gracias –le dijo, Linsey.

–No…

–Sí –insistió ella–. Si no hubiera sido por ti, Cade se podría haber ahogado en el arrollo cuando se desmayó. Incluso podría haberse desangrado.

–Quizá –dijo, incapaz de mantener su mirada–. Pero si yo

hubiera visto la trampa no estaría aquí.

Linsey levantó los ojos con incredulidad.

–¿No me digas que es común en Carolina del Sur encontrar trampas para osos en los ríos?

–Claro que no –respondió él–. Pero ya las había visto antes. No me puedo imaginar qué loco la dejó en la granja. O por qué la escondió bajo un arbusto a la orilla del rio.

–Dudo que lo averigüemos –intervino Lincoln–. Sabemos que los ciervos se acercan a beber, quizá fue un furtivo que no quería arriesgarse a hacer un disparo. O un vecino persiguiendo un zorro…

–¿Qué persona en sus cabales pondría ahí una trampa? –preguntó Jefferson.

–¿Y qué persona en sus cabales buscaría una cosa así en ese lugar?

–Obviamente, yo no.

–Tú hiciste lo que debías – contestó Linsey–. Yo no habría podido abrir la trampa. Menos mal que eras tú el que estaba allí.

Con el corazón en la mirada, avanzó hasta él y lo envolvió en un abrazo.

–Muchas gracias Jefferson, por ayudar a mi hijo.

Un momento después de que Linsey lo soltara, Lincoln agarró a su hermano por los hombros. Adams y Eden ya estaban a su lado.

–Yo pienso exactamente lo mismo.

–Nosotros también –reconoció Eden, poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla–. Has sido como el ángel guardián de Cade –volviéndose hacia Linsey su rostro mostró preocupación–. ¿Ya hay noticias?

En ese instante, las puertas al otro lado del pasillo se abrieron y por ellas salió un hombre alto vestido de verde de los pies a la cabeza. Al acercarse, se quitó una máscara de la cara. Con la mirada recorrió a los allí presentes que no se habían movido desde que él apareció.

–Señora Stuart –anunció con una voz suave que parecía proceder de un profundo pozo de compasión–. Soy David Cooper. En primer lugar, la pierna de Cade se recuperará totalmente, la fractura no era grave. Puede tranquilizarse por eso. Pero también hay otra noticia que no es tan buena y es sobre la herida.

Linsey se puso tensa. Solo emitió un sonido gutural mientras

esperaba a que ese total extraño, con la vida de Cade en sus manos, dijera lo que tenía que decir.

Debido al tiempo que le llevó a Jefferson abrir la trampa, Cade perdió más sangre de la que se puede imaginar. Aunque no tanta como para estar en situación crítica.

– No se trata de nada malo, ¿verdad? –preguntó Lincoln, poniéndose a la altura de Linsey. Ella había estado tan pendiente de las palabras del doctor que no había percibido el olor característico que siempre le anunciaba su presencia.

El doctor se encogió de hombros.

–A saber cuánto tiempo llevaba allí aquella trampa.

–¿Estas preocupado por la infección? –preguntó Lincoln, que ya había visto algo así con sus pacientes de cuatro patas. Conocía las trampas y lo peligrosas que podían ser las infecciones. Sabía que podían resultar fatales. Especialmente, si se presentaban complicaciones.

–Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos –declaró el médico.

–Pero las infecciones son imprevisibles –acabó Lincoln por él.

–Hay otra cosa que podemos añadir a nuestro arsenal para combatir esa posible infección, en caso de que apareciera –sugirió el doctor Cooper–: sangre para una transfusión.

–No sé cuál es el problema. A menos, que hubiera alguna objeción ética –dijo Lincoln, mirando a la mujer que tenía a su lado. Aunque la idea no le cuadraba con la Linsey que él conocía, admitía que el lapso de tiempo transcurrido podía haber producido en ella muchos cambios.

–¿Tendrías alguna objeción, Linsey?

–Por supuesto que no.

En cualquier otro momento, le habría ofendido la duda. Pero ahora no quería gastar sus fuerzas en un enfado. Tenía que concentrarse en Cade y sus necesidades. Volviéndose hacia el doctor, en un tono que parecía un suspiro, suplicó:

–Por favor, doctor. Haga todo lo que tenga que hacer por él. Por favor. Cade es todo lo que tengo –añadió con la voz rota luchando por contener las lágrimas.

–Haremos todo lo que esté en nuestras manos –le aseguró, estudiando la preciosa cara triste de ella–. Pero no es tan simple.

Linsey era plenamente consciente de la mano de Lincoln apoyada obre su hombro.

–Lo sé.

–Entonces, ¿sabe que el tipo de sangre de su hijo no es muy común? –preguntó y sin esperar una respuesta añadió–: Belle Terre es una ciudad pequeña. En este caso, el tamaño corre en nuestra contra. Tenemos muchos donantes, pero pocos del tipo de Cade. Y, por casualidad, un accidente en la autopista ha disminuido nuestras reservas. Hemos lanzado una llamada de auxilio a nuestros donantes, pero esperaba que algún familiar del chico…

La cara de Linsey palideció aún más. Con un gran suspiro, apretó los labios con resignación.

–Usted y su hijo no tienen el mismo tipo, ¿verdad?

–No –susurró.

–Tome la mía –dijo Lincoln, con calma.

El doctor lo miró, y, por primera vez, una sonrisa suavizó la preocupación de su rostro.

–¿Es la misma, verdad? Esperaba que te ofrecieras.

–¿Pensaste por un momento que no lo haría?

Cuando Linsey lo miró a la cara no sabía con lo que se iba a encontrar, ni siquiera estaba segura de querer mirarlo. Pero Lincoln no la estaba mirando a ella. Estaba concentrado en desabotonarse la camisa y subirse la manga. Un proceso que parecía durar una eternidad.

–¿Lincoln? –dijo, con la voz temblándole y sin atreverse a preguntar.

–Todo va a salir bien. Vamos a solucionar este problema de Cade. Antes de mirar al futuro, tenemos que solucionar el presente que está aquí, en este hospital. Y, por primera vez en su vida, Cade me necesita.

Con una mirada a sus hermanos, les dijo que les dejaba a Linsey a su cuidado.

–Adams, Jackson y Jefferson estarán aquí contigo. Y también Eden. Si necesitas cualquier cosa, pídeselo.

–¿Cuándo tenemos que hacerlo? –preguntó mirando al doctor.

–Cuanto antes, mejor.

Lincoln asintió sin dejar de mirar a Linsey. Con una mano le acarició la suave piel de su mejilla.

–No tardaré mucho. Cuando todo esto acabe, nos llevaremos a Cade a casa. Juntos.

«Cade».

Había dicho su nombre. Durante las últimas horas lo había repetido una y otra vez. Pero nunca de esa manera. Linsey no podía hablar. No podía encontrar las palabras con las que expresar la gratitud que sentía.

Solo lo miró y le sonrió. Lincoln le sonrió de vuelta y se inclinó para rozar sus labios con los de él. Ella tembló y una nueva esperanza nació en su corazón.

Él se enderezó y aún mantuvo su mirada durante un momento, después anunció:

–Ya estoy listo.

–Entonces, hagámoslo –respondió el doctor.

La espera había vuelto a comenzar. Pero, por primera vez, no se encontró tan perdida, tan sola.

«Nos llevaremos a Cade a casa. Juntos».

«A casa», se repitió como si así pudiera romper un conjuro mágico.

«Juntos».

Capítulo Siete

–Buenos días, tigre.

Linsey dejó de contemplar el paisaje y se volvió hacia la puerta.

Cade estaba despierto sonriendo a Lincoln que acababa de entrar con un libro en una mano y un paquete en la otra.

–¡Lincoln!

A pesar del aparatoso metal que le levantaba la pierna escayolada, Cade intentó incorporase. Linsey se acercó a ayudar y él le dedicó una débil sonrisa, pero su atención se dirigió inmediatamente de nuevo a Lincoln.

–Mamá me dijo que quizás estabas muy ocupado para venir hoy.

–De eso nada –Lincoln cruzó la habitación para ponerse junto a Linsey, al lado de la cama del niño–. Todavía soy un veterinario de vacaciones. A decir verdad, todo lo que he tenido que hacer hoy ha sido ir a ver a mi padre y hablar con Jesse Lee sobre unos asuntos de Belle Reve. Incluso si hubiese tenido más cosas que hacer, nada me hubiera impedido visitar a mi ayudante.

La sonrisa de Cade se desvaneció y una sombra cruzó su rostro.

–Me imagino que pasará mucho tiempo antes de que pueda subirme a una segadora. Y el nuevo potro que me enseñó Jesse Lee ya se habrá hecho mayor cuando lo vuelva a ver.

Mirando a Linsey, Cade le explicó:

–Jesse Lee es el capataz de la plantación, y un vaquero de verdad, de Ari… Ari…

–Arizona –acabó Lincoln.

–Eso –asintió Cade–. Es un vaquero y experto en caballos. Aunque los llama «jacos». Me imagino que pasará mucho tiempo hasta que vuelva a verlo a él también.

–Quizá no tanto tiempo como te imaginas –aseguró Lincoln.

Dejó sus regalos sobre la mesa y miró a Linsey. Había estado preocupado con el temor que este accidente hubiera supuesto una carga que su mente y cuerpo exhaustos no pudieran soportar. Al principio, le suplicó que se quedara en River Walk, en la habitación que Eden le ofrecía. Cuando se negó, intentó con la mansión de Fancy Row. Una casa que había sido el hogar de las amantes de los dueños de las plantaciones de Belle Terre y que había sido rehabilitada y donada al hospital para acoger a los padres de los niños enfermos.

Sin embargo, no le sorprendió cuando Linsey se negó a marcharse del lado de su hijo.

–Veo que a Cade lo están cuidando muy bien, pero ¿qué tal estás tú? –una mirada le dijo la verdad que temía–. ¿Has dormido algo?

–Perfectamente –dijo mostrando el enorme sillón–. El hospital tiene en cuenta la comodidad de los preocupados padres. Dormí tan bien la quinta noche como la primera.

–Para descansar hace falta algo más que la comodidad –le dijo acariciándole la mejilla, observando las sombras oscuras bajo sus ojos. Después le acarició la curva de los labios que habían acumulado demasiada fatiga y tensión–. Mucho más.

Con la conciencia tranquila, Linsey había descansado mucho mejor desde el accidente de Cade.

–Puedes besarla –dijo Cade, interrumpiendo los pensamientos de su madre–. Ya soy mayor para saber lo que hacen los adultos. Además, mamá besa muy bien.

–¡Cade! –un rubor cubrió las mejillas de Linsey que se separó de Lincoln para reñir al niño–. ¿De dónde has sacado esa idea?

–No sé –contestó Cade, encogiéndose de hombros. Pero un brillo en sus ojos avisaba a Linsey de que no se iba a librar de él tan fácilmente–. A veces Lincoln te mira como si le doliera algo o estuviera triste, como ahora. Y tú besas muy bien y lo arreglas todo. Por eso pense que a lo mejor…

–¿Debería besar a tu madre? –pregunto, con una maliciosa sonrisa–. O a lo mejor, ella debería besarme a mí…

–Sí –afirmó Cade–. Eso es exactamente lo que yo pensé.

–¿Sabes qué, tigre? –inquirió, mirando la mandíbula de la mujer y recorriendo la delicada curva de su cuello hasta el hueco donde le latía el pulso–. Creo que tienes razón.

Se había quedado sorprendida por su suave voz y la acariciadora mirada. Con miedo a que le afectara más de lo debido, Linsey comenzó a retroceder. Lincoln la sujetó por el brazo y la atrajo hacia él.

–¿Qué opinas?

–Creo que los dos necesitáis una lección de modales. La habitación de un hospital no es lugar para tonterías.

Quizá aquello era parte del juego que había empezado tiempo atrás y para Lincoln no significaba nada, pero ella era demasiado consciente de su caricia.

–Pero, ¿quién ha dicho que esto sean tonterías? Esto es algo muy serio, ¿verdad, Cade?

Aunque había burla en sus palabras, Linsey estaba cautivada por la mirada firme que no podía evitar. Fuera lo que fuera lo que había allí, sabía que no se trataba de una broma.

–Sí. Muy serio –contestó, intentando poner cara solemne, pero acabó rompiendo a reír.

Se quedó embelesada con el maravilloso sonido que tanto había echado de menos. Lincoln aprovechó la distracción para entrelazar sus dedos con los de ella y acariciar su palma con el pulgar.

Mientras, ella contenía el aliento.

Él insistió:

–Bueno… Estoy esperando.

–Primero tienes que decirle dónde te duele –le contó Cade–. ¿Es que no sabes nada?

–Me temo que no, tigre.

El pulgar de Lincoln se movió otra vez en una caricia secreta sobre la sensible piel de la mujer.

–Nunca he tenido una madre. Al menos, no durante mucho tiempo, y no he aprendido las reglas de este juego.

–¿Igual que yo no tuve a Lucky porque estaba enfermo?

–Algo así. Por eso tienes que ser paciente conmigo mientras aprendo las reglas. ¿Me garantizas que un beso hará que me duela menos?

–Claro –el pelo oscuro de Cade brilló al asentir con al cabeza–. A menos, para mí funciona –añadió, encogiéndose de hombros.

–Lincoln –esto es una tontería.

–No para Cade y para mí –aseguró, guiñándole un ojo a Cade

para buscar su complicidad–. ¿Verdad, tigre?

–No para nosotros.

La diversión de Lincoln se reflejaba en sus ojos.

–¿Ves?

–Me temo que sí. Veo que estáis jugando un juego que no entiendo, con vuestras propias reglas y vuestras propias metas.

No sabía qué estaba haciendo y qué quería. Cuando lo supiera… entonces, ¿qué?

–No lo entiende, Lincoln. –insistió Cade, arrastrando a Linsey de nuevo al juego que solo ella consideraba extraño–. Haz como si tuvieras sangre o algo, mamá no lo sabe hasta que se lo enseñas.

–Pero me duele en muchos sitios, ¿por dónde empezamos? –Lincoln hizo como que se paraba a pensar–. ¿Qué te parece aquí?

–No –protestó ella y él la volvió a acariciar–. Tienes que estar de broma.

Él levantó una ceja, mostrando una inocente incredulidad.

–Cariño, esto es tan serio como quitarle la nariz de zanahoria al muñeco de nieve.

–¿El muñeco de nieve? ¿En el verano?

Cade rompió a reír y ella, aunque intentó mantener la compostura, no pudo evitar una sonrisa.

–Tú no eres un muñeco de nieve. Además, como dice Cade, estamos en verano.

–Estás haciendo trampa, Linsey –dijo intentando ponerse serio; pero no lo consiguió.

–De acuerdo. Pero sigo opinando que esto es ridículo.

Lincoln había hecho reír a Cade como nadie lo había conseguido en los últimos cinco días. Eso merecía que le siguiera un rato el juego y le diera un inocente beso.

Se puso de puntillas y le depositó un beso en el lugar exacto que él había marcado e, inmediatamente, se retiró. Pero no lo suficientemente rápido para impedir que su aroma y la suavidad de su piel le enviaran olas de placer, nada inocentes.

Quería negarlo, desesperadamente, e intentó alejarse de la corriente eléctrica que surgía entre ellos. Estaba segura de que Lincoln también la notaba. Al ir a recuperar la mano, él se la sujetó con más firmeza.

–No tan rápido, pequeña cobarde –su voz era más ronca, más

suave, más perezosa–. Todavía no hemos acabado.

–Sí, mamá –dijo el pequeño, ignorante de las corrientes sugerentes; demasiado joven para entender el peligroso juego que su madre y su héroe estaban jugando. Le encantaba la representación. Tanto que se había olvidado del dolor. Su cara apenas reflejaba el sufrimiento y un brochazo de color espantaba al pálido color marmóreo.

–A Lincoln le duele en muchos sitios. Eso significa un montón de besos.

–Sí –repitió Lincoln–, un montón.

–No –dijo con un tono de súplica.

–No insistas, cariño –murmuró él–. No lo vas a conseguir y lo sabes. No porque los hombres de tu vida te lo están pidiendo. Porque Cade y yo somos, *y siempre lo seremos*, los hombres de tu vida, ¿verdad, tigre?

–Verdad –respondió Cade con una sonrisa de oreja a oreja, encantado de que Lincoln le hubiera llamado hombre.

Ella no tenía fuerzas para luchar.

–¿Qué quieres, Lincoln?

–Un beso, cariño, para sentirme mejor –declaró, dando un paso hacia ella.

Sus cuerpos se tocaban.

–¿Dónde te duele? –preguntó, con su propio padecimiento reflejado en los ojos.

–Aquí –dijo, poniéndose un puño en el corazón. Linsey sabía lo que le estaba diciendo y sabía su importancia. La amenaza de lágrimas, tantas veces contenidas, atenazó su garganta–. Aquí –repitió, pero me conformo con que me lo des en la otra mejilla.

Linsey no iba a discutir. No podía. Intentando concentrarse para superar la intoxicación de la piel masculina bajo sus labios, se volvió a poner de puntillas para darle un beso en el lugar acordado. Para su horror, Lincoln giró un poco la cara en el último segundo para que el beso se lo diera en los labios. Nada la podía haber preparado para aquel beso que parecía durar para siempre.

Un beso que inundaba su corazón, su mente y su cuerpo y despertaba furia, desesperación y tierna pasión.

No quería responder, no quería que supiera lo vulnerable que era y que siempre sería. Pero, a pesar de la desesperanza, no pudo

evitar responderle. Él la apretó fuerte, no había lugar para la duda: eso era más que un juego. Linsey supo que estaba perdida.

Ya la había besado antes del accidente de Cade, pero nunca de esa manera. En aquella ocasión, había sido consciente de su respuesta, en ese momento, ni siquiera notaba que estaba temblando. Tampoco, que había alzado los brazos para acariciarlo. Hasta que sintió la suavidad de su pelo entre sus manos, no se dio cuenta de no quería que ese beso acabara nunca. Mientras abría la boca para recibirlo, Linsey supo, que incluso si al final acababa odiándola, no podía negarle nada.

Se acercó a él y se habría pegado aún más; pero las manos de él la sujetaron por los hombros, apartándola. Se puso roja y se sintió confundida. Él la miraba con una sonrisa.

–Tenemos compañía.

Linsey se dio la vuelta para descubrir a una mujer pequeña con cabello rubio plateado que estaba de pie en la puerta de la habitación.

–Lo siento… –dijo, haciendo una pausa–. Disculpadme, no quería molestar –sonrió con culpa.

–No pasa nada, Haley –aseguró Lincoln, como si, cada día, lo interrumpieran a mitad de un beso–. Me alegro de que hayas venido. Ven a conocer a los vecinos de mi padre.

Linsey no era muy alta, pero la amiga de Lincoln la hacía parecer gigante. Y desaliñada. Desde lo alto de su cabeza bien peinada a la punta de sus relucientes botas de montar, esta encantadora extraña apenas llegaría al metro y medio, eso con ayuda de las botas.

Aunque su primera impresión había sido de exquisita elegancia, Linsey sospechaba que era porque la mujer podía convertir cualquier cosa en elegante. Era preciosa y no llevaba nada de maquillaje, no lo necesitaba.

Al volverse hacia Cade su sonrisa era cálida.

Linsey sintió que se le rompía el corazón al ver que Lincoln iba hacia ella. Aún se le rompió un poco más al ver que se inclinaba para depositar un beso en su mejilla.

–Haley –dijo, tomándola de la mano para llevarla hacia la cama–. Este es Cade Stuart. Cade, esta es la doctora Garrett, una compañera de trabajo y una vieja amiga.

–Hola –saludó, tímidamente. ¿De verdad cura animales y caballos como Lincoln?

–Hola, Cade. Sí; sí los curo. Por eso he venido. Esta mañana fui al establo de Belle Reve y Jesse Lee me contó lo valiente que eres.

–¿De verdad?

–Sí. Cuando le dije a Jesse que me gustaría visitarte, me pidió que te diera unos cuantos recados. Primero, me dijo que a Brownie le gusta estar en Belle Reve, pero que te echa de menos. Segundo, que el potro está bien, pero Jesse cree que también te echa de menos. Casi tanto como Brownie.

–¿A mí? –preguntó con asombro–. Brownie sí; somos amigos. Pero, ¿el potro también? ¿seguro? –insistió agarrando la sábana con fuerza.

–Seguro. A veces pasa eso con los potros jóvenes. Se unen a alguien con fuerza, quizás por un instinto que los humanos no podemos entender. Ese potro te ha elegido. Así que Jesse me pidió que te dijera que pensaras en un nombre para el potrillo.

–¿Puedo ponerle un nombre? –la sonrisa brillante de Cade se dirigió a su madre–. ¿Has oído eso, mamá? Puedo ponerle un nombre al potro.

–Eso es fantástico, Cade.

Linsey estaba encantada con la animación que vio en al cara de su hijo.

–Como es un potro especial, tienes que ponerle un nombre especial.

–Aún hay más. Cuando te quiten la escayola y el potro y tú estéis lo suficientemente fuertes, Jesse cree que podrías ayudarlo a domarlo.

–Yo no sé domar un potro –proclamó, con el rostro serio–. ¿Y si lo hago mal?

–Jesse te enseñará –intervino Lincoln.– No hay mejor maestro. Junto con Jefferson, Jackson y Merrie Alexandre, una señora a la que todavía no conoces.

–Lucky dijo que Jefferson comu… comulgaba –dijo con una sonrisa de satisfacción por haber encontrado la palabra–. Eso es, que comulgaba con los animales.

–Estoy de acuerdo. Especialmente con los caballos. Y pienso lo mismo de Haley.

La encantadora mujer sonrió rechazando el cumplido.

–Linsey, hola. Te habría conocido en cualquier parte. Como ya has oído, en medio de esta locura, soy Haley Garrett. No estoy totalmente de acuerdo con la afirmación de Lincoln, aunque se me dan bien los animales. Todavía no conozco a los hermanos de Lincoln; pero, considerando la reputación de Jefferson con los caballos, dudo que se nos pueda equiparar.

Haley le ofreció la mano.

–Gracias, Haley. Por lo que has hecho hoy por Cade. Estaba enfadado porque creía que se iba a perder todo lo que había planeado para el verano. Le has dado algo en lo que pensar. Realmente, ha sido un placer conocerte –le confirmó con sinceridad.

–Gracias a ti, Linsey. Me alegro de que estés aquí. Durante el tiempo que Lincoln te estuvo buscando, pensé que se iba a poner enfermo de la preocupación.

–¿Lincoln me estuvo buscando? –sorprendida, miró de uno a otro.

–Durante más de un mes –respondió él.

Un numero indefinido de preguntas inundaron la mente de Linsey. Pero ese no era el momento de averiguaciones.

–No me había dado cuenta de la hora –dijo Haley, mirando el reloj, acabando así con un momento incómodo– Lincoln, fui a Belle Reve porque Jesse quería que viera a una de sus yeguas. Quería una segunda opinión. No era nada serio y ya se está ocupando de ella. Ahora, tengo que volver a la oficina.

–¿No vas a River Trace? Jackson tenía una yegua preñada con un potro que podía ser demasiado grande. Hasta el accidente de Cade los vigilaba una vez a la semana, pero, ahora, se necesita una comprobación diaria.

–Parece que yo no soy bienvenida en River Trace. La secretaria informó a tu hermano que yo iría en tu lugar y él dijo que no hacía falta, que esperaría por ti.

–Eso es ridículo. Y peligroso para la yegua.

–Ya lo sé. También he venido por eso. Para decírtelo. Parece que a tu hermano no le gustan las mujeres.

–Eso es más ridículo todavía; le encantan las mujeres.

–Serán las calladitas. Pero no las de mi estilo, las veterinarias. Dejó claro que no confía en mí para que trate a sus caballos. Ni

siquiera me ha dado el beneficio de la duda. En cualquier caso, quizá quieras ir a ver la yegua.

–Sí lo haré, gracias.

–Ahora tengo que salir disparada. Cade, piensa en un nombre –le dijo a Cade y después se dirigió a Linsey–. Eres una mujer muy afortunada. A juzgar por todo lo que me ha contado Jesse de él es un niño estupendo. Seguro que se convierte en un gran hombre, como su padre.

Otra mirada al reloj y exclamó.

–Llego tarde. Hasta luego.

Se marchó rápidamente y tras ella dejó una estela de silencio.

Fue Linsey la que finalmente lo rompió:

–¿Siempre es así? Tan agradable, tan rápida…?

–Siempre. También es una de las personas más inteligentes que conozco. Siempre fue la primera de la clase.

Lincoln miró hacia la puerta, donde había estado Haley.

–Las mujeres que piensan que en las facultades de medicina el machismo es horrendo, deberían probar con veterinaria.

–¿Allí es donde os conocisteis? –Linsey estaba convencida de que Lincoln habría sido siempre su mayor defensor. Con ella había hecho lo mismo, y se había enamorado perdidamente de él. ¿Le habría pasado lo mismo a Haley?

–Lincoln –lo llamó Cade.

–¿Dime, tigre? ¿Qué necesitas? ¿Te duele algo?

–No, estoy bien –aseguró con la pequeña cabeza brillante agachada con timidez–. He intentado tener paciencia. De verdad, lo he intentado –los ojos grises del pequeño se dirigieron al libro y el paquete que había encima de la mesa–. Me preguntaba… –añadió mientras se ponía rojo de vergüenza.

–¿Si el libro y el paquete son para ti? –dijo acariciándole el pelo–. Claro que sí. ¿Para quién si no?

–Esperaba que para mí. Pero como estropeé tus botas, y tu sombrero se cayó al río y te llené la camisa de sangre… Temía que pensaras que no me merecía nada.

–Tú no estropeaste mis botas, tigre. Lo hizo la trampa, no tú. Y la camisa ya está lavada y planchada. El sombrero lo podemos arreglar. Estará listo para cuando salgas de aquí.

Cade sonrió y Linsey comprendió que el brillo saludable de sus

ojos iba a perdurar.

–¿Puedo abrir mis regalos?

Primero ojeó el libro sobre caballos con los ojos muy abiertos.

–Son tan bonitos… Cuando aprenda a leer, podré leerlo.

–Claro. Cuando vuelvas a casa, si quieres, podemos leerlo juntos –le ofreció Lincoln.

Como si el hecho de que Lincoln fuera a estar en su casa fuera algo natural, confesó:

–Tú lo lees y yo lo miro.

–Trato hecho.

Linsey le reprobó con la mirada.

–Suena como si fueras a ir a la granja con regularidad.

Cade rompió el envoltorio del paquete.

–Así va a ser, Linsey. Puedes tener seguro que pienso estar en la granja todo el tiempo que pueda. Cada mañana, cada noche.

Linsey se quedó mirándolo perpleja. Antes de pudiera decir nada, Cade estaba chillando de alegría.

–¡Un caballo! ¡Mamá, mira, un caballo! Se mueven las patas, mira. Después de Diablo y del potro, este debe ser el caballo más bonito del mundo. Es el mejor regalo del mundo.

–Tengo otra sorpresa para ti –dijo mientras recogía el envoltorio y lo tiraba a una papelera.

–¿Qué sorpresa?

–¿Te gustaría que Jefferson viniera a verte? ¿Qué pasara aquí la noche contigo?

–¿Con mi mamá?

–No, en lugar de tu mamá. Ella ha estado aquí durante cinco noches y, ahora que estás mejor, me gustaría llevarla a casa para que tomara una buena cena y durmiera tranquilamente en su cama.

–No, Lincoln –protestó ella, pero ni Lincoln ni Cade la escucharon.

–¿Se quedaría conmigo?

–Ha dicho que sí. De hecho, lo está deseando. Y te diré un secreto –dijo acercándose al oído del niño–, cuenta las mejores historias del mundo.

–¿Sobre el río y los pájaros?

–Y más cosas. Cuando tenía dieciséis años, o así, pasó dos años trabajando en un rancho en Arizona.

–¿Era vaquero?

–Sí. Allí conoció a Jesse.

Linsey sabía que Lincoln la había ignorado y, ahora, no podía decir que no al plan de Lincoln sin desilusionar a Cade.

–Hubo un concurso en el rancho y él ganó una estrella de plata. Después trabajó como domador de caballos. El mejor del mundo.

–¿Tú crees que querrá contarme todas esas cosas?

–Claro. La noche es muy larga. Entonces, ¿quieres que venga?

–Sí –respondió mirando a su madre–. Si a mamá no le importa.

Linsey quería decir que no. No quería irse con Lincoln. Pero tenían que aclarar muchas cosas.

–No me importa, si Jefferson quiere venir, por mí está bien.

–Creo que está al llegar –dijo consultando su reloj.

Su corazón empezó a latir deprisa y el aliento se le entrecortó. Linsey se volvió hacia la ventana, el día que tanto había temido, por fin, había llegado.

Capítulo Ocho

Linsey había estado callada todo el camino desde el hospital.

Callada, tranquila y con el semblante sereno. Si no fuera por sus puños apretados, uno pensaría que se trataba de un viaje más.

–Relájate –dijo Lincoln, rompiendo un silencio que solo quebraba el rugido constante de su camioneta–. A Jefferson se le dan muy bien los niños.

–Ya lo sé.

La respuesta se perdió al pasar sobre el río que bordeaba la granja.

Ya no se trataba de un lugar abandonado. La casa, el granero y el pequeño garaje brillaban, en el centro de un gran claro, bajo la luz de los últimos rayos de sol.

Desde la época en la que Frannie había vivido allí, Lincoln no había vuelto a sentir que perteneciera a aquel lugar. Pero, en ese momento, al parar el coche al lado de los escalones del porche, volvió a experimentar ese mismo sentimiento.

Al apagar el motor, el silencio se espesó. Profundo y oscuro, magnificado por la quietud de la granja y el susurro de una brisa que agitaba las copas de los ancestrales arboles. Aun así, ella no daba señales de saber dónde estaba.

–Ya estamos en casa, Linsey.

Las palabras que él había elegido hicieron que se le acelerara el pulso. Pero no reaccionó.

Llevaba semanas temiendo ese encuentro; sin embargo, en ese momento, sintió que nada tenía importancia. Estaba demasiado agotada para preocuparse por otra cosa que no fuera su hijo.

–Cade va a estar bien.

–Lo sé –dijo segura de ese hecho, pero con la voz vacilante.

–Es verdad –afirmó él, sujetándole la mano. Una mano pequeña con una nueva marca que le atravesaba la palma. Una mano que mostraba el trabajo con el que su dueña se había enfrentado, así como la fuerza y el coraje que tenía. Sin embargo, parecía sin vida.

Lincoln le acarició la cara y, sujetándole la barbilla, la obligó a volverse hacia él. Ella no se resistió, pero sus pestañas se cerraron como una cortina dorada, ocultando sus ojos a la mirada inquisitiva de él.

–Abre los ojos, Linsey –le ordenó con cariño–. Ábrelos y mírame.

Lincoln sabía que podía perderse en ellos.

El silencio se estremeció.

Pasaron unos segundos muy largos hasta que sus párpados se levantaron para dejar al descubierto su angustia. Ya había visto antes esa preocupación; de hecho, él mismo llevaba semanas luchando la misma batalla. Muchas veces había querido olvidarse del pasado, pretender que nada había sucedido. Si solo hubieran estado ellos dos, quizá lo hubiera hecho. Pero estaba Cade. El maravilloso y fascinante Cade.

Ya fueran a ser amigos, enemigos o amantes, ese día iban a hablar del niño.

Solo lo conocía desde hacía unas semanas, pero ya se había convertido en la razón de cada decisión que tomaba.

Al encontrarse con su mirada preocupada, le hubiese gustado abrazarla y darle apoyo. Pero ella estaba demasiado turbada, se sentía demasiado amenazada para que él pudiera consolarla.

Pero pretendía acabar con esa situación inmediatamente. Juntos iban a encontrar el camino adecuado. Por Cade.

«Por mi hijo».

Las palabras reverberaban en su mente. El interminable eco amenazaba con convertirse en unas palabras que nunca se hubiese atrevido a decir, ni siquiera para sí mismo, hasta esa noche.

Sabía que había llegado el momento. Le acarició la mejilla y sonrió.

–Cade está bien. Lucky sentó las bases; ahora, nosotros debemos hacer el resto. Y lo haremos juntos.

Gracias a Lincoln, la pesadilla se había acabado. Mas bien,

parecía un hermoso sueño.

Se paró en la puerta y lo miró.

–No me odias –aseguró, y la sorpresa remplazó a la preocupación en su mirada–. Pensé que me odiarías.

–¿Por qué? –preguntó, con la necesidad de saber.

–Por lo que te negué. Por los años perdidos. Por mi silencio.

–Lo intenté –admitió, pensando que para resolver la situación, los dos tenían que ser sinceros–. La primera noche, cuando me debatía con la verdad, quise odiarte. Lo necesitaba para tener una excusa. Pero no pude dejar de ver que yo tenía una parte importante de culpa.

–Esa primera noche –dijo Linsey, entrando en la habitación que servía de cocina y comedor; el corazón de la casa–, Cade vio a un hombre sobre un caballo. Tú y Diablo.

La cocina estaba inundada del aroma de la comida que, a petición de Lincoln, había llevado Eden. Pero él solo tenía hambre de verdad.

–Había venido a perseguir a una manada de perros; pero mi corazón venía arrastrado por la nostalgia.

–¿Por mi carta con la noticia de Lucky?

Sin apenas darse cuenta de lo que estaba haciendo, Linsey se agarró a una silla y se sentó, se sentía muy débil.

–Por las dos cartas.

Lincoln estaba demasiado inquieto para sentarse. Aunque intentó no pasear por la habitación, no pudo evitarlo.

–¡Qué extraño que llegaran juntas! Lucky confiaba en que la amistad hubiese sobrevivido a seis años de silencio. Buscando una promesa para ti. Después la tuya, diciéndome que Lucky había muerto. Fue… realmente perturbador e inexplicable. Sin embargo, nunca mencionó a Cade. ¿Por qué?

–Desde luego, no fue porque no lo quisiera. Los dos lo sabemos –respondió ella, con la mirada clavada en el suelo.

–No tendría que haberlos visto juntos para comprender. Solo hacia falta saber cómo era Lucky y luego conocer a Cade. Nunca dudé que se quisieran.

–Es extraño que te pidiera algún favor en mi nombre. Sabiendo que si aceptabas, Cade sería parte de tu responsabilidad. Un niño mantenido en secreto. Estuvo lúcido hasta el final, sin embargo… –

movió la cabeza en sentido negativo–. No le encuentro ningún sentido.

Lincoln dejó de pasearse.

–Me parece que estamos pensando solo en Lucky, pero al meterme a mí en el rompecabezas, todo encaja. Él sabía cómo iba a reaccionar yo. Recuerdo que cuando éramos pequeños, había veces que me conocía mejor que yo mismo.

Lincoln sonrió, con una sonrisa verdadera que suavizaba la expresión de su rostro y le daba calidez a su mirada.

–Incluso enfrentado al dolor y a la muerte, tuvo lucidez para acordarse de que se me da mejor solucionar los problemas cuando tomo mis propias decisiones, a mi manera, sin ideas ni opiniones preconcebidas.

–Lucky nunca vio a Cade como un problema, Lincoln –objetó Linsey–. En sus peores momentos, Cade era la alegría de su vida.

–No; claro que no –corroboró él–. Nadie que conozca a Cade pensaría eso. El problema era yo. Cómo reaccionaría. Qué haría.

Con otra sonrisa, esta vez claramente irónica, continuó:

–Por supuesto, si Lucky te envió aquí fue porque estaba seguro de cómo me sentiría.

–¿Y cómo te sientes? –preguntó antes de perder el coraje–. ¿Qué sientes por Cade?

Lincoln se apartó de ella para mirar por la ventana. El sol estaba más bajo, arrancando grandes sombras a los arboles. Una brisa que anunciaba tormenta arrastraba algunas hojas y levantaba polvo de la tierra seca.

Una tempestad que terminaría como había sucedido con la tempestad en el corazón de Lincoln.

Al volverse, su mirada firme encontró la de Linsey.

–Lo quiero. Desde el principio. Incluso cuando me debatía con la verdad. Me pasé la mayor parte de la noche ahogándome en una botella de whisky. Intenté negar, con una borrachera, que un niño llamado Cade le había dado la vuelta a mi mundo. El día que vine a reparar los escalones, sabía que lo que sentía iba más allá de la negación. Aunque acabábamos de conocernos, Cade me tomó de la mano y aquellos pequeños dedos agarrando los míos me agarraban aún más fuerte del corazón.

Lincoln miró hacia otro lado, con una sombra de preocupación

en la cara.

Era un hombre realista y pragmático; un hombre que hablaba poco y escogía muy bien sus palabras. En ese momento, estaba hablando con el corazón. Para alguien que guardaba tan bien sus emociones, resultaba bastante incómodo hablar de ellas tan plácidamente.

Sin embargo, por no haberlo hecho antes, había perdido más de lo que creía posible. Nunca volvería a mostrarse tan reticente.

Dejó la contemplación del paisaje y volvió a mirar a Linsey. La verdad estaba allí, en su cara, para que ella la viera. Mientras, pronunció las palabras con las que ella ni siquiera se hubiera atrevido a soñar.

–Lo quiero. Lo hubiera querido sin importar quién fuera su padre. Pero estoy realmente orgulloso de que sea mío.

Linsey respiró profundamente. Por primera vez desde que él se dirigió hacia ella, sintió que el alivio la embargaba. Aunque sabía que todavía había muchas cosas que decir, muchas que escuchar.

En aquel momento de silencio solemne, un ridículo cuco, que Cade adoraba, salió de un antiguo reloj de pared para dar la hora. Cuando acabó, las puertas se cerraron tras él.

Linsey temió que lo que Cade había ganado se convirtiera en una pérdida para ella.

–¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres?

–¿Que qué quiero? Formar parte de la vida de Cade. No solo verlo de vez en cuando, sino cada día. Quiero que me conozca, que conozca al hombre y no solo al héroe de las historias de Lucky. Después, en el momento apropiado, quiero que sepa quién es él y que yo soy su padre. Cuando lo sepa y lo entienda, la elección será suya.

–¿La elección? –el temor cegó a Linsey. Sus manos apretaron los brazos de la silla donde estaba sentada con tal fuerza que una construcción menos resistente no lo habría resistido–. ¿Me quitarías a Cade?

–¿Quitártelo? –Lincoln estaba enfadado de que pudiera creerlo capaz de semejante crueldad–. Por supuesto que no. Nunca separaría a un niño de la madre que adora.

Linsey se había puesto pálida y sus labios habían perdido todo el calor. Sus ojos, por el contrario, parecían arder con fuego azul.

Lincoln dejó la ventana para acercarse a ella. Había estado tan concentrado en su propia reacción que no había pensado que el mayor temor de ella sería perder a Cade. Aun así, haciendo frente a ese temor, había traído a su hijo hasta él.

Durante los años que había durado su amistad, cuando los tres se conocían mejor que nadie, Linsey siempre había mostrado mucha fortaleza. Siempre había sido amable y, sobre todo, honrada en todos sus actos. Él nunca había dudado de esas cualidades hasta que la vio bailar con el niño en el porche de la granja. Después de aquel momento, aunque la había estado buscando para mantener la promesa que le había hecho a Lucky, se preguntaba si realmente la conocía. En ese instante, se daba cuenta de que no había cambiado nada: le había dado el regalo más precioso, aún a riesgo de perderlo ella misma.

Había muchas preguntas que hacer y muchas respuestas que dar por ambas partes. Él comenzaría.

–No quería asustarte, cariño. Fue estúpido por mi parte, pero ni siquiera me imaginé que pudieras pensar que yo le haría eso a Cade. Él ya ha perdido a un ser amado, no puede perder a otro. La elección de la que yo estaba hablando se trataba de la selección de su nombre. ¿Seguir con Stuart o llevar Cade? Su verdadero apellido.

El color volvió a las mejilla de Linsey.

–¿Si elige Stuart? ¿Si prefiere seguir siendo Cade Stuart? ¿Entonces qué?

–Si eso es lo que él quiere, yo lo aceptaré. Gracias a Lucky y a ti, Cade es el hijo del que cualquier padre se sentiría orgulloso. Solo espero y rezo para que elija el mío.

Linsey sabía lo que haría su hijo. Lucky lo había enseñado a amar a su verdadero padre antes de conocerlo. Después, el Lincoln de carne y hueso había superado al héroe de las historias.

Pero había mucho más que un nombre. Ojalá la vida fuera tan sencilla.

–¿Cómo le explicarás a tu familia que, de repente, tienes un hijo?

–Con la verdad –le dijo tranquilamente–. Cuando la conozca.

–Tienes razón –aprobó ella–. ¿Quieres que empiece ahora?

–Debes estar exhausta. Te traje a casa para que comieras algo y descansaras. Ya hemos hablado bastante por esta noche; el resto

puede esperar otro día. Ahora, podemos dedicarnos a degustar las delicias de Eden.

En ese momento lo que menos le apetecía era comer.

–No puedo.

El sentimiento de culpabilidad que había arrastrado todos aquellos años se había desvanecido un poco, pero no completamente. Nunca se había sentido tan desgastada.

Siempre había tenido que luchar ella sola. Ahora, Cade tenía un padre fuerte y saludable para protegerlo y guiarlo.

–Lo siento –dijo con los ojos llenos de lágrimas, odiando la debilidad pero sin poder evitarla–. Por esto. Por ser tan débil. Por todo.

Lincoln se dio cuenta de que ella había llegado al límite. Pero él no la veía débil. Al contrario, veía fuerza. Como la fortaleza de los guerreros que siguen luchando hasta que el cuerpo se rinde, mientras con el espíritu seguirían combatiendo.

–Yo soy el que debería pedir disculpas. Te traigo a casa porque necesitas descansar urgentemente y, después, te hago pasar por esto. Tomó su mano y la ayudó a levantarse de la silla.

–La comida también puede esperar otro día. Lo que necesitas es un buen vaso de vino y un buen baño antes de irte a la cama.

Linsey no se quejó. Sonaba a gloria.

–Parece que se acerca una tormenta. No creo que llueva, pero soplarán fuertes vientos templados acompañados, probablemente, de rayos y truenos. Mientras tú te bañas, guardaré la comida en el frigorífico. Después cabalgaré hasta Belle Reve para ver si Jesse necesita ayuda con los caballos. Lo que más asusta a los caballos, después de los rayos y los truenos es el viento. Aunque el viejo vaquero nunca lo admitiría, quizá necesite ayuda esta noche.

–¿Irás a River Trace?

Aunque nunca había estado allí, Cade le había contado algunas cosas sobre la finca de Jackson. Sabía que el guapo soltero, vivía solo en una parte de la casa, mientras esperaba a que restauraran la otra. En River Trace tenía la manada irlandesa.

–Solo el tiempo suficiente para echar un vistazo a la yegua. Ya hablé antes con él. Como Jefferson está en el hospital, Merrie Alexandre se ofreció para ayudar a sus hombres con la manada. A menos que la yegua se ponga de parto, no necesitará a nadie más.

Es cierto lo que le dije a Cade de que solo Jesse y Jefferson, y quizás Jackson, pueden manejar al ganado mejor que ella.

Por la mirada en la cara de Linsey, Lincoln dedujo que debería explicarse mejor.

–Merrie es la hija de un amigo de una amigo de Eden. Trabaja y vive en la finca mientas va a una escuela local. Su padre es un hombre muy adinerado de Argentina que cree en dos cosas: que todo el mundo debe aprender el valor del trabajo, incluyendo su única hija, y que una dama debe ser primero una dama, después una buena jinete y nunca jamás un gaucho. Especialmente, su hija.

–Así que la manda aquí y ella acaba ayudando en un rancho de caballos –Linsey sonrió por la ironía.

–Solo con el permiso de su padre y bajo el control de Eden.

–Si alguien puede hacer de Merrie una dama, yo diría que esa es Eden –se aventuró a decir Linsey.

Lincoln hubiese añadido otro nombre a esa lista, pero ella necesitaba un baño caliente más que un cumplido que nunca aceptaría.

–Toma la cesta de Eden. Prueba el aceite de baño; es creación de Cullen. Es su adaptación del *Umu Hei Monoi*, el aceite que normalmente usan los nativos de su isla. Al igual que Eden conoce las necesidades de una dama, nuestro isleño comprende la magia de las fragancias.

–¿Una creación de Cullen, eh?

Linsey había pasado un verano en el pacífico y había reconocido su acento. Pero era difícil imaginarse a aquel Sansón dedicado al delicado trabajo de la mezcla de aromas.

–Sí, de Cullen. Y esa es solo una de sus innumerables habilidades.

Lincoln no le explicó que según la tradición de la isla de Cullen, *Umu Hei Monoi* era el perfume de Afrodita.

Una corriente de aire repentina golpeó la puerta como anunciando que pronto llegaría más.

–Ve a darte un buen baño. Pero, si por casualidad oyes algún rayo, sal de la bañera inmediatamente. Para entonces ya estarás lista para un restaurador sueño. Yo volveré bastante tarde…

–¿Vas a volver? –interrumpió Linsey.

–Te dije que estaría aquí cada día y cada noche. Y lo dije en

serio –aclaró con paciencia.

–Solo hay dos habitaciones.

–Aprovecharé el cobertizo del granero que hemos habilitado por si alguno de lo hombres de Jackson tiene que pasar aquí la noche. Dormiría allí aunque la casa tuviera tres habitaciones. No quiero despertarte cuando me llamen a mitad de al noche. Ahora –añadió atrayéndola hacia él y dándole un beso en la frente–, ve a tomarte ese baño.

La espuma que cubría el agua de la bañera emitía un delicioso aroma. Las burbujas capturaban la luz de la única vela que Linsey había encendido. El calor penetraba en su piel, relajando sus músculos y las tensiones de la mente. Con los ojos cerrados, se dejó embargar por la magia que Lincoln le había prometido.

No tenía ni idea del tiempo que llevaba disfrutando de ese dulce nirvana, cuando oyó unos golpes en la puerta.

–¿Habría vuelto Lincoln? ¿no se habría marchado todavía? Incapaz de decidir cuál sería la respuesta murmuró:

–¿Sí?

–¿Estás decente?

Mirándose dentro de aquel baño, cubierta de burbujas de los pies a la barbilla, no le quedó otro remedio que echarse a reír.

–Si te refieres a burbujas que se multiplican por segundo y que huelen a gloria, claro que estoy decente.

La risa todavía se notaba en su voz y en sus ojos cuando Lincoln entró en el baño. Conteniendo el aliento, se dio cuenta de que nunca la había visto tan relajada y hermosa.

Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza e inmediatamente se había empezado a soltar. Mechones rizados y brillantes le caían por la cara y los hombros. El calor le había devuelto el color a su labios dándole un aspecto muy saludable. Tenía las mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban como dos zafiros.

Estaba tan deseable que era una agonía contenerse para no tocarla. Era tan fácil olvidarse de todo; del pasado, del futuro… De todo, menos de Linsey envuelta en aquella seductora manta de espuma aromática.

Llevado por el deseo y la necesidad dio un paso más hacia la

bañera. Intentaba no mirar a la pendiente de su pechos, un poco visible bajo la espuma. Tampoco quería imaginar su piel después del efecto de esas gotas exóticas. Quizá era cierto el dicho de que «la belleza reside en los ojos del que mira». Cierto o no, para él Linsey siempre había sido encantadora; pero nunca tanto como en el despertar de la madurez.

–No pretendía molestar, pero no quería que te olvidaras del vino.

Dejó la botella en una mesa al alcance de su mano y le ofreció un vaso. Los dedos de Linsey rozaron los suyos al tomarlo. Solo un roce y todo lo que había luchado por negar volvía a la vida con urgencia.

Tenía los ojos cerrados con pesadez y su voz sonó pastosa cuando le preguntó:

–¿Por qué estás haciendo esto, Lincoln? ¿Por qué eres tan amable conmigo después de lo que he hecho?

Lincoln tomó aliento antes de contestar.

–Quizá porque creo que hay algo más que no sé. Circunstancias inevitables fuera de nuestro control. Quizá porque yo también soy responsable de lo que ha sucedido.

–No puedes saberlo, Lincoln. No entiendes. No te he mentido, pero no te he dicho toda la verdad.

–Estas equivocada. Entiendo muy bien. Y la única verdad que importa es que tú eres la madre de mi hijo.

–Lincoln.

–Shhh –susurró sellándole los labios con un dedo–. Disfruta del baño. Volveré más tarde, pero no te veré hasta mañana por la mañana, cuando vayamos a buscar a Cade.

–¿Nos vamos a traer a Cade? –preguntó, despertando de su letargo.

Lincoln cruzó al habitación y, haciendo un alto en la puerta sonrió.

–Mañana.

Linsey no sabía cuánto tiempo llevaba escuchando el susurró del viento, mientras los encantadores aceites surtían su efecto. ¿Una hora? ¿dos? El agua se había quedado fría, las burbujas se habían

disipado y, por fin, se decidió a salir de la bañera.

Riéndose suavemente, alcanzó una toalla. Una mirada le demostró que la botella estaba vacía. Volvió a reírse de nuevo.

–Por culpa de Lincoln. Él es el único culpable.

Después de secarse, tiró la toalla y se dirigió a su habitación. La luz de la luna se colaba por una ventana, pero la lámpara de su habitación guiaba sus pasos. El viento seco y cálido seguía siseando por la casa y meciendo los árboles. Se puso un camisón de algodón y se acercó a la ventana. Durante un momento permaneció mirando la oscuridad, escuchando los sonidos de la noche.

En la habitación del cobertizo había luz. Lincoln había vuelto.

Se preguntó si, cuando era pequeño, el viento le habría contado sus secretos.

–Secretos –murmuró–. Secretos que tienen que dejar de serlo.

De repente estaba corriendo, con el fragante aroma pegado a su piel. Sin importarle las gotas que empapaban el camisón y lo convertían en una gasa muy fina, corría hacia Lincoln.

Capítulo Nueve

El viento era muy fuerte y empujaba a Linsey hacia delante. Más allá del jardín, que esperaba el cuidado de manos cariñosas, el viejo granero, recién pintado, se quejaba y crujía como una criatura artrítica. El fuego de la luna de esa noche de verano alumbraba su camino sobre la hierva seca.

Cuando entró en el granero, el polvo caía del desván y el aroma del heno recién cortado invadía todos los rincones. Los establos vacíos estaban listos para albergar a los caballos de Jackson. Ella seguía corriendo y solo una raya de luz, que se colaba bajo la puerta del cobertizo, le servía de guía.

Otro golpe de viento fustigó al granero. En alguna parte de la noche, un búho llamó a otro. En ese momento, algo se le clavó en su pie descalzo. Su grito se perdió en el aullido del viento, pero Lincoln lo oyó.

La puerta se abrió de par en par y la luz la envolvió por completo. Estaba asustada y nerviosa, y no era consciente de que llevaba el pelo suelto en una cascada enmarañada sobre los hombros. Atrapada en una tormenta de emociones conflictivas, se quedó muda mirándolo. No le importó que el aceite perfumado todavía estuviera pegado a su cuerpo, atrapando su camisón contra la piel, volviéndolo transparente

–¿Linsey?

Lincoln estaba de pie en la puerta. Solo llevaba unos vaqueros y una toalla alrededor del cuello. La última cosa que hubiese esperado era recibir visita. Especialmente de ella, con ese aspecto disparatado, con esos preciosos ojos azules de gitana.

Esperó a que le contestara. Inquieto, paralizado, ignorante de todo lo que no fuera ella. Estaba en la penumbra y solo se movía su

pecho cada vez de respiraba.

Durante los días que había estado trabajando en la granja, nunca lo había visto así, a medio vestir. Siempre estaba bien cubierto, con el atuendo apropiado para cada ocasión. Un decoro que lo hacía más inaccesible aún. Siempre había tenido un aura de encanto descuidado. Pero ni ese encanto, ni la belleza masculina de su rostro, la habían preparada para aquel esplendor viril.

Al quitarse la toalla del cuello, vio la luz de la lampara jugar sobre los músculos del cuello y de los hombros. Unos músculos que prometían vigor y poder. Estaba más que guapo, más que espléndido. Sin camisa y con el pelo revuelto, parecía un magnifico salvaje.

Linsey clavó los ojos en los de él. Sabía que estaba preocupado, pero no podía responderle.

–¿Qué pasa? –volvió a preguntar alarmado–. ¿Le pasa algo a Cade?

Ella movió la cabeza en sentido negativo e intentó hablar. Quería explicarle, pero seguía sin poder decir nada.

–¿Estás herida? –preguntó, dando un paso hacia ella, aterrorizado–. Por favor, Linsey, dime qué te pasa.

–Lincoln.

Había angustia en su voz al pronunciar su nombre. Fue suficiente para reconocer el arrepentimiento en sus ojos y el dolor del corazón. No volvió a preguntarle. Se acercó a ella y la rodeó con los brazos. Besándole la cabeza, intentó ordenarle el pelo con una caricia, mientras, procuraba calmarla con palabras de amor.

–Tranquila, mi amor, no pienses en nada. No te preocupes por nada. Estoy aquí, cariño. Siempre estaré a tu lado, no tienes nada que temer.

–Lincoln, tengo que decírtelo –confesó, por fin, levantando la cara, con la expresión tensa–. Tienes que saberlo todo.

–Ya lo sé –aseguró él. Volvió a apretarla contra su cuerpo, y sus dedos se entremezclaron en su cautivador cabello dorado–. Creo que lo sé desde el principio. Durante mucho tiempo fui demasiado cabezota y orgulloso para reconocer que yo era tan culpable como tú o Lucky. Esa es la verdad. Yo soy el mayor culpable. Por eso me merezco el precio que he pagado.

–¡No! –Linsey quería hablar, pero la caricia de sus labios borró

cualquier atisbo de protesta de su boca y de su mente.

Él dio un paso hacia atrás para mirarla. Recordaba lo valiente que había sido siempre en situaciones de peligro y reconoció que se había convertido en una mujer más valiente aún al tener que hacer frente a la enfermedad de Lucky. Su corazón se llenó de orgullo por la mujer que era la madre de su hijo, la mujer que él, como un idiota, había abandonado. La mujer a la que nunca iba a dejar de desear.

–El pasado no importa –explicó en voz baja, trémula por el deseo y la pasión–. Solo importa Cade. Y tú –añadió con un murmullo casi imperceptible.

Esta vez, cuando se inclinó para besarla, sus labios permanecieron unidos más tiempo. Un beso condujo a otro, dos besos a otro…

–Este momento es para nosotros. No quiero estropearlo con sentimientos de pena y culpa del ayer ni con conjeturas sobre el futuro. No importa lo que sucedió antes. Somos mayores y más sabios, podemos manejar lo que tenga que venir. Pero, ahora, solo existe este minuto.

Linsey no tuvo nada que objetar cuando la levantó en brazos y se la llevó a su habitación. Tampoco, cuando cerró la puerta sellándolos en aquel cuarto pequeño y austero.

No habló porque nada importaba. Solo la pasión y el erotismo. Quería que la siguiera besando y acariciando. Lo necesitaba igual que necesitaba exorcizar su culpa con aquella llama; aunque no hubiera amor.

Cuando la dejó en el suelo, sus manos se deslizaron de la cintura a las caderas y con un paso adelante presionó su cuerpo duro contra el de ella.

Sabía que todo lo que él había dicho era verdad: a parte de Cade, solo él importaba.

Con sus manos le acarició el pecho desnudo. Entonces, se dio cuenta de que no olía a caballos. Probablemente, se había dado un baño en el río antes de ir a su cuarto. ¿Habría pensado en el baño de ella envuelta en la seductora fragancia de la mágica poción de Cullen mientras se bañaba? ¿Habría sabido que ella iba a ir a él? ¿Hubiese ido a su habitación si ella no se hubiera presentado en el granero?

Entonces su boca buscó la de ella. Con menos ternura y más desesperación. Ansiosa, ella separó los labios, para permitir su íntima caricia, y la esencia de Lincoln llenó su mundo. Su esencia. Su sabor. Su caricia. Magnífico, con el cuerpo todavía húmedo por el agua del río.

–Lincoln… –susurró cuando él apartó su boca. «Lincoln, mi amor. Mi único amor». Sus pensamientos resonaron en su corazón mientras lo abrazaba con la urgencia de la pasión. Luego, ya no pensó en nada más.

Fue Lincoln el que se separó de ella porque necesitaba mirarla. Después, buscó los secretos de su cuerpo. Secretos que solo había conocido una vez, pero que todavía recordaba con tanta claridad como si solo hubiera pasado un día. A la luz de la lámpara, su camisón le dejaba sin aliento al ofrecerle atisbos del paraíso.

Pero su necesidad iba más allá de ese dulce placer, su sed de ella quería más. Con una mano temblorosa trazó la línea de su garganta y, después, descendió por la pendiente de su escote. Al acariciarlo, sintió que ella se estremecía contagiándolo a él también.

Más allá del refugio del granero, el viento seguía zarandeándolo todo. Pero ellos estaban protegidos del tiempo y del mundo entero en una habitación primitiva que cada vez estaba más caliente, más sofocante. Al elevarse la temperatura del cuarto, la poción mágica del isleño los envolvió con su fragancia. Entonces, Lincoln estuvo seguro de que, mezclado con la fragancia natural de Linsey, realmente se trataba del perfume de Afrodita.

Tomó los dos pechos entre sus manos, y los acarició con los dedos. Tenía los senos plenos, grandes para su estatura, pero perfectos para las manos de él. Enseguida, descubrió que ella estaba temblando y que sus ojos se habían oscurecido por el implacable deseo.

–Quiero verte entera. Quiero acariciarte todo el cuerpo, sin ropa –su voz había adquirido un tono más ronco–. Te necesito. Esta vez no te haré daño. No volveré a hacerte daño nunca.

Linsey no podía moverse; no podía negarle nada. Él había pronunciado las palabras perfectas. Con la mirada oscurecida buscó la cara amada. En el pasado, la relación con Lincoln había sido dulce y amarga; si así era como tenía que ser en ese momento, no le quedaba otra alternativa que aceptarlo. Con dedos temblorosos,

comenzó a desabrocharse los pequeños botones del camisón.

–No –le prohibió él apartándole las manos–. Déjame a mí.

Él le desabrochó los botones despacio y, una vez acabada esa tarea, el camisón cayó a sus pies. Durante un largo rato, lo único que podía hacer era mirarla.

–¿Sabes, Linsey? –preguntó mientras su mirada se elevaba a su boca y a sus ojos–. Ni te imaginas lo preciosa que eres.

–No soy guapa, ni preciosa, ni nada por el estilo –respondió, pensando que el patito feo que no quería nadie no se había convertido ni se convertiría, de manera milagrosa, en un bello cisne–. Solo soy lo que soy, y nunca seré guapa; ni siquiera para ti.

–Claro que lo eres –respondió acariciándole el pelo, las mejillas y, después, las comisuras de la boca–. Me voy a pasar toda la vida demostrándotelo.

Se inclinó hacia ella y la besó profundamente. Sus manos se deslizaron por su espalda desnuda. Después la tomó en brazos y la tumbó en un colchón de paja fresca. Se quedó de pie observando la belleza que ella no quería creer. Pero al final lo creería. Él se lo demostraría.

–Empezando ahora mismo, mi amor.

«Amor». Se lo decía como si fuera verdad. Sin embargo, no pronunciaba las palabras por las que hubiera dado la vida. Despacio y con la voz ronca ella susurró:

–Nunca.

–Sí–insistió, tirando sus vaqueros al suelo, dispuesto a comenzar la seducción.

Su beso fue como una fiera demanda, su boca caliente e inteligente, buscando respuestas que ella no le podía negar. Linsey se estremeció con cada caricia, con cada beso, al hacerla suya. El deseo la había encendido y la estaba consumiendo, volviéndola loca. Con un suspiro se pegó a él buscando. Necesitando. Lo agarró del pelo y, sin importarle si le dolía o no, atrajo su boca a la de ella. Ella tocaba igual que él tocaba y demandaba igual que él. Hasta que Lincoln la sujetó por los brazos.

–Bruja. Vuélveme loco.

–Sí –musitó ella y para sí añadió: «loco de amor por mí». «Si pudiera»…

–Entonces, amor, podemos jugar un juego para dos.

Domando el deseo que lo había llevado demasiado lejos, demasiado rápido, Lincoln comenzó de nuevo, lentamente. Con suaves dedos le acarició el cuello, la aureola de sus pechos y sus encrespados pezones. Con besos intentó suavizar el tormento para crear más. Linsey tenía el cuerpo arqueado por el placer, ofreciéndole los pechos para que los besara. Él tomó un pezón entre sus labios y se lo metió muy dentro de la boca mientras con la lengua lo provocaba y lo encendía. Linsey susurró su nombre y el sonido era una dulce locura. Eso era lo que él había esperado oír; había llegado el momento.

Él le respondió hundiéndose en su abrazo.

Con los cuerpos unidos en el placer más exquisito, se movieron al unísono. En un banco duro de madera con un colchón de paja, la historia se repetía bajo un cielo que amenazaba tormenta. Con un calor pegajoso, sus pieles se volvieron resbaladizas, las emociones se liberaron y las respuestas se enardecieron.

La tensión se incrementó transportándoles a otra esfera. Y la pasión explotó. Linsey se quedó quieta y sin aliento, atendiendo al grito desgarrado de Lincoln.

Aunque no se habían dado cuenta, el viento se había calmado. El granero se había quedado en silencio y en su interior, dos amantes se abrazaban en sueños.

Cuando Lincoln se despertó, estaba solo.

–¿Linsey?

Al volverse hacia la puerta, vio que se había vuelto a poner el camisón, ocultando el cuerpo que había amado una y otra vez durante la noche.

–¿Qué estás haciendo?

–Está lloviendo –contestó, como si eso lo explicara todo.

Lincoln saltó de la cama y se puso sus vaqueros. Como si el hecho de que ella se hubiera vestido significara que él debía hacer lo mismo. Andando descalzo hacia ella, la rodeó por detrás con sus brazos y la apretó contra él.

Apoyada en su abrazo, las manos de Linsey rodearon las de Lincoln que estaban acariciando su vientre. La primera vez que habían hecho el amor, a la mañana siguiente, llevaba a Cade. Pero

ella ni siquiera lo había sospechado. Realmente deseaba que la historia no se repitiera.

Lincoln no había utilizado protección. Obviamente, no era el tipo de hombre que fuera preparado. Ella había dejado la píldora. ¿Para qué iba a necesitarla si no pensaba tener a ningún hombre en su vida? Nunca, ni en sueños, se había atrevido a pensar que iba a tener que estar preparada para una experiencia como aquella.

«¿Una experiencia con consecuencias?», se preguntó.

Entonces, para su sorpresa y vergüenza, y a pesar del pasado, se encontró deseando que fuera cierto.

«No», decidió, recobrando la cordura. Otro niño concebido en un momento de pasión en lugar de por amor solo significaría una trágica complicación para una situación que ya estaba bastante complicada.

Lincoln bajó la mirada hacia sus manos unidas sobre el vientre. Las de ella estaban rojas por el trabajo en la casa. Las de él oscuras y ásperas por años de trabajo en la plantación.

Con dolor en el corazón, Linsey abandonó aquellos estúpido sueños.

Al volver la cabeza, su pelo se deslizó sobre un hombro.

–Bonita –dijo, acariciando aquel punto que sabía que la hacía temblar. No le decepcionó. Embriagado, y dispuesto a amarla de nuevo volvió a susurrar:

–Preciosa.

Linsey se forzó a volver de los abismos. Apenas se había dado cuenta de que la había besado, ni siquiera que había temblado como él había pretendido.

–Sí, no hay nada más bonito que una mañana con bruma.

Lincoln le dio la vuelta en sus brazos, con la mano le levantó la cara hacia él.

–No me refería a la mañana. Te lo decía a ti. Tú eres la bonita –insistió acariciándole la cara–. Pero sobre todo eres hermosa aquí –le aseguró con una manos sobre el corazón de ella–. Eres demasiado hermosa para echarte la culpa por todos los desgraciados que te hicieron daño. Buscas motivos en ti para excusar a tus padres por abandonarte, a las casas de acogida por no hacerlo mucho mejor… Incluso a mí.

Cuando ella iba a hablar él le sujetó la cara con las dos manos.

–No –insistió–. No busques faltas en ti para absolverme. Llámame desgraciado e irresponsable que es lo que merezco y estaré de acuerdo contigo. Pero si dices que tú eres culpable o que no eres preciosa, discutiré contigo hasta que me quede sin aliento.

Linsey no dijo nada. Nunca lo había visto tan enfadado, tan seguro. No tenía la más mínima intención de insultarlo, pero tampoco quería interrumpirlo.

–Lo que la gente responsable de tu niñez hizo ya era lo suficientemente malo. Lo que yo hice –susurró, llevándose una mano al pelo–… lo que hice fue inconsciente. Tomé tu inocencia y después me marché.

–Estabas herido, Lincoln. Tú no sabías…

–Al final, solo fue una leve contusión, Linsey. Sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando te hice el amor. Sabía que era un mal momento, un sitio inadecuado y por la razón equivocada. Para mi vergüenza, eso no me paró. Después, cuando Lucky me miró a los ojos, sentí que había visto mi alma negra. Sabía lo que había pasado, pero no habló de ello. En lugar de eso, me confesó que te amaba, que te quería desde hacía algún tiempo. Y yo, como un cobarde, me eché para atrás.

–Lo dices como si me hubieras obligado a hacer el amor contigo. Nuca fue así, Lincoln, nunca.

–¿No? Yo te deseaba. Te deseaba tanto que no pensé en nada más. Ni siquiera en el daño que podía hacerte.

Al recordar el fuego, recordó el temor. No a morir, sino a no haber vivido plenamente. A no haber amado nunca a Linsey.

–El fuego liberó la necesidad que llevaba mucho tiempo intentando mantener oculta, y tuve miedo –admitió con la sinceridad de la que solo un hombre fuerte sería capaz–. Tuve miedo de que fuera mi única y última oportunidad. Solo pensaba en lo que *yo* quería, lo que *yo* necesitaba. Y de una manera tan egoísta, sabiendo que tu compasivo corazón no me rechazaría, te tomé.

–No tomaste nada que no estuviera dispuesta a darte. No te di nada que no deseara, y necesitara darte.

Linsey quería abrazarlo, hacerlo comprender que si había alguna culpa era de los dos. Pero él no había acabado. Así que lo escuchó y lo amó, pero no lo tocó.

–Cuando me aparté para dejar paso a Lucky. Me estaba

apartando para dejar paso a un hombre mejor. Estaba tan seguro de que sabía qué era lo mejor para todos nosotros. Sin embargo, odiaba la idea de que Lucky te tuviera, por eso me marché.

–No sabías que estaba embarazada.

–No me quedé el tiempo suficiente para descubrirlo, ¿verdad? No, solo pensaba en mí. En mi culpa, en mi vergüenza. Sin pensar en las consecuencias, en lo que habría significado para ti. No hice las preguntas que debería hacer hecho.

–Yo no te podía haber respondido, Lincoln. No tenía ni la más mínima sospecha. Lucky y yo llevábamos casados un mes cuando me enteré de que estaba embarazada de ti. No hubo ninguna señal, ningún problema. Ni siquiera… –Linsey buscó las palabras para hablarle de sus desarreglos.

–Lo sé –dijo Lincoln, ahorrándole la explicación–. Como no iba a saberlo después de tanto tiempo juntos, compartiendo tantas cosas. Por supuesto que lo sabía, igual que Lucky.

Ella estaba realmente sorprendida. Tenía los ojos muy abiertos y un rubor había teñido sus mejillas.

–Déjame que te dé otra noticia: Lucky sabía lo nuestro. Cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de que se dio cuenta del cambio en nosotros. En el peor momento de su vida, se sintió dejado de lado. Por eso no nos explicó que su prolongada estancia en el hospital se debía a algo más que a la inhalación del humo o a las quemaduras. Puedo entender su desesperación cuando, en la primera acción egoísta de su vida, te pidió que te casaras con él.

–Pero, él no podía saber lo que tú ibas a hacer –añadió Linsey, incapaz de pensar que Lucky hubiera actuado de manera tan premeditada.

–Sí lo sabía. Me había salvado la vida y sabía que yo se lo debía. Y esa fue la destrucción de cualquier futuro que pudiéramos haber tenido juntos.

–Por eso estaba deprimido en lugar de enfadado cuando se enteró –recordó Linsey, creyendo por fin en su historia–. Por eso insistió en que el niño se llamara Cade. Por eso lo enseñó a quererte desde el principio y por eso, al final, me hizo prometer que traería a Cade aquí.

–Estaba intentando compensarme al devolverme a mi hijo.

–No podía estar seguro de que yo iba a mantener mi palabra –

dijo mirando para otro lado–. No podía saber que yo me iba a arriesgar a… –en la confusión del momento casi dice: «a enamorarme de nuevo». Mientras buscaba otra explicación Lincoln intervino:

–Lo sabía. Lo sabía todo. Cómo reaccionaría cada uno de nosotros. Su mejor baza era que conocía tu historia. Sabía que Linsey Blair era una mujer que habías creado tú sola, con un nombre de tu elección. No tenías familia, ni raíces; nunca nadie te había hecho sentir querida.

–Excepto Lucky.

–Era un buen amigo y un hombre generoso cuya vida acababa de echarse a perder. Todavía sentía la pena de Frannie. Después, el fuego y las quemaduras y el descubrimiento de que su vida se acababa. Nosotros fuimos la gota que colmó el vaso.

–¿Cómo pudo darse cuenta? ¿Qué diferencia pudo ver?

–Él te amaba, Linsey. Él se daba cuenta de todo lo que te pasaba. De cada cambio, de cada matiz. Si hubieseis sido tú y Lucky, yo me habría dado cuenta.

–Pero lo hizo bien –le explicó en un susurro, apartando una lágrima de la cara–. Antes de casarnos me contó lo de la enfermedad y me ofreció romper el compromiso. Siempre hacía bien las cosas. Por eso, la corta vida de Lucky se centró en devolverte a tu hijo y el amor de tu hijo.

–No solo mi hijo, Linsey. Nuestro hijo. Ya estemos juntos o separados así es como va a ser.

–Por Cade.

–Que vuelve a casa hoy.

Él vio la tristeza mezclada con la alegría y le ofreció un entretenimiento:

–Tenemos que encontrar a Brownie.

–Tú lo trajiste anoche de Belle Reve –dijo al recordar que había oído ladridos durante la noche–. ¿Dónde está ahora?

–Me imagino que paseándose por la granja y buscando a Cade. Lo llamaremos y lo secaremos.

–¿Secarlo? ¿por qué?

–Nos lo vamos a llevar a recoger a Cade. Eso les encantará a los dos, ¿no crees?

–Sí, seguro que sí.

Lincoln iba a ser un buen padre. Lucky había acertado al enviarle el niño para que estuviera con él.

–Oye, no me mires tan seria. Hoy vamos a empezar de nuevo. Descubriremos lo que es mejor para Cade y lo haremos. Mientras tanto, ¿alguna vez has bailado bajo la lluvia?

–Nunca –respondió pensativa.

–Entonces, mi amor–dijo riéndose, mientras la arrastraba hacia el claro–, ya va siendo hora de que lo hagas.

Capítulo Diez

Cade se rio y Brownie ladró encantado. Un niño y su perro, explorando el mundo. Contentos con la vida y con tenerse el uno al otro. Linsey dejó por un momento de cavar en el jardín para mirarlos.

Hubo un día en el que temió no volver a oír ese sonido tan familiar. Pero había subestimado la determinación de su hijo y la fuerza de la influencia de Lincoln. Ahora entendía cómo funcionaba la figura del héroe. Cada día lo comprendía un poco mejor. Cade creía que tenía que ser como el hombre que se había convertido en el centro de su existencia. Así, que hizo lo que pensó que Lincoln haría con una pierna rota: aceptarla con una sonrisa y aguantar lo mejor posible.

Linsey observó como su hijo cojeaba por el jardín. Desde que le pusieron la escayola, no se había quejado en ningún momento. Pero ella sabía que el peso y la imposibilidad de doblar la rodilla tenían que ser agotadores.

Aquella mañana, se había levantado con una sonrisa exuberante; sin embargo, al enterarse que a Lincoln lo habían llamado antes del amanecer, se entristeció un poco. Pero ni siquiera la falta del hombre alto y moreno que había cambiado tanto su vida apagó su alegría por completo.

Brownie le seguía a todas partes como una sombra, mientras él, se dedicaba a explorar el claro, incluso se había acercado al río. Esto último no le había gustado mucho a Linsey, aunque sabía que los hermanos de Cade habían trabajado revisando las dos orillas para asegurarse de no había otros peligros. Recordó a los cuatro hombres inspeccionando las rocas y los arbustos tan concienzudamente que parecía que esa era la tarea más importante

de sus vidas. Por eso no le había advertido al niño sobre los peligros, no quería recordarle el temor y el dolor.

La herida había tardado semanas en curarse. El siguiente paso era quitar la escayola. La noche anterior, su hijo le había dicho que no se preocupara por él, que estaría bien. Esa fue la primera vez que lo oyó actuar como un Cade y, estaba segura, de que no sería la última.

Lincoln había demostrado que era un padre preocupado y comprometido, y, cuando la oportunidad se presentaba, un atento pretendiente y amante. Pero, ¿era real? No podía saberlo. Hacía mucho tiempo que había perdido la perspectiva.

¿Cómo iba a culpar a un hombre que estaba allí para ellos dos, día y noche? Una semana después de que Cade hubiera llegado del hospital, Lincoln volvió a su trabajo en la clínica veterinaria.

Empezaba el día con ellos, después iba a la cínica, más tarde, se trasladaba a Belle Reve y, por último, volvía a estar con ellos. Era una jornada agotadora, pero él nunca parecía cansado. Nunca se quejaba.

Linsey seguía sin saber cuáles eran realmente sus propósitos. A pesar de que algunas noches, cuando Cade estaba profundamente dormido, se la había llevado al granero y habían hecho el amor apasionadamente, todavía no tenía ni idea de cómo acabaría todo. Aun así, cuando sonreía, bromeaba o la llenaba de besos, ella no podía rechazarlo.

Cuando se quejó porque estaba demasiado lejos de Cade, su amante se convirtió en un padre responsable. Opinaba que solo el poder de la preocupación de una madre podía ser más fuerte que el deseo. Tan rápido como un ceño fruncido se convierte en sonrisa, instaló un monitor que conectaba la habitación del niño con el granero.

A Cade le encantaba. Lincoln le animó a que lo utilizara a cualquier hora. Y así había hecho. Muchas noches, al pasar por la habitación de Cade, Linsey oía el susurro de la voz del niño hablando de sus sueños con el hombre al que amaba con todas sus fuerzas.

Lincoln era tierno y atento con ella. La mimaba, la cuidaba y la conquistaba con besos y susurros. Cada vez era como si fuera la primera. Durante esas semanas, había aprendido a conocer su

cuerpo y sus necesidades mejor que ella misma. Dónde tocar, dónde besar, dónde acariciar, cuándo succionar, cuándo retirarse… Así hasta volverla loca. Hacer el amor con él se había convertido en una peligrosa adicción.

Su amigo, protector, defensor, la familia que nunca había tenido… Era duro y amable, fuerte y tierno. Representaba el poder y la gracia, el fuego y el hielo, el rayo y el trueno. La había amado al calor de la tormenta y en el frío de la oscuridad y, después, había bailado con ella bajo la lluvia, haciéndola creer que era hermosa.

Arrodillada en el jardín, cubierta por la luz del sol y por el aroma de la tierra recién removida, solo tenía que cerrar los ojos para rememorar lo que sucedía en el granero. Sus dedos jugaban con el recuerdo, acariciando los músculos tersos de su cuerpo. Evocaba el sabor, la textura, el calor y el vapor de dos cuerpos amándose.

Cuando estaba con él, no se reconocía a sí misma. Las cosas tan sensuales que se atrevía a hacer nunca las hubieran hecho ni Linsey Blair ni Linsey Stuart. Todo por Lincoln. Espléndido, magnífico, desnudo…

–¿Mamá?

Linsey abrió los ojos sobresaltada y confundida.

–¿Mamá, te pasa algo?

Cade estaba en la puerta del jardín, con Brownie a su lado, como siempre.

–Claro que no. Solo estaba descansando. ¿Y tú? ¿Te lo estás pasando bien con Brownie?

–Sí. Pero tengo un problema muy muy grande –Cade abrió los brazos para demostrárselo.

Instantáneamente Linsey se puso alerta. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia la puerta del jardín.

–¿Te has caído? ¿Te has hecho daño?

–No, mamá –respondió llevándose las manos a la cabeza, por una vez no llevaba el sombrero de vaquero–. No quería asustarte.

–No te preocupes, Cade –intervino Lincoln, apareciendo de la nada–. Es normal que una madre se asuste.

–¿Un papá también? –preguntó Cade, con la nariz pegada a la de Lincoln.

–Sí –le aseguró–. Un papá también.

–¿*Tú* te asustaste cuando el cepo me atrapó la pierna? –quiso saber, muy serio, con la mirada fija en Lincoln.

–¿Que si me asusté? –preguntó, poniendo una expresión de terrible alarma–. No te lo puedes ni imaginar, más que nadie en el mundo entero, después de tu madre.

–No sé –contestó con el ceño fruncido–. Jefferson estaba realmente muy asustado…

–Eso es cierto. A decir verdad todos lo estaban. Adams, Jackson, Eden, Cullen, Jesse. Incluso el viejo Gus se asustó cuando se enteró. Pero puedes apostar hasta el último céntimo que nadie estaba tan atemorizado como tu madre y yo; no, señor.

Cade movió la cabeza, entristecido.

–No tengo ni un último céntimo ni uno primero. ¿Cambia eso las cosas?

–Nada puede cambiarlas. Nunca.

Cade sonrió, tranquilizado por la respuesta de Lincoln.

Linsey contuvo sus emociones como pudo. Cuando se trataba de ellos dos, se convertía en una llorona.

–Jefferson me dijo que tengo tu sangre –afirmó Cade, retorciendo un botón de la camisa del hombre–. Cuando le pregunté por qué los médicos no tomaban la que había en el hospital, como hicieron con Lucky, me contestó que porque no tenían la que yo necesitaba.

–Es cierto. Necesitabas sangre y la tuya es especial. No mucha gente tiene tu tipo.

–¿Ni siquiera mi mamá? ¿Aunque salí de su barriguita?

–No, tu mamá tampoco.

–Pero, ¿tú sí? –preguntó, levantando la vista hacia los ojos de Lincoln.

–Eso también es cierto. Solo necesitaste un poquito, pero yo te la habría dado toda.

–¿La de Lucky hubiera servido?

–No, Cade. La de Lucky no hubiera servido.

–Así que tú y yo tenemos la misma sangre. Casi nosotros dos solos. Solo que la tuya está ahora mezclada con la mía. ¿Nos hace eso hermanos de sangre o algo así? ¿Cómo los indios?

Lincoln miró a Linsey que estaba arreglando un macizo. No iba a encontrar ayuda en ella. Parecía tan sorprendida como él por el

repentino interés de Cade. Estaba solo con su instinto y, ya estuviera bien o mal, este le dijo que fuera sincero. Pero sin cargar al niño con más de lo que estaba pidiendo.

–No hermanos, exactamente –le respondió Lincoln–. Pero, por el momento, eso vale.

Cade aceptó la explicación. Pero ni Linsey ni Lincoln dudaba que, después de pensárselo un poco, necesitaría más para satisfacer su insaciable curiosidad.

Lincoln dejó al niño en el suelo con cuidado.

–Le dijiste a tu mamá que tenías un problema. ¿Quieres contármelo a mí?

–Es el potro.

–¿Al que le tienes que poner un nombre?

–Sí. Pero todavía no se me ha ocurrido ninguno bueno, hasta ahora.

Linsey se acercó a ellos.

–¿Ahora ya tienes uno?

–No exactamente, mamá. Jesse dice que es muy muy largo y que el pobre animal no va a enterarse de que lo estoy llamando. Primero pensé en Diablo, como el caballo de Lincoln. Pero después decidí que no porque si lo llamaba, y el verdadero Diablo también venía, se podría asustar mucho.

–¿Qué has decidido?

–Bueno, como soy un hermano de sangre, aunque no exactamente, he pensado que podía ponerle un nombre indio. Pero no sé ninguno.

–Yo conozco a alguien que sabe muchos –dijo Lincoln de manera casual.

–¿Quién? Dime quién –suplicó el pequeño, bailando, con escayola y todo.

Linsey se sintió como un intruso olvidado mientras observaba a los dos hombres de su vida hablar y reírse. Pero, en realidad, no se arrepentía. Esa era la relación que le gustaría que tuvieran si…

–Si a tu madre le parece bien. ¿Qué opinas, Linsey?

–¿Qué? –preguntó, dándose cuenta de que se había perdido algo–. ¿Qué opino de qué?

Lincoln dice que Jefferson va a acampar con Merrie en una casa en un árbol y que yo puedo ir. Si tú me dejas. Así Jefferson puede

enseñarme algunos nombres indios.

–Un momento –dijo extendiendo las manos–. ¿Que Jefferson va a acampar en una casa en un árbol?

–Eso es –respondió Cade–. La empezó cuando era pequeño y tardó años en construirla.

–Me parece un poco extraño que vayan a dormir juntos en un árbol.

–No es lo que piensas. Son como dos niños grandes y son muy buenos amigos, nada más. Me han preguntado si podían llevarse a Cade. No creo que le haga ningún daño. Al contrario, puede ser la aventura de su vida.

–Me estás comprometiendo –dijo mirándolo a los ojos.

–¿Yo? –preguntó con una mirada inocente que no engañaba ni a un tonto, y menos a Linsey.

–Por favor, mamá, nunca he dormido en un árbol. Y el potro necesita un nombre.

–No hace falta dormir en un árbol para hablar con Jefferson.

–Linsey, le encantará la experiencia.

–Pero se podría caer.

–No se va a caer de ningún sitio. Es tan hábil que a veces me recuerda a un gato.

–Pero ahora tiene una escayola.

–Bueno, pues entonces, será hábil solo con un pié.

–¿Y si llueve?

–La casa tiene techo. Ellos estarán secos –respondió, con una pícara sonrisa–, y nosotros podremos bailar.

Linsey se quedó paralizada por el recuerdo.

Cade que había seguido la conversación como si de un partido de tenis se tratase, aprovechó el silencio para interceder pos sí mismo.

–Por favor, mamá, seré bueno. Haré todo lo que Jefferson y Merrie me digan.

–No sé, me lo pensaré.

–Será mejor que te lo pienses deprisa porque ahí llegan.

Cade salió corriendo para recibir a los recién llegados.

–Se lo va a pasar fenomenal y te garantizo que lo van a cuidar muy bien. Y tú, mi amor. Necesitas un cambio de escenario y de ritmo.

–¿Qué ritmo? ¿Qué escenario? –preguntó realmente sorprendida, mientras, Brownie ladraba dándoles la bienvenida.

–No te preocupes. Cuidaremos muy bien de él.

La voz de Merrie sonaba confiada y hubiera convencido al padre más reticente.

Era una jovencita encantadora y realmente brillante. Pero era inconsciente del poder de suaves maneras y de su sorprendente físico. Tenía el pelo castaño y liso, y le llegaba hasta la cintura. Sus ojos eran oscuros y su figura alta y delgada. Una belleza tan inocente que ni se imaginaba los sueños que inspiraba a los jóvenes de Belle Terre. Y a los no tan jóvenes.

–Ya lo tengo todo –anunció Cade, subiéndose al Land Rover de Jefferson.

Se refería a su sombrero de vaquero y al libro de caballos.

–Merrie me lo va a leer.

–Según me ha contado Lincoln, tú eres el que nos lo puedes contar a nosotros. Te lo sabes de memoria –le dijo Jefferson–. Cuando volvamos ya conocerás un par de nombres indios y podrás elegir el que más te guste. Podemos pensar en alguno realmente bueno mientras miramos a las estrellas.

–¿En la oscuridad? –preguntó con los ojos brillantes por la emoción.

–Claro –respondió Jefferson, riéndose–. Ahora despídete de tu madre.

Se asomó por la ventanilla para que su madre le diera un beso

Linsey se enfrascó en una conversación con Merrie y Cade.

Jefferson, mientras arrancaba el coche se dirigió a su hermano:

–Menuda mujer y menudo niño. Creo que ya es hora de que hagas algo.

–¿A qué te refieres? ¿A que le diga al mundo entero que son míos?

–Tú lo has dicho.

–No es tan fácil. Hay que considerar otras cosas además de mis propios sentimientos.

–Hay un tiempo para ser pragmático, otro para ser el amante impetuoso que, en secreto, toma lo que no puede resistir. Pero,

luego, llega un momento, incluso para ti, que eso no es suficiente. Cualquier tonto puede ver que ese momento ha llegado.

Jefferson levantó el pie del freno y el coche tomó velocidad. Pero no demasiada para que no le escucharan gritar:

–Ahora, hermano.

–Eso parecía muy serio. ¿De qué estabais hablando? –preguntó Linsey mirando al coche alejarse.

–Jeffie me estaba dando un consejo muy sensato.

–¿Sensato? ¿Jefferson? –Linsey tenía cara de sorpresa–. No conocía esa faceta de él.

–La verdad es que nunca lo hace. Solo en casos de ciega estupidez.

Linsey se rio.

–Nunca pensé que fueras ciego o estúpido.

–Pues lo he sido, te lo aseguro. Jeffie tiene toda la razón.

Mientras caminaba con ella hacia la casa se dijo a sí mismo: «pero eso se acabó».

–Tengo planes para ti. Espero que te gusten.

–¿Qué planes?

–Una noche fuera. Cade va a pasar la noche de su vida, Brownie está con ellos, la casa está limpia, el granero, vacío. Si se te ocurre alguna otra excusa, te aseguro que tendré infinidad de argumentos para rebatirla.

–Por eso no voy a decir nada.

–Es de mujeres inteligentes reconocer a un hombre testarudo cuando lo tienen enfrente. Tengo que pasarme por Belle Reve, pero eso no me llevará más de una hora. ¿Crees que tendrás tiempo suficiente para arreglarte?

–Si supiera adónde vamos, sabría qué ponerme.

–Es una sorpresa. Vístete como quieras. Se trata de una noche especial para hacer lo que tú quieras.

Dándole un último beso en sus solícitos labios, la acompañó hasta la casa.

–Esto es sorprendente –afirmó Linsey, paseando por el patio.

Los faroles alumbraban el rectángulo de césped rodeado de arbustos magníficos y flores exóticas.

–Tan sencillo y tan inesperado. Nadie se podría imaginar que en esta calle estrecha, detrás de estos viejos muros, se esconde este paraíso.

–Bueno, yo no diría tanto –dijo Lincoln, riéndose–. Pero es mi casa. O lo será cuando tenga tiempo.

–Últimamente, no has tenido mucho, ¿verdad?. Lo siento.

–No lo sientas Linsey. He estado donde he querido y con quien he querido.

Acercándose a ella, tomó una gardenia y se la colocó en el escote del vestido.

–Una flor hermosa para una dama aún más hermosa.

–Gracias –dijo ella acariciando los fragantes pétalos.

–¿No te quejas?

–Haces que me lo crea.

No podía apartar la vista de sus ojos de plata, no se cansaba de ellos. Él se llevó su mano a los labios y besó cada uno de los dedos.

–Os he visto a Merrie y a ti hablando. Me sorprendió lo mucho que os parecíais. Ninguna de las dos sabe todavía quién es y ninguna entiende, ni reconoce, el poder que tiene.

–Yo no me parezco en nada a Merrie, ella es la chica más…

–No entiendes. Pero pronto lo entenderás –le dijo rodeándola con un abrazo–. Antes de que esta noche acabe, lo entenderás, amor mío. Lo entenderás.

Capítulo Once

Ya la había llamado «amor mío» antes. Pero nunca con esa tierna nota de autoridad. Nunca con esa mirada que la hacía sentir como si estuviera dentro de un capullo cálido donde nada le podía pasar. Un lugar donde no existía la culpa, ni la preocupación, ni el arrepentimiento. En aquel pequeño jardín solo estaba Lincoln y la promesa de un hechizo que había visto en su mirada y sentido en su caricia.

Con los dedos entrelazados, la llevó por un sendero serpenteado donde reinaban las luces y las sombras. Donde la luz de las farolas se mezclaba con la luz de la luna, pintando las hojas y los frágiles capullos de oro pálido y plata. Se pasearon hacia un arrayán en todo su esplendor que elevaba sus nudosas ramas al cielo. En aquel rincón, la oscuridad vencía a la luz y se convertía en un negro aterciopelado con destellos grisáceos.

Más allá de la sombra del árbol y del alcance de la luz de las farolas, bañada solo por la luz de la luna, había una escalera de caracol que conducía a la habitación de Lincoln.

Ese jardín era la faceta más encantadora de un santuario privado. Un lugar ideal para dos amantes.

–Es perfecto –susurró–. Un mundo aparte.

–Aún hay más –prometió Lincoln llevándosela escaleras arriba.

Incluso el sonido de sus pisadas sobre el metal parecía música en esa noche embrujada.

–Mira.

Lincoln estaba de pie en una pequeña terraza, y con su mano libre le mostraba una fantástica vista de Belle Terre y del río, solo para ella.

Desde ese punto aventajado, el jardín parecía irreal, un sueño

glorioso. Más allá del muro, la ciudad y el rio pertenecían a otro mundo.

–¿Aquí es donde vienes después de un día agotador?

–Cuando puedo.

Linsey se separó de la barandilla para mirar a Lincoln, que era su verdadero sueño y su realidad.

–Es precioso.

–Sí –contestó–. Pero no tan precioso como tú.

Linsey no respondió. Cuando él le apretó la mano, lo acompañó a un estrecho banco donde él se sentó. No era normal que Lincoln se sentara teniendo a una dama de pie.

A la luz de la luna su pelo negro brillaba como el ébano. Fue a levantar una mano para acariciar su brillante melena, pero él le tomó la palma y se la llevó a la boca para besarla.

Linsey sintió la caricia cálida de su lengua y su cuerpo tembló por lo que estaba por venir. Cuando la soltó, puso las manos en sus caderas y abrió las piernas para atraerla hacia él. En esa íntima proximidad, todavía sin tocarse, un calor lento comenzó a quemarla por dentro, respondiendo a una promesa susurrada:

–Ahora mismo, voy a empezar a demostrarte lo hermosa que eres.

Comenzó a acariciarla con sus manos, primero las caderas. Luego subió hasta su pecho. Ella no llevaba nada debajo del vestido y la provocación era tan clara que lo hacía enloquecer. En ese momento, atrapó sus pechos con las manos. Los pezones se pusieron duros como perlas con el suave hacer de sus dedos. Nunca había visto nada tan seductor como la desnudez de Linsey bajo un delicado vestido de seda.

–Venías preparada para esto –le dijo apretando los dos pechos.

Mientras seguía acariciándola y acariciándola, ella se apoyó en sus hombros.

–Lo vi en tus ojos, y mientras me vestía, tenía la esperanza…

Lincoln se echó hacia delante para recorrer con su lengua el camino trazado por sus pulgares. Después se separó para admirar el aspecto de la tela humedecida por su caricia.

–No lo esperabas, Linsey –le aseguró, mirándola a los ojos–, lo sabías. Desde el primer día, sabías que esto sería así entre nosotros. Siempre lo supiste.

Sus besos dejaron de ser suaves y lentos y se tornaron duros y exigentes. Los lánguidos golpes con la punta de la lengua eran como latigazos que enardecían su deseo. Cuando estaba segura de que no iba a poder resistirlo más, él volvió a levantar la cabeza.

–Quise hacerte esto el día de la tormenta de viento, cuando te llevé el vino al baño. Lo deseaba como no he deseado otra cosa en mi vida. Estabas deslumbrante. Tenías una burbuja aquí –dijo, señalando con su lengua en el delicado pezón. Linsey casi se desmaya, pero él estaba demasiado ensimismado en su enloquecedor dialogo para darse cuenta.– Y aquí…

La demostración continuó. Linsey quería que parara, pero temía que lo hiciera. Estaba a punto de perder el conocimiento, segura de que no podría soportarlo ni un minuto más. Entonces, él deslizó sus manos hacia abajo, pasaron las caderas y los muslos hacia el borde del vestido. Despacio, levantó la delicada tela y, despacio, comenzó a besarla.

–Quítatelo –le ordenó con coz ronca.

Linsey no tardo en hacer lo que le pedía.

Esa tarde, no había encontrado nada qué ponerse y, desesperada, buscó en los baúles de Frannie donde descubrió el vestido que llevaba. Delicadamente doblado, viejo, pero elegante aún. Estaba segura de que entrañaba recuerdos especiales, quizás secretos guardados con amor. Había encontrado el vestido perfecto para la ocasión perfecta.

La noche, que comenzó con una cena que ninguno de los dos había probado, había estado predestinada para ese momento único. El destino había llegado. Lentamente, Linsey cruzó los brazos sobre su pecho y se quitó el vestido que había tomado prestado. Con el aliento contenido, la única ropa que llevaba cayó al suelo de la terraza.

Lincoln miraba en silencio. Linsey esperaba. En el brillo de la noche, vio lo ojos de él contemplando el regalo que le había traído. Su quejido provenía de lo más profundo de la garganta e indicaba necesidad contenida.

–Siempre te había dicho que eras hermosa, pero hasta este preciso instante no me había dado cuenta de hasta qué punto.

Antes de que ella pudiera reaccionar al cumplido, él agarró sus dos manos y las acercó a su cuerpo duro y enardecido.

–Ahora te toca a ti.

Linsey no necesitaba más invitación. Arropada por el coraje y la confianza que él le producía y conducida por su propio deseo, se dispuso a desnudar seductoramente a aquel hombre guapo y viril. Le había prometido que antes de que acabara la noche ella creería que era hermosa. A cambio, Linsey juró que antes de que ese interludio terminara, Lincoln Cade sabría que en la tierra no existía otra mujer para él.

Empezó mirándolo. Cuando vio que él abría mucho los ojos por la sorpresa, se rio.

–No tenemos prisa –le aseguró.

Lincoln rio con ella. Observó cómo un haz de luna moldeaba sus curvas con reflejos plateados. Con el pelo suelto sobre los hombros, podría haber sido una ninfa que había venido a beber de la fuente y a dormir bajo las flores. Podría. Pero estaba inmensamente agradecido de que esa ninfa fuera de carne y hueso, y suya. Al menos, por esa noche.

Linsey, arropada por una nueva seguridad, comenzó un juego no muy inocente. Primero, dejó que sus dedos se deslizaran por sus hombros y por su pecho hacia el botón del pantalón. Cuando él contuvo el aliento y emitió un quejido, ella se rio y condujo sus manos de vuelta al pecho.

Llevaba una camisa inmaculada, de un tejido que emulaba una seda gruesa. La sensación bajo las manos de Linsey era sensual y pecaminosa. Quería tocarlo, quería descubrir el efecto de su piel caliente. Y, dándose el placer, tocó, exploró, acarició y adoró.

El cuerpo de Lincoln estaba duro, una gota de sudor le brillaba en la frente mientras luchaba por mantener el control. Cuando pensó que el asiento del pequeño banco se rompería bajo su tensión, ella le desabrochó el primer botón. Después, el segundo y el tercero. Cuando soltó el último, fue Lincoln el que tiró la camisa al suelo. La suave brisa de la noche lo acarició.

Si el roce sobre la camisa había sido enloquecedor, el contacto directo con su piel desafiaba cualquier posible descripción. Linsey quedó atrapada en su propio juego. Fue ella la que con un grito tomó sus manos y le instó a que se pusiera de pie. El sonido de una cremallera se unió al silencio de la noche y al rumor del agua de la fuente.

–Ahora –exigió mientras él tiraba los pantalones y la abrazaba completamente desnudo, orgullosamente masculino, deseándola–. Ahora.

–Sí.

La levantó con sus brazos y la sentó sobre él, encima del pequeño banco. Juntos se unieron en una suave caricia hasta que se tomaron por completo. Moviéndose al unísono, mientras sus pechos se rozaban, saboreaban el deseo. Cuando intentaba calmarse, para dejar que ella adoptara su ritmo, era ella la que se arqueaba, la que pedía más. Lincoln respondía con su cuerpo. Después, se movían como la música, como las mareas, como todo lo hermoso que conocían.

–Mírame Linsey –le susurró en medio del frenético ritmo–. Mírame a los ojos y descubre que te adoro. Mira el poder que tienes y créete que eres hermosa.

Ella lo vio en sus ojos y lo creyó. Con ese regalo de palabras, un tormento dulce y suave se entremezcló con el éxtasis aún mas dulce de la tormenta que precede a la calma.

Cuando todo terminó, ella se refugió en sus brazos y él la abrazó sin prisas. Contemplaron la noche, exhaustos, irremediablemente enamorados.

A sus pies, el jardín estaba tranquilo. En la terraza, la luz cenicienta iluminaba a los dos amantes. Lincoln la abrazó más fuerte. Linsey sintió algo extraño y elevó una mirada interrogante. Lincoln la besó largamente.

–No es nada –dijo con un tono ronco–. Solo que te quiero.

Después la tomó en brazos y se la llevó a la cama. Allí le prometió que no dejaría de hacerle el amor en toda la noche.

Lincoln se despertó al amanecer. Como le pasaba cuando hacían el amor en el granero, ella estaba de pie en la puerta de la terraza, descalza y con la camisa de él entreabierta.

–Te queda mejor a ti.

–¡Lincoln! –dijo, girándose hacia él–. No quería despertarte.

–No me has despertado tú, ha sido tu ausencia.

–Gracias –contestó ella, apretando la camisa contra su cuerpo.

–¿Qué estabas mirando? ¿Qué pensabas?

–Quería ver el jardín a la luz del día. Me preguntaba si sería tan encantador como por la noche.

Lincoln se envolvió con la sábana y se dirigió hacia ella.

–¿Y lo es? –preguntó, mirándola a los ojos.

Linsey estaba hipnotizada. Por su cuerpo oscuro que contrastaba con la sabana blanca. Por su mirada lánguida de amante satisfecho.

–Todo es tan maravilloso a la luz del día como en la oscuridad.

Cuando se quedó en silenció, él le preguntó:

–¿Te vendrías aquí a vivir conmigo, a ser mi amor, mi vida?

–¿Aquí? ¿A Belle Terre?

De las miles de preguntas que se le ocurrían, esa fue la única que pronunció.

–Aquí. En la granja. En Oregón si quieres. Donde tú desees.

–¿Qué pasa con Cade?

–Yo le quiero y él me quiere. Ya le oíste las preguntas que hizo, buscaba conformidad. Quiere un padre y quiere que ese padre sea yo y está listo para oír la verdad.

–¿Le dirías que tú eres su padre y no Lucky? ¿Cómo se le explica eso a un niño?

–Responderemos juntos a todas las preguntas que haga. Cuando el tiempo pase, querrá saber más y más y nosotros se lo contaremos.

–Dijiste que él decidiría quién quería ser, si Cade o Stuart. ¿Y si elige Stuart?

–Espero que elija Cade, sino, ya nos las arreglaremos.

–¿Qué les dirás a todos?

Dejó caer la sábana al suelo, sin importarle si estaba desnudo o no.

–A los que importan les diré la verdad, a los demás nada. Te dije que mis hermanos nunca te juzgarían. Tampoco lo harán en una ciudad que tiene sus propios escándalos.

–Sabes que no es tan fácil.

–Entonces nos las arreglaremos.

–¿Y Cade?

–Le enseñaremos a arreglárselas. Haremos que se sienta orgulloso de quién es.

–No debería ser así.

–En un mundo perfecto, no. Pero este mundo defectuoso es todo lo que tenemos.

–Yo llevé a tu hijo, Lincoln.

–Durante meses, ni sabías de su existencia. ¿Si yo no hubiera considerado nuestro encuentro un error, si no me hubiera alejado de ti, te habrías casado con Lucky?

–Lucky estaba enfermo y me necesitaba. Hubiese hecho casi cualquier cosa por ayudarlo –dijo ocultando los ojos con pena.

–Cualquier cosa menos casarte con él, si yo no me hubiera portado como un imbécil –acabó él por ella.

–Tú fuiste mi primer amor, mi único amor. A Lucky lo quería como un amigo y eso nunca cambió. Para mi desgracia y la suya, no podía amarlo como él necesitaba, o tanto como merecía.

–Él me quitó a mi amor y a mi hijo. Después, se paso años hablándole de un fantástico Lincoln Cade. Al final, me hizo prometer que te ayudaría y os envío a mí. Haz ahora lo que a él le gustaría y vente a vivir conmigo. ¿Te gustaría que pasáramos el resto de nuestra vida juntos?

–Sí –contestó abrazándolo–. Sí.

–Linsey –murmuró en su pelo, mientras apretaba su cuerpo duro contra ella–. Hablas demasiado.

–Jefferson me enseñó un montón de nombres, pero, al final, decidimos ponerle Sami que significa afortunado, igual que Lucky.

–Me parece una buena idea.

–Jefferson me dijo que si lo entrenaba bien, Jackson probablemente me dejaría tenerlo aquí en la granja.

El sonido del galope de una caballo hizo que Cade se pusiera de pie.

–Debe ser Merrie. Me dijo que me llevaría en su caballo a casa del abuelo Gus para que la señorita Corey cuidara de mí.

Linsey dejó el plato que estaba fregando.

–¿El abuelo Gus?

–Sí –afirmó, mientras recogía su sombrero y le quitaba una imaginaria mota de polvo–. Me ha dicho que como mi nombre es Cade, al igual que el suyo, podemos hacer como si yo fuera su nieto y él mi abuelo.

Linsey sonrió aliviada de que nadie le hubiera contado la verdad.

–¿Nieto? Si a ti te gusta…

–Jefferson y Jesse me dijeron que estaba muy bien. Especialmente porque el viejo Gus es hijio de un pirata. ¿Mamá? ¿Tu crees que el pirata llevaba un parche en el ojo?

–No lo sé, tigre –respondió Linsey.

Pensando qué tendrían que ver los piratas en todo aquel asunto fue a abrirle la puerta a Merrie.

Unos minutos más tarde, estaba en el porche despidiéndose de Cade y Merrie. Lincoln estaba a punto de llegar para llevarla a cenar al hotel River Walk. Allí estarían Adams y Eden, Jackson y Jefferson. Antes de que terminara la noche, se confirmarían sus sospechas sobre la paternidad de Cade.

Estaba casi lista cuando Lincoln llamó a la puerta. Girándose delante del espejo, estudió el vestido en el que había gastado demasiado dinero.

–Está bien, pero no es perfecto. Tengo que buscar trabajo.

–¿Por qué?

–¡Lincoln! Me has asustado. ¿Por qué llamas a la puerta si vas a pasar de todas formas?

–¿Por qué tienes la puerta abierta si no quieres que entre? ¿Y qué son esas tonterías de que vas a buscar trabajo?

Lincoln había dicho que esa noche iba a ser muy especial. Por eso se había puesto un traje de chaqueta y corbata. Estaba guapísimo, pero Linsey procuraba no mirarlo. Esa noche tenía que guardar la compostura.

–No es nada de lo que debas preocuparte –dijo, deseando que aceptara esa excusa–. ¿Dónde he dejado el bolso?

–Está aquí –informó, recogiéndolo de una silla–. A propósito, me gusta tu vestido. Cuéntame lo del trabajo.

Linsey no quería hablar de eso, pero parecía que no quedaba más remedio.

–He solicitado trabajo con los guardas forestales.

–¿Por qué?

–Porque necesito trabajar. Lo hubiera hecho mucho antes si no hubiese sido por el accidente de Cade.

–No necesitas trabajar.

–Claro que lo necesito. No tengo ingresos y tengo un montón de facturas pendientes. Sobre todo del hospital.

–Esa es mi responsabilidad. Para el resto tienes la renta de Jackson.

–Todavía no hay ningún caballo aquí. ¿Vamos a seguir discutiendo o nos marchamos? –añadió, tomando un chal que no iba a necesitar.

Lincoln rio.

–Por un momento me había olvidado de lo independiente que eres. No vamos a discutir, pero sería divertido besarnos y abrazarnos. Especialmente, si tenemos en cuenta que te he traído un regalo.

Linsey se rio y corrió hacia sus brazos. No podía enfadarse con él.

–¿Dónde está el regalo?

–Ahí, en la mesa.

Ella se giró envuelta en sus brazos.

–¡Una taza como la que se me rompió! ¿Dónde la has encontrado?

–Había varios juegos de porcelana y piezas sueltas en la casa de Belle Terre cuando la compré. No me digas que no puedes aceptarla. Sé buena chica y dame las gracias con un beso.

Linsey se estaba riendo de nuevo, después sus labios se unieron en un largo beso.

–¿Es este el hotel de River Walk? –exclamó Linsey cuando Lincoln le abrió la puerta de su flamante Jaguar.

Lincoln le había contado la historia de aquel majestuoso edificio que había pertenecido a la familia de Eden durante siglos. Esta y otras casas de Fancy Row se construyeron para las amantes de los hombres ricos y las segundas familias que estas relaciones producían.

Linsey se quedó mirando al maravilloso edificio.

–Quien quiera que fuera la amante vivía con mucho estilo.

–Entonces, no estaba mal visto tener una amante. A esta altura están las mejores casas de Belle Terre. Estuvieron abandonadas durante mucho tiempo.

–Hasta que Eden la restauró. Ahora, Adams ha continuado con su misión, salvando el resto de las casas de Fancy Row.

–Eso es.

El portero aparcó el Jaguar y Lincoln la tomó del brazo. Aunque pensaba que la conversación que iban a mantener la tranquilizaría, sintió que estaba temblando.

–No te pongas nerviosa. No van a juzgarte.

–Lo sé, Lincoln. Pero eso no lo hace más fácil.

–¡Vaya, vaya, vaya! Mira quién está aquí.

Un hombre grande y desaliñado salió de la sombra de un árbol y se plantó delante de ellos.

–¡Rabb! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? Adams y Cullen te matarán si te encuentran a menos de un kilometro de Eden. Eso si no lo hago yo primero –anunció Lincoln, lívido–. Lárgate de aquí.

–Ya me voy, pero primero déjame mirar a esta damisela –dijo dedicándole una mirada lasciva que la hizo sentirse muy sucia–. Así que esta es. Había oído que te habías traído a tu puta, arrastrando a tu hijo…

El puño de Lincoln se estrello contra la cara del hombre. Este, echando sangre por la boca, envistió contra Lincoln.

El resto sucedió muy rápido. Antes de que Linsey pudiera reaccionar, todo había terminado. El hombre llamado Rabb se arrastraba por el suelo, mientras, Lincoln estaba de pie sobre él, con los puños todavía apretados y los ojos tan fríos como la muerte.

–Te mereces más, serpiente. Arrástrate lejos de aquí y ocúltate en el agujero del que procedes. Si tú o alguno de tu maldita familia se acercan a mi mujer o mi hijo, te encontraré y te mataré.

Rabb se puso de pie y se marchó tambaleante con los ojos llenos de odio.

En ese instante los hermanos Cade y Cullen aparecieron por la puerta.

–Dejadlo irse. No os manchéis las manos con esa inmundicia.

–Por el aspecto de tus manos, parece que tú ya te las has manchado –intervino Eden– Ningún Rabb merece que nos preocupemos.

Tomando a Linsey por la cintura, la acompañó al interior del hotel. Los demás las siguieron.

–No puedo hacerlo, Eden –dijo Linsey, desde la ventana que daba al rio–. No me importa lo que haya entre los Cade y los Rabb. Tampoco que me digas que Cade fue solo una excusa. No puedo exponerlo a esto.

–¿Qué vas a hacer?

Eden había curado las heridas de Lincoln, después se había llevado a Linsey mientras él hablaba con la policía.

–De momento me vuelvo a la granja, pero, en cuanto encuentre un trabajo me marcho.

–¿Separarías a Cade de su padre?

–Para protegerlos. A los dos.

Ninguna de las dos consideró que Lincoln lo impediría o intentaría quedarse con Cade. Las dos lo conocían muy bien.

–Me gustaría que comprendieras que este ha sido un incidente aislado y que no tiene nada que ver contigo ni con Cade.

–Pero nos puede utilizar para hacernos daño a todos. Al final, el más dañado sería Cade.

–Estás equivocada. Cade es más duro de lo que tú imaginas –dijo Eden, mirando a la mujer que sabía que era el único amor de Lincoln–. No soy yo la que tiene que convencerte para que te quedes, pero espero que lo hagas. Por Cade, por Lincoln… pero, sobre todo, por ti misma.

–No puedo –contestó, mirando para otro lado.

–Ya veremos. Quién sabe quién o qué puede hacerte cambiar de opinión. Lincoln todavía tardará un momento, pero si insistes en volver a la granja, Cullen te llevará.

Cuando Eden llegó a la puerta, se volvió.

–Solo dos cosas más antes de marcharme. Primero, uno de los Rabb me separó durante mucho tiempo de Adams, no permitas que lo vuelvan a conseguir. Segundo, todos saben que Noelle fue concebida antes de que Adams y yo nos casáramos. ¿Me condenarías por eso? No lo creo. Como no lo ha hecho nadie de los que de verdad importan. Piénsatelo, Linsey. Piénsatelo bien antes de tomar una decisión que pueda ser el mayor error de tu vida.

Eden sonrió con tristeza y fue a buscar a Cullen.

Capítulo Doce

Linsey estaba exhausta. Había pasado una semana desde que le comunicó a Lincoln su decisión de marcharse con Cade. Desde entonces, había trabajado todo el día, sin comer mucho y durmiendo aún menos. La casa y el granero estaban más limpios que nunca y el jardín, perfecto.

Ya solo le quedaba esperar a que le respondieran a alguna de las cartas que había enviado por todo el país solicitando trabajo.

Linsey dejó la azada en el suelo y se puso de pie. Se protegió los ojos del sol con una mano para ver dónde estaba su hijo. Últimamente, lo veía muy abatido. No era porque le hubiera dicho que se iban a marchar, todavía no había encontrado el valor para comunicárselo. Sin embargo, el pequeño siempre había sido muy intuitivo y, esos días, notaba que algo no iba bien. Empezando por que a Lincoln ya solo lo veía en sus visitas a Belle Reve, nunca, en la granja.

Un día, abruptamente y sin dar ninguna explicación, Cade dejó de ir a la plantación.

–Es extraño –irrumpió en sus pensamientos una voz desconocida–. No pareces una cobarde, Linsey Stuart.

Sorprendida, dio la vuelta hacia la persona que había hablado. Una carreta vieja se había parado a escasos centímetros de la valla del jardín. Jesse lee, muy serio, la saludó con la cabeza, mientras, sujetaba las riendas de los caballos. El que había hablado era el hombre que estaba sentado a su lado.

–¿Qué?

Nunca había visto a Gus Cade, pero lo habría reconocido en cualquier parte. No porque se pareciera a ninguno de sus hijos. Pero había algo en su actitud y en su modales, algo indefinido que todos

ellos compartían.

Con las miradas enfrentadas, Linsey le preguntó:

–¿Puedo ayudarlo en algo?

–Claro que sí, Diablos. Claro que me puedes ayudar –dijo, con la mirada muy enfadada–. Me gustaría que dejaras de subestimar al muchacho.

–¿Qué muchacho? –consultó ella, con amabilidad–. ¿El suyo o el mío?

Gus se quedó asombrado por la osadía.

–Después de todo, parece que tienes valor. Aunque no me sorprende si, como dicen mis hijos, te has hecho a ti misma. Pero me parece muy mal que no le des a tu hijo la oportunidad de demostrar su valor. Y lo que es peor, le has negado la oportunidad de comprobar la madera de la que está hecho.

–Yo no he hecho tal cosa.

–¿Ah, no?

Los caballos se movieron nerviosos, como si presintieran alguna fuerza extraña. Jesse intentó calmarlos; pero Gus, agarrado con fuerza al asiento, casi ni lo notó.

–¿Le has dicho por qué os marcháis? ¿Has pensado que si él conociera toda la historia, elegiría quedarse? Los dos sabemos que lo haría.

Linsey sabía que ese hombre malhumorado tenía razón, pero no lo iba a admitir.

–Es demasiado pequeño para comprender.

–¿De verdad? –preguntó, con sus canosas cejas elevadas por la incredulidad–. Dime, ¿cuántos años tenías tú cuando empezaste a saber lo que tenías que hacer? A lo mejor, eras más pequeña que él. Eres una luchadora y eres dura, como Lincoln. Me imagino que Cade habrá heredado alguna de esas cualidades. Déjale que diga algo; se lo merece. Bien, eso es todo lo que tengo que decir al respecto. Ahora –añadió, con una voz sorprendentemente sosegada–, me gustaría que me dejaras llevarme al niño a Belle Reve. Lo he echado mucho de menos estos dos días.

Aunque Linsey no conocía a Gus Cade personalmente, conocía su reputación, por lo que le sorprendió esa mirada de soledad que a duras penas lograba ocultar tras un ceño testarudo.

–Veamos qué dice él.

–No estaría mal para empezar.

Los caballos se movieron inquietos, obviamente algo invisible les estaba molestando. Gus se puso tenso y miró al cielo con gesto interrogante.

Más tarde, cuando Cade se subió a la carreta con Brownie, después de llenarla de besos, Gus le advirtió:

–Ten cuidado con el tiempo. Hay algo extraño cociéndose en el aire, no sé qué es, pero los caballos lo notan.

Cuando se quedó sola, se preguntó si Gus tendría razón. Si debería escuchar la opinión de Cade. Recogió la azada del suelo y continuó con su trabajo.

«Pero solo tiene cinco años ¿cómo va a saber lo que quiere?». Aunque ella, a su edad, ya sabía lo que quería. Cuanto más pensaba en el dilema, más duro trabajaba. Hasta que perdió la noción del tiempo.

El calor se estaba volviendo tórrido. El único alivio eran los golpes de viento frío que contrastaban con la elevada temperatura. Pero Linsey, tan absorta en sus preocupaciones, ni siquiera de dio cuenta del viento que se estaba levantando.

Tampoco notó que había llegado un caballo.

–¡Lincoln! ¿Que sucede?

En ese momento, se dio cuenta que el cielo era una masa de nubes negras.

–Es un tornado.

Entonces, dándose cuenta del peligro, corrió hacia Lincoln. Él la tomó por los brazos y la montó detrás de él.

–Cade –gritó ella, mientras él espoleaba el caballo.

–Está a salvo.

Un fuerte golpe de viento se llevó sus palabras, pero ella las oyó. Y las creyó. Él no lo hubiera dicho si no fuera cierto.

–La casa…

–No hay tiempo. La espiral ha tocado tierra y viene hacia aquí.

Ella se agarró fuerte a su cintura y no volvió hablar. No preguntó adónde la llevaba, pero mientras cabalgaban sobre vallas y entre árboles, entendió por qué había venido a buscarla a caballo.

El viento comenzó a soplar con más fuerza y la temperatura descendió. El cielo estaba oscuro, tan negro como el mismo Diablo.

Cuando llegaron a un claro pararon. Linsey, apenas podía ver y

no reconocía muy bien el lugar. Lincoln desmontó y la ayudó a bajar. Después, con una mano sujetó las riendas y con la otra la abrazó a ella. No la soltó hasta que se acercaron a una depresión del terreno. Ella no la había visto y dudaba mucho que él lo hubiera hecho; probablemente, ya sabía que estaba allí.

–Son los cimientos de una antigua casa –le explicó con la boca pegada a su oído–. Hay una bodega en la parte de atrás donde podemos refugiarnos.

Ella no dudó ni un instante en seguirlo, tampoco dudó Diablo. Lincoln sacó un pañuelo del bolsillo y le tapó los ojos al caballo, después hizo que se tumbara y lo ató corto. A continuación, se puso a gatas y limpió las hojas que, con el paso del tiempo, habían obstruido la entrada de la bodega. Cuando acabó, apareció ante sus ojos una trampilla de hierro vieja y oxidada.

–¿Y Diablo?

–He hecho todo lo que podía por él. Ya no nos queda tiempo.

Mientras intentaban abrir la puerta, la lluvia comenzó a caer, empapándoles la ropa. Tan pronto como consiguieron abrirla, entraron, primero Linsey y, después, Lincoln.

Acababan de meterse dentro cuando el tornado descendió y se arrastró por el claro y por el bosque adyacente, arrancando árboles y arrasando con todo lo que se encontraba a su paso. Ella rezó agradecida de que estuvieran a salvo.

La trampilla de hierro que tapaba la bodega crujía y rechinaba como si la bestia la fuera a partir en dos. Cuando el ruido parecía que les iba a hacer estallar los tímpanos, el tornado la arrancó por completo.

Lincoln había estado abrazando a Linsey mientras estaban tumbados sobre la piedra húmeda, pero al desaparecer la protección de la puerta, él la cubrió con su cuerpo. Apretada contra él, en la más absoluta oscuridad, los latidos de su corazón en su espalda eran su única ancla.

Pensó en el corazón de Lincoln, que arriesgaba su vida por ella y la protegía porque la amaba. Le llevó un tiempo, pero, finalmente, comprendió que rompería ese valiente corazón si se marchara con Cade.

Él actuaba con honor y valentía en todo lo referente al niño. Ella era la única cobarde.

Aunque había estado ensimismada en sus reflexiones, se dio cuenta de que el bosque se había quedado en silencio. En su estado de trance, el monstruo se había ido, y ellos todavía estaban vivos.

–¡Lo conseguimos, Lincoln! –gritó contra la mano que le cubría la cara–. Como en el fuego, hemos sobrevivido.

Él no respondió, tampoco se movió.

–¡Lincoln!

Intentando librarse de su abrazo, se dio cuenta de que estaba inconsciente y cubierto de sangre. Desesperada, se puso de rodillas, buscando la herida. A parte de los arañazos, encontró una brecha abierta en la cabeza.

–Tengo que encontrar ayuda –murmuró, para sí misma.

Diablo se agitó con el sonido de su voz e intentó ponerse de pie. No quería dejar a Lincoln solo, pero si el caballo estaba bien, no tardaría mucho en encontrar a alguien. Con esperanza en el rostro, fue a ver cómo estaba. Después de apartar algunas ramas, vio que solo tenía pequeños rasguños y algunos golpes. Le quitó la venda y soltó las ataduras y el caballo luchó por ponerse de pie, después se tambaleó; el poderoso animal estaba cojo.

Linsey se negó a sentir pánico. Intentó decidir qué sería lo mejor, si salir a por ayuda o quedarse allí. Afortunadamente, no tuvo que tomar ninguna decisión, porque desde el claro provenían voces familiares.

–Aquí –respondió con alegría–. Estamos aquí.

Al momento, los hermanos Cade y Cullen estaban a su lado. Al ver que ella no estaba herida fueron a socorrer a Lincoln.

–Está bien –dio Jackson al verlo–. Solo tiene un golpe en la cabeza. Por una vez, es bueno que la tenga tan dura.

–Gracias. No sé cómo agradecértelo –le dijo Linsey.

–¿Hace falta que te diga cómo?

–¿Me estás pidiendo que me quede?

Jackson le tocó la mejilla para secarle las lágrimas que ella no sabía que estaban corriendo por su cara.

–Te lo pido por mi hermano. Dale un poco de tiempo. Prueba qué tal te va antes de cortar y salir corriendo.

Linsey se mordió los labios, solo podía mirar a Lincoln mientras sus hermanos lo sacaban de la antigua bodega.

–¿Es eso lo que piensas? –murmuró–. ¿Que me voy corriendo?

–No; no es eso. Creo que se trata de una madre que está siendo más protectora de lo que su hijo necesita.

Adams se acercó a ellos.

–La herida ha dejado de sangrar y ya está consciente. De todas formas, nos lo llevamos en la camioneta. Jefferson llevará a Diablo. Cooper nos espera en la granja.

–¿La granja?

Linsey no había pensado en ella

–Todavía está en pie –respondió Adams–. Casi intacta. Este tornado ha sido como una caja de sorpresas, saltando de un lado para otro. Primero arrasó tu jardín, pero después giró sin tocar la casa, solo se llevó un par de piedras de la chimenea. Después borró el antiguo cobertizo y lo que era tu coche está disperso por los pastos. De todas formas, has tenido mucha suerte de que Lincoln llegara a por ti a tiempo y que se acordara de estos viejos cimientos

–¡Vaya! –no parece que un tornado haya pasado por aquí.

Cade estaba junto al porche, mirando al claro que ya no parecía un campo de batalla. El único árbol que el tornado había arrancado, lo habían utilizado para hacer leña. Gracias a Jefferson, el jardín volvía a tener su valla y lo había vuelto a cubrir de flores. Uno de los hombres de Adams reparó la chimenea, mientras, otros cuantos limpiaron el claro. Lo único que faltaba era el antiguo cobertizo y el coche viejo.

Había pasado una semana desde la tormenta y el único que empeoraba era Lincoln. Tal y como había dicho el doctor Cooper se le había amoratado la cara. Pero para Linsey, los moretones eran prueba de su valor y estaba encantada.

–¡Cade! –llamó Lincoln, palmeando en el escalón donde estaba sentado–. Ven aquí conmigo, tengo algo que contarte.

Linsey se puso tensa. Habían decidido que ya era hora de comunicarle la verdad al niño. Intentó mantener la calma, pero no pudo.

–Sí –respondió, sentándose en el lugar que le indicaba–, lo sé. Lucky me lo dijo.

Lincoln se quedó sin habla y tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar a su madre.

–¿Lucky te dijo que yo tendría algo que contarte?

–Es parte del secreto –contestó, afirmando con la cabeza.

–¿El mismo que Lucky te indicó que sabrías a quién contárselo y cuándo?

El niño volvió a afirmar en silencio.

–¿Soy yo al que se lo tienes que contar?

–Creo que sí. La verdad es que ya llevo esperando un tiempo –manifestó, mostrando preocupación–. Antes de ponerse enfermo, Lucky me explicó que nunca me había dejado que lo llamara papá porque él no era mi verdadero papá. Me había tomado prestado, o algo parecido, pero me iba a devolver.

–¿Te dijo quién era? –preguntó Lincoln, embargado por la emoción.

–No. Pero me aseguró que lo reconocería cuando lo viera. Y que él, aunque no sabía nada de mí, también me conocería. Pero me hizo prometer que sería paciente y que esperaría porque quizá él tardaría un poco en darse cuenta. Pero cuando lo supiera, me querría más que nadie en el mundo, excepto mamá.

Lincoln vio que Linsey se apartaba las lágrimas de la cara.

–¿Crees que lo has encontrado?

–Eso espero.

–¿Piensas que soy yo?

El niño se mordió los labios y miró para otro sitio. Lincoln vio temor en su carita.

–Tigre, puedes decírmelo. Porque si lo que esperas es que yo sea tu papá, entonces has acertado.

Inmediatamente, Cade saltó a sus brazos con los ojos llenos de lágrimas.

–Siento mucho que Lucky te tomara prestado, tigre. Pero estoy muy contento de que te haya mandado de vuelta. Y tenía razón cuando te dijo que te querría más que nadie, excepto tu mamá.

Linsey estaba llorando y riéndose al mismo tiempo. Pero en silencio, temiendo que cualquier ruido rompiera la magia.

–Hay otra cosa –señaló Lincoln–. Tienes que hacer una elección sobre tu apellido. Quiero que el mundo entero sepa que eres mi hijo. Pero si prefieres seguir llamándote Stuart, no pasa nada.

–Cade Cade –susurró el niño–. Suena un poco raro.

–¿Por qué no Leland Stuart Cade?– se atrevió a sugerir Linsey–.

Todos tus nombres pero con otro orden.

Cade se quedó pensando.

–Entonces, ¿cómo me llamarías Stuart o Leland?

–¿Por qué no Cade? –contestó Lincoln –. A mucha gente la llaman por el apellido.

–Como a los presidentes de los Estados Unidos –le animó Linsey.

–Leland Stuart Cade. Me gusta. Me gusta mucho–confirmó riéndose, pero, enseguida, volvió a ponerse serio–. ¿Cómo voy a llamarte yo?

–¿Cómo te gustaría?

–Había pensado en papá.

–Yo también –respondió Lincoln, sonriente.

–Papá –repitió, saboreando la palabra–. Nunca había tenido un papá.

–Ahora ya lo tienes. Para siempre, tigre.

–Entonces, me imagino que el abuelo Gus es realmente mi abuelo.

–Claro que sí –afirmó Linsey, acariciándole el pelo–. Corre a decírselo. Díselo a todos en Belle Reve.

–¡Yupi!

Después de darles besos a los dos, salió corriendo con su escayola.

–Este Lucky estaba lleno de sorpresas. Parece que había dejado la mejor de todas para el final.

–Pero no hemos advertido a Cade.

–¿Sobre las habladurías de la gente? –Lincoln se rio–. ¿Realmente crees que lo que los demás digan le va a molestar? Yo no lo creo; pero, de todas formas, le enseñaremos a ser tolerante con los idiotas.

–No ha hecho preguntas.

–Las hará, cientos. Por cierto. Hay una pregunta que te hice una vez en Belle Terre…

–¿Te refieres a que si quiero vivir contigo y ser tu amor?

–Esa misma.

Linsey se apoyó contra él y lo besó en los labios. Mientras, con los dedos recorría todo su cuerpo.

–Cade estará fuera un par de horas. ¿Quieres que te lo demuestre?

–Creo que ya lo has hecho. De todas formas, estoy dispuesto.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo. Se lo puso en el dedo y la volvió a besar.

–Por el momento, este vale.

–Te quiero, Lincoln. Siempre te querré.

–¿Hasta que la muerte nos separe?

–No, mucho más –afirmó ella, besándole el cuello–. Y teniendo muchos muchos hijos.

–¿Y una o dos niñas?

–Ah, claro. Cade será un hermano mayor estupendo.

–Linsey –dijo Lincoln, suavemente–, te quiero.